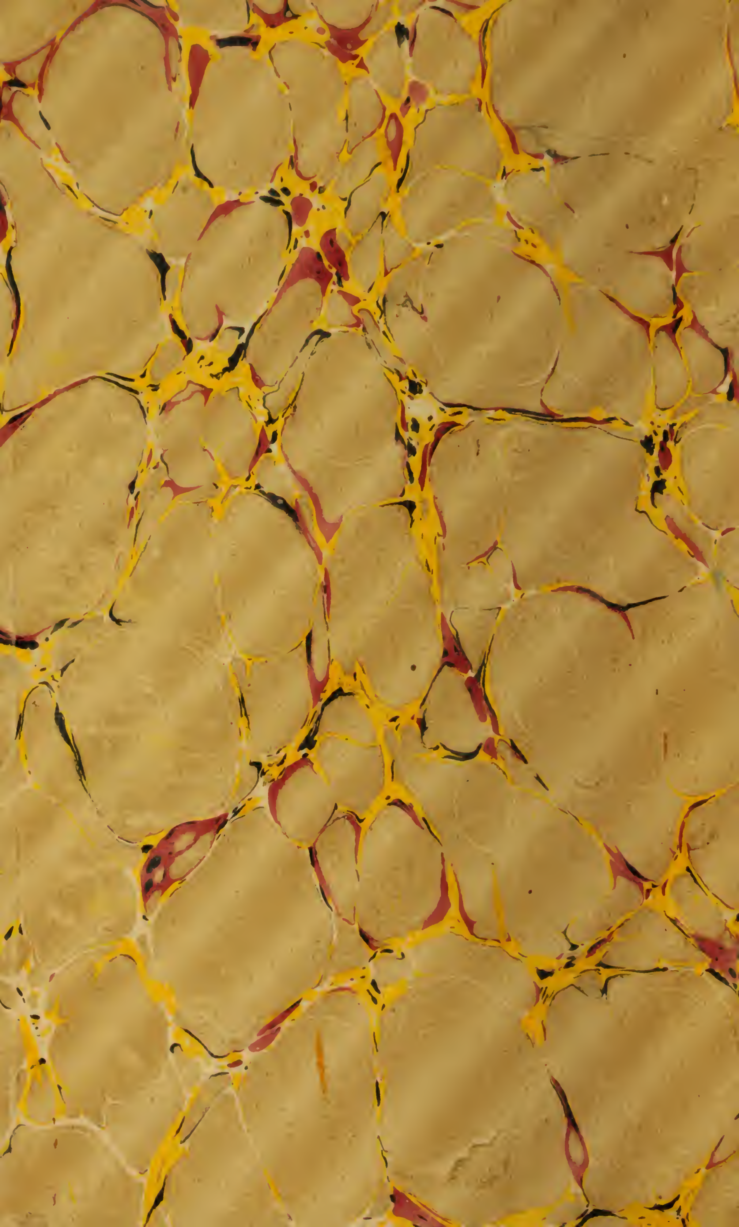

3 1761 09546704 9
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY






El
hombre
De las tres Caras
Por E Perez Escrich

EL

HOMBRE DE LAS TRES VACAS.

EL HOMBRE DE LAS TRES VACAS

NARRACIONES INVEROSÍMILES

SU AUTOR

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

COMPRENDE ESTE TOMO.
EL HOMBRE DE LAS TRES VACAS.—EL ÁGUILA.—
EL DIABLO LO ENVIA. — SOLITA. —
LA CÓMICA DE LA LEGUA.

MADRID:
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
Calle de Preciados, núm. 5.

1888

CUATRO PALABRAS.

Los académicos han definido de este modo en el Diccionario de la lengua la palabra NOVELA: *historia fingida y tejida de los casos que comunmente suceden ó son verosímiles.*

A pesar de esta definición, cuando no queremos dar crédito á lo que se nos cuenta, decimos: «Eso es una novela», olvidando que no hay nada tan inverosímil como la misma verdad, y que muchos acontecimientos de la vida real se rechazarían como absurdos en las páginas de un libro.

El novelista más fecundo, el hombre de imaginación más creadora, no llega nunca á concebir los acontecimientos que teje en su misterioso laboratorio la fatalidad.

Recórranse los anales del crimen y se encontrarán monstruos en forma humana, abortos de la naturaleza que nunca ha creado la pluma del escritor.

Algunas de las narraciones del presente libro son hechos históricos tomados de la vida real: el novelista no ha puesto de su parte mas que la forma literaria, la graduación de los efectos y los detalles necesarios para dar el color y la animación indispensables á todo relato escrito con el objeto de entretener agradablemente al lector.

No es á nosotros á quien toca decir si hemos conseguido lo que nos proponemos; nuestro juez es el público, ante el cual inclinamos la frente, acatando su fallo.

EL HOMBRE DE LAS TRES VACAS.

I

—¡Hola, tío Martín! ¿Adónde va usted con esas tres hermosas vacas?

—Pues voy á venderlas á la feria de Berlinche.

—¡Qué lástima! Son muy preciosas.

—Sí, es una lástima; pero qué quieres, se casa mi hija, y su madre y yo hemos dispuesto darle cien duros de dote.

—Más de cien duros valen esas vacas.

—Eso según y conforme,—añadió el tío Martín riéndose con una buena fe digna del tiempo de los patriarcas,—porque ya sabes que cuando en un mercado abunda un género se abarata; de modo que si en la feria de Berlinche hay muchas vacas en venta, mis vacas valdrán menos que si hay pocas.

—Son tres hermosos animales, y cuando llegue su tiempo darán lo menos cada una siete azumbres de leche.

—La madre de ésta—y el tío Martín tocó con la punta del palo que llevaba en la mano una de las vacas—llegó á dar ocho azumbres; aún vive: se llama *la garbosa,* y mi mujer, que la crió desde chiquitina, la quiere tanto como á sus hijos. La verdad es que la *garbosa* se ha ganado bien el pienso seco y el pienso verde que se ha comido, y tanto mi mujer como yo hemos ofrecido que la *garbosa* ha de morirse de vieja en nuestro establo, porque el hombre debe ser agradecido lo mismo á las personas que á los animales.

El tío Martín volvió á reirse, porque á pesar de sus cincuenta y ocho años no había perdido el buen humor y la alegría de la juventud, sin duda porque en su conciencia reinaba una paz octaviana y disfrutaba su cuerpo de una salud envidiable.

—Vaya, Macario,—añadió el tío Martín,—dame una copa de vino, y basta de charla, porque quiero llegar de día al pueblo sin fatigar á mis vacas.

—Sí, sí, eso es lo mejor, tío Martín, porque de aquí al pueblo hay malos pasos que no conviene atravesarlos de noche.

—¡Bah! Nadie quiere lo que no es suyo,—contestó el tío Martín encogiéndose de hombros.—Además, por ahora hay, según parece, tranquilidad en los caminos, gracias á Dios.

—Sí; gracias á Dios y á la Guardia Civil.

Este diálogo tenía lugar á la puerta de una venta, cuyo aspecto de miseria y ruína ahuyentaba á los trajinantes.

El tío Martín bebió su copa de vino, pagó luego el importe y continuó su camino, llevando por delante las vacas.

El ventero, que era un hombre de cincuenta años, de aspecto sombrío y miserablemente vestido, siguió con la mirada al hombre de las tres vacas hasta perderle de vista en una revuelta de la carretera.

Luego entró en la venta, murmurando en voz baja:

—Lo menos valen tres mil reales... ¡ciento cincuenta duros!... Un pobre podía echarse un buen remiendo con ese dinero.

II

A la caída de aquella misma tarde, á esa hora en que la luz vacilante del crepúsculo comienza á confundir la tierra con el cielo, dos mozos quemados por el sol y el aire, pobremente vestidos y con el azadón al hombro, entraron en la venta, y dejando las herramientas de su penoso trabajo en el suelo de la cocina, se sentaron en uno de los bancos del hogar.

En la lumbre cocía un puchero ennegrecido por el humo y el uso. Un candil iluminaba tristemente la desmantelada y sucia cocina, y el ventero, puesto en cuclillas junto al hogar, más que un sér vivo por cuyas venas circula la sangre, parecía una de esas momias encontradas en los famosos y tradicionales sepulcros de Egipto.

El ventero no se había movido al entrar los dos cavadores, como si no los hubiera visto ó se hallara abismado en alguna profunda reflexión.

Trascurrieron algunos minutos sin que nadie hablara; sólo se oía el *clot, clot, clot* del puchero que hervía á la lumbre.

Por fin uno de los mozos dijo:

—Padre, ¿cenamos ó no?

El tío Macario levantó poco á poco la cabeza, miró á uno de los mozos, luego al otro, y dijo:

—Ya no hay valientes en el mundo.

—¿Y qué tiene que ver eso con la cena?—añadió uno de los hijos del ventero.

—Tiene que vèr mucho,—repuso el tío Macario poniéndose de pié;—los valientes comen carne y jamón y gallinas, beben buen vino y fuman buen tabaco; pero los cobardes como vosotros se mueren de hambre y comen patatas y habichuelas podridas, y beben agua; y como no se fumen los dedos de las manos, pocas veces se recrean con el delicioso humo del tabaco.

Y el tío Macario, soltando una ruidosa carcajada, añadió:

—¿A que no tenéis un mal cigarro que darme?

—Hoy no lo tenemos,—añadió uno de los hijos con acento sombrío;—pero el sábado cuando nos paguen compraremos una cajilla de á cinco cuartos para fumar el domingo.

—¡Bah! Los dos juntos no valéis una recortadura de patata. Cuando yo era joven no me faltaba nunca tabaco y un duro en el bolsillo; pero los tiempos han cambiado mucho desde entonces.

—Sí, dice usted bien, padre; cuando usted era mozo no había Guardia Civil, ni esos alambres que hablan desde Madrid con todas las *justicias* de España dándoles pelos y señales del hombre que buscan.

—Pues por eso digo yo que no hay valientes, porque si los hubiera no quedaría ni un alambre ni un tricornio de Guardia Civil en España; pero en fin, vamos á cenar.

Uno de los hijos del tío Macario puso una pequeña mesa de pino junto al banco de la cocina, mientras el padre vaciaba el contenido del puchero en una cazuela.

El ventero sacó de unas alforjas que había colgadas en un clavo medio pan negro y duro y tres cucharas de palo.

Aquel bodrio de patatas y judías medio po-

dridas no tenía otra condición, para una noche de invierno bastante desapacible, que la de estar caliente. Sin embargo, el padre y los hijos comían con voraz apetito, si bien en derredor de aquella pobre mesa se extendía un silencio taciturno y sombrío.

—Esta tarde ha pasado por aquí el tío Martín con tres vacas,—dijo el ventero masticando las palabras como si hablara para él solo.—Iba á venderlas á la feria de Berlinche... ¡Hermosos animales!... Lo menos le darán tres mil reales por ellas... ¡Tres mil reales!... ¡Ciento cincuenta duros!... ¡Qué gozo dará verlos en un montón sobre una mesa, y qué placer tan grande será introducir la mano por debajo de la plata y removerla para oir el sonido que produce ese precioso metal, del que tanto carecemos los pobres! ¡Ciento cincuenta duros! ¡Cuántas cosas pueden comprarse con ellos! ¡Qué buena vida podría uno darse! ¡Ser rico, no carecer de nada, nadar en la abundancia! Esto debe ser muy bueno.

El tío Macario iba animándose poco á poco; sus ojos brillaban, y se sonreía como si ya gozara de las delicias soñadas, como si fuera dueño de los tres mil reales codiciados.

Sus dos hijos seguían comiendo y escuchando á su padre.

—Hay hombres en el mundo—añadió el ven-

tero—á quienes todo les sale bien, y á otros todo mal. ¿Quién tiene la culpa?... No lo sé, pero es una injusticia. Los pobres nos vemos siempre postergados por los ricos; pero todo esto tendrá un término, y yo confío que llegará una época en que podamos cantar aquella célebre copla que dice:

«Algún día querrá Dios
que la tortilla se vuelva...»

Y el ventero, pasándose la callosa y sucia mano por la boca para limpiarse el bigote, dijo:

—¿Por qué no hemos de beber nosotros del mismo vino que ha bebido hace poco el tío Martín? ¿Es él mejor que nosotros? Vaya, vaya; muchachos, tengamos una noche buena, que por el mundo va quien paga.

Macario se levantó, cogió del vasar un jarro grande y lo puso sobre la mesa.

Aquel jarro estaba lleno de vino.

Los dos mozos, que para mejor claridad del diálogo diremos que se llamaban Juan el uno y Pedro el otro, se miraron con asombro.

Sus toscas inteligencias no podían explicarse aquella generosidad impropia de su padre. Para ellos, beber vino en las comidas era una cosa del otro jueves; y en cuanto á la carne, ninguno de

los dos recordaba la última vez que la habían comido.

—¿Vamos á beber vino?—preguntó Juan.

—Sí; todo ese jarro entre los tres.

—¿Y quién paga?—añadió Pedro.

—Las vacas del tío Martín,—contestó el ventero soltando una ruidosa carcajada.

III

Macario cogió el jarro por el asa y bebió un largo trago con indecible gozo; luego se lo alargó á Juan, que era el mayor de los dos hijos, y éste, después de beber con marcada avaricia, se lo pasó á Pedro, que bebió á su vez, dejando luego el jarro sobre la mesa.

El tosco recipiente se había aligerado lo menos en tres cuartillos de líquido.

El padre y los hijos se quedaron mirándose y riéndose con esa estúpida satisfacción del borracho que ve delante de sus ojos vino en abundancia.

—¡Buen trago!—dijo por fin el ventero.

—Bueno ha sido,—añadió Juan.

—De éstos entran pocos en libra.

Y los tres volvieron á reirse.

—En el jarro quedan aún más de seis cuarti-

llos de vino,—repuso el ventero,—y cuando se acaben lo volveremos á llenar.

—¿Con qué dinero, padre?

—Pues, hombre, dicho se está que con el dinero de las vacas del tío Martín.

Juan y Pedro volvieron á reirse del estribillo que había cogido su padre, sin comprender aún sus intenciones.

Macario, que era muy aficionado al mosto, y á quien la pobreza le había impuesto una abstinencia irritante, cogió el jarro, bebió segunda vez y lo pasó á sus hijos, que hicieron lo mismo.

El *contenido* del *contenente* iba bajando con rapidez; pero en cambio las fisonomías y los ojos de los bebedores se alegraban de un modo notable.

El vino toma multitud de caracteres diversos cuando desde el estómago de los borrachos envía sus emanaciones alcohólicas al cerebro. Hay vino trágico; lo hay cómico, hablador, silencioso, bailarín, cantador, jaleador, insultador, llorón, etc., etc.; es decir, que así como don Juan Tenorio recorrió en amor toda la escala social, el vino pone de manifiesto todas las notas más características de esa gran sinfonía llamada embriaguez que los hombres son tan aficionados á ejecutar.

Al cuarto trago el ventero se creía un Cid, Juan un Gayarre y Pedro un Castelar, ó, lo que

es lo mismo, el padre mataba á todo bicho viviente, su primogénito cantaba por todo lo alto, y el segundón hablaba por los codos, echando cuentas de la prosperidad en que nadaría cuando mandaran los suyos, es decir, cuando el dinero de las vacas del tío Martín fuese suyo.

El vino del jarro iba tocando sus postrimerías, y el ventero, persuadido de que no se había hablado nada de provecho, se descargó un terrible puñetazo sobre una rodilla, y dijo:

—Hablemos como hombres; basta de coplas y de charla inútil. Mañana por la tarde volverá de regreso á su pueblo el tío Martín con tres mil reales en el cinto. Tiene que pasar por la *Carcaba del Judío* del monte *Marañoso*. En la *Carcaba* hay una cueva, y á mí me parece el sitio más á propósito para el asunto de las tres vacas.

—Entendámonos, padre,—añadió Pedro.—Si caen en nuestro poder los tres mil reales, ¿qué piensa usted hacer de ellos?

—Sí, sí; repartamos antes para que no haya cuestiones después,—repuso Juan.

Al pronto el ventero miró á sus hijos de un modo amenazador; pero luego, humanizando un poco su mirada y rascándose la barba, dijo:

—¿Qué pensáis hacer vosotros?

—No; primero dígalo usted, que es nuestro padre.

—Pues, hombre, yo de ese dinero le echaría un remiendo á la venta, abasteciéndola de lo que le hace falta.

—Esta venta tiene mala sombra, —repuso Juan;—todos los venteros se han muerto de hambre ó en presidio. Con esos tres mil reales debemos buscar otro modo de vivir.

—No, no; lo que se debe hacer—exclamó Pedro—es repartir por igual, y que cada uno campe por su respeto y haga de sus cincuenta duros lo que le dé la gana.

—Tú, Pedro, siempre has sido desconfiado,—añadió el ventero con bronca voz.

—La verdad, padre, lo que yo tengo es gana de hartarme de comer, de beber, aunque no sea más que quince días, todo cuanto me pida el cuerpo.

—¿Y qué dices tú?—añadió Macario mirando á Juan.

—Pues yo digo, padre, que no me disgustaría hartarme como Pedro, porque como nunca he comido bastante, tengo el hambre atrasada.

El ventero cogió el jarro, donde aún quedaban algunas gotas de vino, y las apuró.

IV

Durante algunos segundos reinó en aquella sucia y tétrica cocina un profundo silencio.

Mientras tanto, el ventero unas veces se rascaba la barba y otras el cogote.

Se conocía que no estaba muy de acuerdo con el modo que pensaban repartir el botín sus hijos. Un botín que aún no habían conquistado, pero que estaban seguros de conquistar. El ventero puso término á aquella pausa, diciendo con acento sombrío:

—Pues entonces, nos hartaremos los tres, porque yo también tengo ganas de hartarme y de echar una cana al aire.

Macario quiso sonreirse, pero sus labios estaban tan poco acostumbrados á las sonrisas, que hizo un gesto horrible.

—Yo de mis cincuenta duros me compraré un chaquetón, un capote de monte y un revólver,—repuso Pedro.

—Pues mira, me parece á mí que yo haré lo mismo, porque siempre es bueno tener un arma de fuego por lo que pueda ocurrir,—añadió Juan.

—¡Un revólver! Un revólver no sirve para nada,—repuso el padre, haciendo una mueca de desprecio;—vale más un trabuco, porque bien cargado barre una calle, cuando el hombre que lo maneja tiene agallas para jugarse la vida.

Los dos hermanos se miraron.

—Padre, veo que nos tiene usted por cobardes,—exclamó Juan frunciendo el entrecejo.

—Yo no os he visto hacer ninguna hazaña,—contestó el ventero encogiéndose de hombros,—y eso que tú tienes veinticuatro años y tu hermano veintidós.

—Cuando no se presentan ocasiones qué quiere usted que haga un hombre, ¿que se pelee con su sombra? Eso queda para los viejos, que gruñen de todo,—añadió Pedro.

—Puesto que esperáis una ocasión, allá veremos mañana cómo os portáis.

—Vaya un arco de iglesia,—contestó Juan con desprecio,—vaya una hazaña digna de ser cantada por los ciegos, quitarle el *gato* á un pobre viejo que de un revés le hago dar siete vueltas en el aire.

—El tío Martín, aunque hombre de bien y alegre, ha sido en sus mocedades muy terne,—repuso el ventero.

—¿De qué se trata aquí, padre, de matar á un pobre viejo ó de robarle el dinero que lleve encima?—preguntó Pedro.

—Matar siempre debe ser lo último,—contestó Macario;—de presidio se vuelve, que aquí estoy yo para acreditarlo, pero al que le dan garrote no vuelve más.

—Entonces, sepamos lo que hemos de hacer,—añadió Juan.

—Pues bien, oidme,—repuso el padre cogién-

dose la barba con su callosa mano y tomando una actitud reflexiva.—Vosotros dos, con un trapo en la cara para que no os conozca, esperaréis al tío Martín en la *Carcaba del Judío.* Si vuelve solo le dais *el alto* primero á buenas, y si no, á malas, le aligeráis de todo el dinero que lleve encima. Si dando un rodeo no pasa por la *Carcaba del Judío* ó viene acompañado de otra gente, entonces le seguís á cierta distancia sin que sospeché vuestras intenciones. Él tiene que pasar por aquí precisamente; yo estaré en la puerta de la venta y me lo arreglaré de modo que entre á descansar un momento y á tomar una copa de vino, y si el negocio no se ha podido hacer en la *Carcaba del Judío,* se hará en la venta.

Y Macario, sonriéndose de un modo horrible, añadió:

—Es decir, para él no es lo mismo, porque en el monte *Marañoso* podíais quitarle el dinero sin quitarle la vida, mientras no os conociera, pero aquí, como nos conocerá, será preciso que pierda las dos cosas.

—Así se hará, padre, puesto que usted lo desea,—añadió Pedro.

—Lo deseo por la prosperidad de la familia, porque, hijos, el oficio de ventero con los ferrocarriles está perdido.

—Pues entonces, yo creo que cuando tenga-

mos los tres mil reales debemos comprar en Berlinche tres escopetas de esas que se cargan por la *culata,* tres cananas llenas de cartuchos, y buscar el modo, como usted dice, de comer bien, beber bien y fumar buen tabaco.

En los ojos del ventero brilló algo que se asemejaba á una gran satisfacción; rascóse la barba con doble ahinco y se quedó callado.

V

Ni Juan ni Pedro le interrumpieron durante un minuto.

Por fin el ventero, con una voz bronca y pausada, dijo como si hablara consigo mismo:

—¡Ah! Si vosotros fuérais valientes...

—¿Ya vuelve usted á machacar con la valentía? Allá veremos si lo somos cuando se presente la ocasión,—añadió Pedro.

—Yo siempre he dicho—repuso el ventero—que vale más vivir poco y bien que mucho y mal. Si queréis darme gusto, hijos míos, cambiemos de vida. Somos tres hombres fuertes y robustos acostumbrados al sol y al frío; ninguno de nosotros se ha de constipar por dormir algunas noches al raso, amaneciendo con la barba llena de escarcha. Además, en el monte hay muchas cuevas, yo las conozco todas y vosotros también.

—Pues nada, desde mañana vida nueva, padre, y vaya al diablo el azadón,—exclamó Juan.

—Sí, sí, vida nueva,—repuso Pedro,—porque ya me voy cansando de trabajar doce horas diarias encorvado como una bestia sobre la tierra por cinco miserables reales de jornal.

—El trabajo es una humillación que el rico hace sufrir al pobre. Trabajando con la azada, vuestra vida no será otra cosa que una peregrinación por el camino del hambre, y al fin la miseria y la muerte en un hospital,—añadió el ventero con voz cavernosa.

—Padre, tiene usted razón; mañana nuevo oficio,—dijo Juan.

—Sí, sí; nuevo oficio,—añadió Pedro.

—Vaya, pues os veo con tan buenas disposiciones, voy á subir otro jarro de vino de la cueva.

—¿Tiene usted más vino?—preguntó con cierta extrañeza Juan.

—Sí, hombre, tengo un pellejo de tres arrobas que me ha fiado un vinatero para que puedan beber un trago los transeuntes que lo pidan; pero ya que mañana tendremos dinero fresco, me parece que bien podemos remojar esta noche la garganta á la salud de las vacas del tío Martín.

Macario cogió el jarro y el candil y salió de la cocina.

VI

Los dos hermanos se quedaron solos y á oscuras.

—Juan,—dijo Pedro en voz baja.

—¿Qué quieres?—le contestó su hermano en el mismo tono.

—¿Te acuerdas de aquel ciego que al compás de la guitarra cantaba en la plaza de Berlinche los romances de José María, el Currillo López, los Siete Niños de Ecija y el Maragato?

—Sí, aquellos hombres fueron unos valientes, y por eso su historia se ha escrito en romances.

—¿Te acuerdas de aquel contrabandista que vimos el mes pasado cuando estábamos haciendo leña en el monte *Marañoso?*

—Sí me acuerdo... ¡Ya lo creo! He pensado en él más de una vez.

—Llevaba traje corto de paño rayado de Córdoba con vivos de terciopelo encarnado, polainas sevillanas bordadas de seda y un retaco de dos cañones colgado á la grupa. El caballo era un precioso animal; yo no he visto otro más hermoso en mi vida. Pues bien, ya que nuestro padre nos aconseja cambiar de oficio, te juro por la salvación de mi alma que no he de parar hasta tener un traje y un caballo como el del contra-

bandista y dar motivo á los ciegos de Andújar para que escriban romances de mi vida y milagros.

—Pedro, toca esa mano y cuenta conmigo, porque yo también tengo ganas de adquirir fama y probar á nuestro padre que no soy tan cobarde como él supone.

Juan y Pedro se estrecharon las manos en la sombra, pero á pesar de la oscuridad que reinaba en la cocina, sus ojos brillaron como las chispas ocultas entre las cenizas del hogar.

El ventero volvió á entrar en la cocina, colgó el candil y dejó el jarro sobre la mesa.

—Vamos, hijos míos, el vino alegra el alma y da vigor al cuerpo; á vuestra salud.

—A la salud de nuestra primera hazaña en el monte *Marañoso,*—dijo Juan, cogiendo el jarro que le alargaba su padre.

—¡Bah! A la salud de las vacas del tío Martín,—repitió Pedro, cogiendo á su vez el jarro.

—Dices bien, muchacho, porque esas vacas van á sacarnos de la miseria.

Poco después el jarro estaba vacío, y Macario y sus dos hijos dormían profundamente la borrachera en los bancos del hogar sin apercibirse de la dureza de su cama.

VII

Aún quedaba una hora de sol cuando el tío Martín se detuvo en los primeros chaparrales del monte *Marañoso.*

Siguiendo la carretera que atravesaba una punta del monte, el camino para llegar á su pueblo era más corto, bordeando el monte perdía lo menos tres cuartos de hora.

El tío Martín, que ya no llevaba sus vacas, pareció vacilar un instante y dirigió algunas miradas inquietas en derredor suyo.

No se veía alma viviente en todo el terreno que abarcaba la vista.

Aquella soledad oprimía el espíritu, porque el monte *Marañoso* era uno de esos montes pardos y tristes en donde el hacha del leñador no había entrado durante muchos años, y que además gozaba de una triste celebridad en los anales del crimen.

El solitario viajero por último hizo un movimiento con los hombros y la fisonomía, como el que se decide después de una detenida vacilación, y santiguándose tres veces, continuó su camino por la carretera con paso largo y precipitado.

Era imposible llegar á su pueblo de día, pues

quedaba una hora de sol y tres leguas de camino que andar; pero lo importante para el tío Martín era cruzar de día el monte, perder de vista antes que llegara la noche aquellas enormes y apretadas marañas, en donde con tanta facilidad podía ocultarse un malintencionado y darle un susto.

El tío Martín era un hombre robusto y tan fuerte de piernas como de brazos, de modo que más que andar, aquello era correr, y si no le faltaban los alientos, de seguro que en dos horas atravesaba las tres leguas que le separaban de su pueblo.

Al llegar á la *Carcaba del Judío* apretó más el paso como el que presiente un peligro y quiere alejarse de él; pero de pronto sintió un golpe en las piernas y un objeto que se le enredó entre loś piés y le hizo caer tan largo como era sobre el polvo del camino.

Al principio no se dió cuenta de lo que le pasaba, pero pronto comprendió la gravedad de su situación, pues al querer incorporarse vió á su lado á dos hombres que llevaban la cara cubierta con unos trapos negros é iban armados de enormes navajas.

El tío Martín era valiente y sereno, pero no hay valor ni serenidad que evite los latidos precipitados del corazón á todo hombre que se encuentre en el caso de nuestro héroe.

—Vaya un modo de saludar,—dijo el tío Martín arrodillándose en el suelo como para levantarse.

Los dos enmascarados le pusieron á un tiempo las izquierdas manos sobre los hombros, impidiéndole que se levantara, y acercándole las puntas de las navajas al pecho, dijo uno de ellos con voz aguardentosa:

—La primera vez te hemos saludado arrojándote un palo á las piernas, y la segunda probablemente te saludaremos introduciéndote estas navajas en el cuerpo.

El tío Martín comprendió su situación. Aquellos dos facinerosos podían matarle, y la muerte no es plato de gusto para el hombre que goza de buena salud y cabal juicio.

—Veo que mi vida está en vuestras manos,—dijo el tío Martín exhalando un suspiro.—Pero ¿qué sacaréis con matarme? Nada, y en cambio perderíais mucho.

—El morir ó el vivir depende de tí,—dijo uno de los enmascarados fingiendo la voz.

—¡Ah! Si fuese eso cierto...

—Tú has vendido hoy tres vacas en la feria de Berlinche.

—Efectivamente, he vendido tres vacas.

—Entréganos el dinero que te dieron por ellas y te dejamos libre.

—Si yo tuviera ese dinero que me pedís—aña-

dió con afectada entonación el tío Martín—ya os le hubiera dado; pero desgraciadamente no lo lo tengo.

—Vamos, viejo avaro, ¿tienes algún apego á la vida? Suelta la bolsa,—exclamó uno de ellos descargando un terrible puñetazo sobre la cabeza del viejo y pinchándole el pecho con la punta de la navaja hasta hacerle sangre.

El tío Martín retiró un poco el cuerpo para evitar que la hoja de la navaja penetrase más hondamente en la carne, y pálido como todo hombre que ve la muerte cerca, dijo:

—Las vacas las he vendido fiadas á pagar en dos plazos; el primero este mes y el segundo en Agosto.

—Eso es mentira,—añadió uno de los enmascarados dándole un terrible puñetazo en la cara, que le hizo brotar la sangre por la boca y las narices.

—Registradme si no me creéis: os he dicho la verdad.

Los ladrones cambiaron una mirada, como si se preguntaran qué debían hacer ante aquella situación imprevista.

De pronto y como si los dos se adivinaran el pensamiento, comenzaron á golpes con el tío Martín, derribándole en el suelo y registrándole de un modo brutal.

El pobre viejo exhalaba profundos suspiros encomendando su alma á Dios y pensando en su mujer y su hija, creyendo que su última hora había llegado.

Efectivamente, el tío Martín sólo tenía en los bolsillos un pañuelo de algodón, una petaca de cuero bastante vieja, pero llena de cigarrillos de papel, tres pesetas en plata y algunos céntimos en calderilla.

De todo esto, que valía bien poco, se apoderaron los malhechores, que desahogaban su rabia golpeando duramente al pobre viejo, cuyo cuerpo magullado, cuyo rostro lleno de sangre y de polvo, daba lástima verle.

Cuando se cansaron de pegarle y se convencieron de que no llevaba nada encima de valor, le quitaron la faja, una bufanda y el chaquetón, y volviendo á derribarle en el suelo de un brusco empujón, se marcharon á la carrera por la parte del camino que conducía á Berlinche.

El tío Martín permaneció algunos minutos aturdido, luego se incorporó y por fin se puso en pié, dirigiendo miradas recelosas en derredor suyo.

Estaba solo: los ladrones habían desaparecido. Como con la chaqueta se le habían llevado el pañuelo, el pobre viejo se limpió con la manga de la camisa la sangre que brotaba de las peque-

ñas heridas que le habían hecho en la cabeza y el rostro.

De pronto el tío Martín vió su sombrero y su garrote tirados en medio del camino y lanzó un grito de gozo; cogió el sombrero, le quitó el polvo, lo examinó con detención y se lo puso, sonriéndose de un modo impropio de las circunstancias.

Luego cogió el palo, y se dijo, hablando consigo mismo:

—Gracias á Dios no he salido del todo mal en este apurado trance. ¡Ah! Aunque soy viejo, si no me hubieran sorprendido, creo que con este garrote les hubiera ajustado las cuentas á esos canallas... En fin, esto es una lección para que otra vez viva prevenido y no me deje la escopeta en casa.

Y el tío Martín emprendió á correr por la carretera en dirección á su pueblo.

VIII

Macario se hallaba sentado en uno de los poyos de la puerta de su venta.

A derecha é izquierda extendía la carretera su blanca línea, sin verse alma viviente en todo el largo trecho que alcanzaban sus ojos.

El sol comenzaba á hundirse en occidente.

De vez en cuándo Macario se levantaba y daba paseos por delante de su puerta con marcada impaciencia. De pronto se detuvo y se puso la mano derecha sobre las cejas en forma de pantalla para librarse de los oblicuos rayos del sol poniente que le molestaba.

Había visto aparecer un objeto á lo lejos, en la carretera, por la parte del monte *Marañoso*.

Poco á poco aquel objeto se fué destacando hasta presentar la silueta de un hombre.

Corría de un modo desesperado, como si huyera de algún peligro que le amenazaba de cerca. Aquel hombre iba en mangas de camisa, con un garrote en la mano y el sombrero calado hasta las cejas.

El ventero, que no dejaba de mirar, se preguntaba al mismo tiempo quién podría ser; pero según el paso que traía, pronto debía encontrarse en la venta.

Por fin Macario reconoció al hombre de las tres vacas, y le dió un vuelco el corazón, temiendo si á sus hijos les habría sucedido alguna desgracia.

El tío Martín, al llegar á la venta, se dejó caer casi desfallecido en uno de los poyos de la puerta.

Llevaba el rostro y la camisa manchados de sangre y polvo, pero al mismo tiempo se sonreía

con gran satisfacción, como el hombre que está contento de sí mismo.

Esta risa causaba al ventero tanta extrañeza como inquietud.

Durante algunos segundos el hombre de las tres vacas y el ventero se miraron sin hablar. Por fin Macario dijo:

—Pero ¿qué le ha sucedido á usted que viene de ese modo?

—Pues sencillamente, que en la *Carcaba del Judío* han salido á robarme dos malhechores,—contestó el tío Martín;—pero se han llevado chasco. Se conoce que era gente nueva en el oficio.

Y el tío Martín soltó una carcajada que hizo fruncir el entrecejo al ventero.

—Valiente hazaña,—volvió á decir,—aporrear á un pobre viejo, robarle un chaquetón, un puñado de cuartos, un pañuelo de yerbas y una petaca más vieja que mi abuelo, y luego echar á correr con más miedo que vergüenza, dejándose en medio del camino el dinero de mis vacas, que es lo que ellos buscaban.

El tío Martín volvió á reirse, limpiándose con la manga de la camisa el polvo, el sudor y la sangre de su rostro.

El ventero le escuchaba sin interrumpirle, encerrado en un sombrío y amenazador silencio.

—La verdad es que ha sido una buena inven-

ción la de esos pedacitos de papel que se llaman billetes del Banco de España,—repuso Martín.—Ciento sesenta duros me dieron por mis vacas en cuatro pedacitos de papel, que yo escondí en el forro del sombrero. Mientras los ladrones me registraban y me aporreaban, yo miraba con el rabillo del ojo mi sombrero tirado en medio de la carretera y diciéndome para mi capote: Buscad, buscad, pedazos de brutos; sacudid fuerte, pero lo que es el dinero de las vacas trabajo os doy hasta que lo encontréis.

El tío Martín se reía con toda la expansión de un hombre satisfecho.

El ventero respiró con fuerza, como el gladiador que se dispone para el ataque.

Mientras tanto, el sol comenzaba á hundirse en occidente y las sombras de la noche avanzaban y se extendían por el horizonte.

—Vaya, vaya, tío Martín, bien puede decirse que se ha librado usted de buena,—dijo Macario disimulando la terrible tempestad de su pecho.—Entremos en la venta, se lavará usted la sangre y beberá un vaso de vino para que acabe de pasar el susto.

—Yo no me asusto tan fácilmente, Macario. Si aquellos miserables no me hubieran derribado á traición arrojándome un palo en las piernas, me bastaba y me sobraba con mi garrote para

defenderme de ellos y magullarles las cabezas; pero en fin, acepto el vaso de vino, que no vendrá mal, y me lavaré un poco la cara para que no se asusten las mujeres viéndome entrar en casa lleno de sangre.

El tío Martín y Macario entraron en la venta.

IX

El ventero encendió el candil, lo colgó de un clavo en la cocina, y luego puso una cazuela con agua sobre uno de los bancos del hogar.

El tío Martín se lavó la cara y la cabeza, secándose como pudo con un mal trapo que le dió el ventero.

Macario le sirvió un vaso de vino, y el hombre de las tres vacas se lo bebió de un trago, diciendo al concluir:

—Hoy no puedo pagarte, Macario, porque supongo que no tendrás cambio de un billete de cien pesetas; pero mañana será otro día.

—¡Bah! Entre amigos un vaso de vino no vale nada. ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—Hombre, yo quisiera irme á casa, porque me estarán esperando; pero desde la venta al pueblo hay más de una legua, la noche ha cerrado, y está, según parece, bastante desapacible.

—Yo, en lugar de usted, no me arriesgaría á

emprender el camino de noche solo y llevando intereses. Arriba tiene usted una cama dispuesta; duerma usted tranquilo, pues buena falta le hace después del susto que ha pasado, y cuando amanezca emprende usted el viaje.

—La verdad es que tengo el cuerpo dolorido... Me han dado muchos golpes esos infames; pero mi mujer y mi hija pasarán una mala noche si no me ven entrar por la puerta.

—Puede usted enviarles un recado.

—¿Cómo?

—Mis hijos no tardarán en venir de su trabajo, y además la pareja de la Guardia Civil que hace el servicio de carretera de noche pasa por aquí á las diez.

—Entonces, sigo tu consejo: voy á descansar un poco; pero no te olvides de avisarme cuando pase la pareja; me iré con ellos, y así no corro el menor peligro.

Macario procuró dominar la feroz alegría que las últimas palabras del tío Martín le causaban, y encendiendo un farolillo, dijo:

—Vaya, pues vamos hacia arriba.

El tío Martín cogió su garrote, se puso el sombrero, y sin sospechar el peligro de muerte que le amenazaba, siguió al ventero, porque el cansancio y las magulladuras de su cuerpo le pedían algunas horas de reposo.

Subieron por una escalera ruinosa á una especie de desván. La puerta, desvencijada, no tenía ni cerrojo ni cerradura. Una gran ventana que daba al corral se hallaba cerrada y sujeta por una cuerda.

En uno de los ángulos del desván se veía una miserable cama compuesta de un viejo tablado, un jergón, una almohada y una manta.

Los muebles se reducían á una mesa y una silla.

Macario dejó el farolillo sobre la mesa. Los rayos de aquella débil luz reflejaron en el rostro del ventero, cuyo sombrío aspecto no era por cierto muy tranquilizador.

El tío Martín se fijó entonces por la primera vez en la feroz expresión del ventero.

Creyó notar también cierto movimiento de cabeza y de hombros que demostraban la inquietud de aquel hombre, que dirigía con frecuencia tétricas miradas en derredor suyo.

El tío Martín se guardó muy bien de revelar el mal efecto que el ventero le producía, y dejando el garrote sobre la mesa, dijo con alegre entonación:

—Que no te olvides de avisarme cuando pasen los guardias civiles, porque me iré con ellos al pueblo.

—Pierda usted cuidado, que no me olvidaré,—

contestó el ventero sonriéndose de un modo tan extraño, que el tío Martín se quedó mirándole preocupado.

Macario bajó á oscuras la escalera del desván, entró en la cocina, se sentó en uno de los poyos del hogar, y colocando los codos sobre las rodillas y la barba en las palmas de las manos se quedó inmóvil.

X

Trascurrió media hora sin que el ventero cambiara de actitud. Dentro de aquel cráneo donde tan poca cantidad de inteligencia y sentido moral se encerraban, se iba poco á poco elaborando un crimen espantoso.

El ventero se levantó, salió de la cocina con el candil en la mano, y volvió á entrar á poco rato con un saco de lienzo remendado y un enorme cuchillo.

Colgó de nuevo el candil, dejó el saco y el cuchillo sobre un poyo y se puso á dar paseos por la cocina, dirigiendo con frecuencia miradas hacia la puerta.

La tardanza de sus hijos le tenía inquieto, pues le hacían falta para ejecutar el pensamiento que había concebido.

Por fin se oyó un ruído de pasos, y poco después aparecieron en la cocina Juan y Pedro.

—¡Gracias á Dios!—dijo el ventero clavando una sombría mirada en sus hijos, que se sentaron taciturnos y silenciosos.

Y acentuando un poco más su voz, repuso:

—Ya sé que el tío Martín se ha burlado de vosotros.

Juan y Pedro miraron á su padre, como pidiéndole una explicación de aquellas palabras.

—Sí; se ha burlado... Pero yo os prometo que no se burlará de mí... ¡Lástima grande ha sido que no os haya roto la cabeza por bestias!

Pedro exhaló una especie de gruñido, mientras que su hermano Juan dijo:

—Pero ¿qué está usted hablando? ¿Sabe usted lo que ha pasado en el monte Marañoso?

—Mejor que tú; y voy á probaros que, aunque viejo, valgo yo solo más que vosotros dos juntos.

Los hermanos se miraron sin comprender lo que quería decirles su padre.

—El tío Martín—añadió Macario—llevaba ciento sesenta duros ocultos en el forro del sombrero, y vosotros, pedazos de bestias, os contentásteis con robarle un chaquetón viejo.

—¿Quién le ha dicho á usted eso?—preguntó con bronco acento Pedro.

—El mismo tío Martín, que ha venido á me-

terse en la boca del lobo. El tío Martín, que se halla durmiendo arriba en el desván.

Los dos hermanos se levantaron como impulsados por un resorte, y al hacer un movimiento como para dirigirse á la puerta, su padre les detuvo diciendo:

—Alto ahí; ahora yo voy á mandar y vosotros á obedecer. El desván tiene una ventana que cae al corral. Por esa ventana y metido en ese saco, os arrojaré yo el cadáver del tío Martín. Vosotros dos cargaréis con él y lo sacaréis al campo por la puerta pequeña del corral. Haréis una fosa bastante honda al pié de la encina grande, y allí iré yo á reunirme con vosotros para que lo enterremos entre los tres.

—¿Y no quiere usted que le ayudemos á despacharle?—preguntó Pedro.

—No me hacéis falta; me basto y me sobro. Además, el tío Martín duerme, y de un solo golpe espero terminar este asunto.

—Padre, bueno sería que le ayudáramos á usted,—añadió Juan.

—He dicho que no, y repito que no. Coged los azadones y al corral. La noche está oscura como la madriguera de una zorra; con que ya estáis largándoos de aquí, y cumplid mis órdenes.

Juan y Pedro cogieron los azadones y salie-

ron de la cocina, ahogando la silenciosa rabia que hervía en sus pechos.

Poco después el ventero cogió el saco de lienzo con la mano izquierda, el cuchillo con la derecha, y encaminándose á la escalera del desván comenzó á subir casi á gatas y sin hacer el menor ruído, como la hiena que avanza en la oscuridad olfateando su presa.

XI

La noche, como hemos dicho, era oscura; el viento helado y fuerte producía mil lúgubres sonidos al quebrarse entre las copudas encinas y las secas ramas de los álamos que bordeaban la carretera.

Juan y Pedro salieron al corral, y siguiendo las instrucciones de su padre, se colocaron debajo de la ventana del desván.

Desde aquella ventana hasta el suelo habría unos cuatro metros de altura.

Los dos hermanos guardaban un profundo silencio.

De pronto Pedro dijo en voz muy baja:

—Peor para él.

—¿De quién hablas?—le preguntó Juan.

—Del hombre de las tres vacas; porque si no

nos hubiera engañado en el monte, como asegura padre, hubiera perdido el dinero, y aquí perderá el dinero y la vida.

En aquel momento se oyó un grito desgarrador en el desván y el ruído de un objeto pesado al rodar por el suelo.

Una voz débil pidió socorro; pero cesó pronto, como si se le extinguiera y se apagara la fuerza vital en la garganta.

—Parece ser que ha. comenzado arriba entre los dos viejos la partida de *mus*,—dijo Pedro.

—Con tal de que nuestro padre diga *órdago*, todo irá bien,—contestó Juan.

Los dos hermanos prestaron gran atención: no se oía nada; reinaba el más profundo silencio.

—¿Habrá concluído?—preguntó Pedro.

Juan iba sin duda á contestar, cuando oyó que abrían la ventana del desván y una voz desde arriba decía con acento trémulo:

—¿Estáis ahí?

—Sí, señor; aquí estamos,—contestaron los cavadores.

—Pues allá va eso,—añadió la voz arrojando un objeto pesado por la ventana, que cayó, produciendo un ruído seco al chocar con el empedrado del corral.

—¡Buen costal de patatas!—exclamó Pedro con repugnante cinismo.—¡Ah, viejo maldito! ya

estás dentro del saco, y atado, para que no te escapes; veremos ahora si vuelves á burlarte de nosotros.

Y Pedro le dió una terrible patada á aquel cuerpo envuelto en tan tosco sudario que se hallaba tendido á sus piés.

Juan, que se había inclinado hacia la tierra y tentaba con las manos el cadáver, dijo de pronto:

—Parece que se menea... ¿Estará vivo aún?

—Algunos viejos tienen siete vidas como los gatos,—exclamó Pedro riéndose;—pero éste no saldrá vivo del saco, yo te lo juro.

Pedro sacó su navaja, y con una ferocidad increible en una criatura humana, le dió siete puñaladas, sin reparar en qué sitio del cuerpo clavaba su arma homicida.

Dentro del saco se oyó un quejido débil y prolongado.

—Dale tú otras siete, Juan, porque parece que aún le quedan ganas de quejarse.

Juan imitó á su hermano, hundiendo también siete veces su navaja en el cuerpo de aquel infeliz que se hallaba tendido en el suelo. Entonces observaron que el hombre del saco se estremecía, quedándose por fin inmóvil y rígido.

Los dos hermanos permanecieron un momento inclinados sobre el cadáver y escuchando.

Tenían en aquel momento algo de las hienas que saltan los cementerios durante la noche.

—Vaya, parece que ya no quiere más,—repuso Pedro.

—Sí, está muerto; vamos á conducirle adonde ha dicho padre, porque estas cosas, cuanto más pronto se terminan, mejor.

Juan y Pedro cargaron con el cadáver, y saliendo por la puerta pequeña del corral se dirigieron al campo inmediato, en donde estaba la encina grande.

Una vez allí, dejaron caer el saco en tierra y comenzaron á abrir la fosa con gran ahinco.

XII

Ya hemos dicho que la noche era oscura: los dos hermanos trabajaban como gente robusta y avezada á la fatiga, y como quien tiene prisa en terminar la tarea que se ha impuesto.

—Fumaremos un cigarro de la petaca del tío Martín, y si no viene padre lo enterraremos nosotros,—dijo Pedro.

—Me extraña su tardanza,—añadió Juan.

—Habrá llegado algún arriero á la venta.

—Sí, eso será; fumemos, pero dentro de la fosa, que no hace aire y está más abrigado.

Los dos saltaron dentro de aquella profunda

zanja abierta para enterrar un cadáver, y se pusieron en cuclillas.

—Aquí no se está mal,—dijo Pedro.

—Ya lo creo; ¡se está tan ricamente!—repuso Juan, sacando la petaca y una cajilla de fósforos.

Los dos hermanos encendieron sus cigarrillos de papel con la misma tranquilidad de espíritu que si fueran honrados trabajadores en la hora de la siesta.

Aquellos malvados tenían grandes condiciones para el bandolerismo. Su padre, al aconsejarles que cambiaran de oficio, demostraba que les conocía profundamente, puesto que sus conciencias no experimentaban el menor sobresalto en tan terrible noche.

Llevaban fumados más de la mitad de los cigarrillos, cuando oyeron una voz que les dijo:

—¿Qué se hace ahí abajo, buena gente?

Juan y Pedro se levantaron de un brinco, y vieron, con tanto asombro como espanto, á dos guardias civiles que les apuntaban las carabinas armadas de bayoneta.

La sangre de sus venas se heló como si hubieran sentido penetrar en sus cuerpos el soplo de la muerte.

Detrás de los guardias vieron á un hombre envuelto en una manta y con el sombrero hongo calado hasta las cejas.

Juan y Pedro pensaron que aquel hombre era su padre, que, como ellos, había caído en las garras de la Guardia Civil.

—Ya comprenderéis que la resistencia es inútil,—dijo uno de los guardias civiles.—Sólo el intentar fugaros os costaría la vida; con que alargad á buenas las manos para que os pongamos las cadenillas en los dedos pulgares, y luego saldréis de ese hoyo.

Juan y Pedro obedecieron mirando con recelo al hombre de la manta, cuyas facciones no podían ver.

Sujetos los dos malvados como la Guardia Civil sabe hacerlo tratándose de criminales, salieron de la fosa.

—Ahora—añadió el guardia que llevaba la palabra—cargad con ese saco, y en marcha.

Los dos hermanos cargaron con el cadáver, que chorreaba sangre por las catorce heridas que le habían hecho poco antes.

Emprendieron el camino por la carretera que conducía á Berlinche.

Entre los dos guardias caminaba el hombre de la manta sin despegar los labios ni enseñar el rostro.

De vez en cuándo Pedro y Juan volvían la cabeza para mirar á aquel hombre, á quien, según ellos, llevaban también preso.

Esta marcha fúnebre duró más de hora y media.

Por fin llegaron al pueblo de Berlinche: al entrar en la calle Real, que conducía á la plaza del Consistorio, un sereno les salió al paso.

Un guardia le dijo algunas palabras en voz baja, el sereno echó á correr por una callejuela, y nuestros nocturnos caminantes continuaron su marcha en dirección á la plaza.

Se detuvieron en la puerta de la cárcel, y poco después entraron en un vestíbulo rodeado de bancos de pino.

Del techo pendía un gran farol.

—Podéis dejar la carga sobre uno de esos bancos,—dijo un guardia á los dos hermanos.

Y luego, dirigiéndole la palabra al carcelero, añadió:

—Prepare usted la linterna, porque van á venir el señor juez, el escribano y el médico.

El hombre de la manta se sentó también en otro banco.

La luz del farol dejaba los ángulos de aquel vestíbulo en completas tinieblas. No era posible ver más que el bulto de aquel mudo testigo.

Se estableció un silencio sepulcral. Juan y Pedro miraban con inquietud, tan pronto el ensangrentado saco que envolvía el cadáver, como al hombre de la manta.

En las toscas facciones de aquellos dos malvados se veían impresas esas líneas características de la estupidez y el miedo.

Durante media hora nadie habló, nadie se movió del sitio que ocupaba.

Por fin llamaron á la puerta: eran el juez, el escribano y el médico.

El juez, hombre práctico en su grave ministerio, abarcó con una mirada el sombrío cuadro que tenía delante. Luego hizo una seña á uno de los guardias para que le siguiera, y entraron en la habitación inmediata, cerrando la puerta.

Esta conferencia duró escasamente media hora; mientras tanto, en el vestíbulo reinaba un profundo silencio precedido por el rígido y ensangrentado cadáver que envolvía el saco de lona.

El juez volvió á salir, seguido de su gente, y encarándose con los dos hermanos, les dijo, con esa serenidad que tanto aterra y perturba á los criminales:

—¿Desde dónde traen ustedes ese saco?

—Desde la venta del Marañoso,—contestó Juan.

—¿Y saben ustedes lo que va dentro de ese saco?—volvió á preguntar el juez.

Los dos hermanos se miraron, como si vacilaran y quisieran ponerse de acuerdo en la contestación que se les pedía. Estaban muy pálidos

y agitaban con frecuencia los labios, sin duda para producir alguna humedad en la lengua y el paladar, secos por las angustiosas fatigas y los sobresaltos de aquella terrible noche.

—Respondan ustedes,—añadió el juez.

—Yo creo, señor,—dijo por fin Pedro apartando los ojos del magistrado, cuya mirada severa le daba miedo,—creo que lo que va dentro del saco es un muerto.

—¿Y no sabe usted quién es ese muerto?

—No señor.

—¿Ni siquiera lo sospecha usted?

—No señor,—contestaron á un tiempo los dos hermanos con voz oscura y temblorosa.

—Está bien; vamos á ver si ustedes le conocen: desaten ustedes el saco y saquen de él el cadáver para que le veamos la cara é identifiquemos su persona.

Por dos veces Juan extendió las manos para obedecer y las retiró temblando, como si le repugnara tocar aquel cadáver que había llevado acuestas durante dos horas.

Pedro, que se las echaba de hombre fuerte, al ver la vacilación de su hermano, le miró con fiereza, y dijo:

—Ya que tú no lo destapas, lo destaparé yo.

Quitaron el saco al cadáver, que quedó tendido boca abajo en el banco.

El juez mandó que lo volvieran boca arriba y que el carcelero acercara al rostro la linterna.

Entonces Juan y Pedro lanzaron un grito de horror, retrocediendo de espaldas hasta tropezar con la pared.

La viva luz de la linterna iluminaba de un modo tétrico el repugnante rostro de Macario el ventero, pues él era el muerto.

—¡Mi padre!...—exclamaron á un tiempo los dos hermanos con espanto.

—Sí; vuestro padre, desgraciados... Vuestro padre, á quien habéis cosido á puñaladas creyendo que era el pobre tío Martín, que ningún daño os había hecho,—dijo el hombre de la manta desembozándose y abandonando el oscuro rincón donde se había refugiado.

—¡El hombre de las tres vacas!...—exclamaron trémulos de miedo Juan y Pedro.

—Sí; el mismo, á quien la Providencia ha salvado esta noche de una muerte horrible.

Y el tío Martín, dirigiéndose al magistrado, añadió:

—Señor juez, por la salvación de mi alma, por la salud de mi mujer y de mi hija, voy á decir á usía la verdad.

El hombre de las tres vacas comenzó á referir detalladamente el atropello de que había sido víctima en la *Carcaba del Judío,* su llegada á la

venta, los ruegos que le había dirigido Macario para que se quedara aquella noche en su casa, terminando de este modo:

—Subimos al desván, y entonces creí notar algo extraño y amenazador en la fisonomía del ventero. Cuando me quedé solo, en vez de acostarme, me senté en la silla. Sentía una gran inquietud y una sed devoradora; después de un rato de vacilación, me decidí á bajar á beber agua. No tenía más armas que mi garrote; como estaba receloso, bajé sin meter ruído y tomando algunas precauciones. Antes de llegar á la cocina oí la voz del ventero, que hablaba con sus hijos. Me arrimé todo cuanto pude á la pared y escuché lo que decía: se trataba de matarme y robarme el dinero de las vacas. Yo escuché con espanto mi sentencia de muerte. Me creí perdido: ellos eran tres y tenían navajas; yo estaba solo con mi garrote. Para salir de aquella casa era preciso abrir la puerta que da á la carretera y meter mucho ruído, y los mozos me hubieran alcanzado. En medio de mi aturdimiento concebí una esperanza de salvación, pues le oí decir al ventero:

—El desván tiene una ventana que cae al corral. Por esa ventana y metido en un saco, os arrojaré yo el cadáver del tío Martín: vosotros dos cargaréis con él y le sacaréis al campo por la puerta pequeña del corral. Haréis una fosa

bastante honda al pié de la encina grande, y allí iré yo á reunirme con vosotros para que lo enterremos entre los tres.

—¿Y no quiere usted que le ayudemos á despacharle?—preguntó uno de sus hijos.

—No me hacéis falta; me basto yo y me sobro,—repuso el ventero. Además, el tío Martín duerme, y de un solo golpe espero terminar este asunto.

Entonces tomé la resolución de subir de nuevo al desván y defender mi vida. Me agazapé detrás de la puerta con el garrote cogido con las dos manos, pensé en mi mujer y en mi hija, y me encomendé fervorosamente á Dios.

Todo el mundo me conoce, señor juez, y usía también,—añadió Martín;—todo el mundo sabe que soy un hombre de bien que nunca ha hecho daño á nadie; pero la defensa propia es natural, y yo no podía esperar clemencia de aquellos malvados.

Pasé un rato de angustia horrible oculto detrás de la puerta.

Por fin oí pasos en la escalera. El farolillo que se hallaba sobre la mesa me permitía ver por una rendija de la puerta al ventero, que subía andando á gatas con una enorme navaja abierta en la mano y un saco de lienzo sobre el hombro.

Yo no sé cómo no oyó los latidos de mi corazón, porque ante la idea de matar á un hombre me palpitaba de un modo violento.

Macario me creía dormido en la cama de la alcoba, y entró en el desván con el cuerpo encorvado y la navaja abierta en la mano derecha.

Yo entonces me levanté y descargué un terrible garrotazo sobre su cabeza.

El ventero lanzó un grito; quiso pedir socorro, pero se ahogó su voz en la garganta y cayó de bruces en el suelo. Yo estaba espantado: le creí muerto, y temeroso de que sus hijos subieran notando su tardanza, le metí precipitadamente en el saco, haciendo con él lo que él quería hacer conmigo.

Abrí la ventana, me asomé y distinguí dos bultos que estaban en el corral, les arrojé el saco y me quedé escuchando.

El pobre Macario parece que se estremeció dentro del saco: no estaba muerto, y sus hijos, creyéndose que era yo, le dieron algunas puñaladas para rematarlo.

Cuando les vi salir por la puerta del corral cargados con el muerto, abandoné el desván horrorizado, salí de la venta y emprendí á la carrera el camino del pueblo.

Al poco tiempo encontré la pareja de la Guardia Civil y les conté lo ocurrido. Usía, señor

juez, sabe lo demás, y Dios sabe también que he dicho la verdad.

—¿Es cierto lo que acaba de referir ese hombre?—preguntó el juez dirigiéndoles la palabra á los dos hermanos.

—Sí señor; es cierto,—contestaron con trémulo acento Juan y Pedro, que parecían hallarse aplanados bajo el peso de los remordimientos.

—Señor Martín,—añadió el juez,—puede usted retirarse á su casa. La justicia espera que acudirá usted á declarar cuando se le llame.

—Al momento, señor juez; los hombres de bien estamos siempre al lado de la justicia.

—Así lo espero.

Y el juez, dirigiéndole la palabra al médico, añadió:

—Doctor, es preciso hacer la autopsia á ese cadáver, y que dé usted su dictamen facultativo.

El médico hizo un signo afirmativo con la cabeza, y se dispuso á obedecer.

El juez mandó encerrar á Juan y á Pedro en dos calabozos distintos, adonde fueron conducidos en el acto por un carcelero y la Guardia Civil.

XIII

Han trascurrido diez meses: el tío Martín estaba muy contento, tan contento como puede es-

tarlo un padre que lleva en el corazón una credencial de abuelo que cuenta tres días de antigüedad.

—Yo he sido siempre un hombre alegre,—decía el tío Martín á los que le rodeaban,—pero declaro á ustedes que la alegría que siento ahora no la he sentido nunca; es una alegría que no se parece en nada á las otras alegrías que he disfrutado durante mi larga existencia: la siento retozar en todas partes de mi cuerpo, sobre todo en el corazón, y me trasmite una nueva vida, como si comenzara para mí otra vez la época feliz de la infancia.

La alegría del tío Martín era lógica, natural, pues iban á bautizar aquella tarde á su primer nieto y á ser padrino de aquel pedacito de su alma que le regalaba su hija.

Los muchachos del pueblo, conociendo al padrino, tenían la seguridad de que no faltarían por el aire higos secos, castañas pilongas, piñones tostados y algunas monedas de cobre por añadidura.

Esto era un hermoso porvenir para la nueva generación del lugar; por eso, sin que nadie la citara, se reunió toda la chiquillería en el atrio de la iglesia.

No faltaban tampoco zánganos de diez y ocho años y zagalas de diez y seis dispuestos á abu-

sar de sus fuerzas, con gran enojo y disgusto de los chiquitines.

La comitiva comenzó á salir de la iglesia. El gaitero y el tamborilero abrían la marcha; detrás la madrina, llevando el niño en brazos con el rostro cubierto por un pañuelo de encaje, y por último el tío Martín , radiante de felicidad y rodeado de sus amigos.

Iban también entre éstos cuatro mozos llevando dos enormes espuertas llenas de higos, castañas y piñones.

Al ver al padrino, los chicos armaron un clamoreo infernal, y entonces el tío Martín introdujo las dos manos en una de las espuertas y arrojó sobre los alborotadores una lluvia de higos y castañas.

Los chicos se arrojaron sobre las codiciadas golosinas como una nube de langosta, rodando por el suelo y poniendo en grave apuro al gaitero, á quien le faltó poco para caerse; pero se mantuvo en pié, si bien dió dos ó tres notas en falso que hicieron reir á los concurrentes.

Esto fué la señal: todos los amigos del padrino metieron las manos en las espuertas y arrojaron por el aire una verdadera lluvia de aquella fruta seca tan codiciada por la gente menuda.

El tío Martín de vez en cuándo arrojaba puñados de cuartos, y entonces era de vér á los mo-

zos granados y próximos á entrar en quinta rodar por el suelo disputándose el botín y levantándose con la cara llena de polvo, y á veces con las narices chorreando sangre.

Pero todos se reían mucho y el tío Martín más que nadie, aunque sentía con toda su alma que su nieto no pudiera tomar parte en el regocijo general por ser tan pequeñuelo.

Así llegaron á la calle de la Carretera, y al desembocar en ella vieron venir por la parte opuesta una cuerda de presos conducida por la Guardia Civil. La presencia de aquellos desgraciados, que unos iban á Cartagena y otros á Ceuta á cumplir la sentencia que por sus delitos les había impuesto el Código, apagó la alegría y la algazara del bautizo.

Delante de la cuerda de presidiarios iban dos mozos atados codo con codo y unidos por la misma cadena. Sus toscas y poco simpáticas fisonomías tenían un gran parecido.

La comitiva del bautizo abrió calle, arrimándose á las paredes.

El gaitero y el tamborilero suspendieron las alegres melodías de sus instrumentos.

Los dos penados que formaban á la cabeza de la cuerda, al ver al tío Martín, hicieron un brusco movimiento como para detenerse, y uno de ellos dijo en voz alta:

—Buenas tardes, tío Martín... Ya nos ve usted, trabajos de los hombres.

Y continuaron su marcha con la cabeza inclinada sobre el pecho.

El tío Martín, que había reconocido á los hijos de Macario el ventero en aquellos dos desgraciados, se separó de la comitiva del bautizo y se colocó al lado de Juan.

—¿Adónde os llevan, pobrecitos?—les preguntó enternecido y caminando junto á ellos.

—A Ceuta,—contestó Juan.

—Cadena perpetua, tío Martín,—añadió Pedro suspirando.

—Nuestro padre nos perdió al aconsejarnos que cambiáramos de oficio.

—Sí; nos perdió llamándonos cobardes, porque vale más ser cavador que presidiario.

El tío Martín, registrando todos sus bolsillos, encontró tres duros en plata y un puñado de cuartos.

—Tomad, tomad,—les dijo;—no llevo más encima: esto siempre os será útil, al menos durante el camino.

Les dió también un mazo de puros, una cajetilla de cigarrillos y una caja de fósforos.

Juan y Pedro lloraban.

—¡Valor, hijos míos!—exclamó el tío Martín, enjugándose también las lágrimas.—La

vida no es otra cosa que una peregrinación llena de penalidades por este valle de amargura. Al hombre, lo mismo en un presidio que en un convento, lo mismo en la opulencia que en la desgracia, se le presentan siempre ocasiones para demostrar su honradez y su amor al prójimo. Sed honrados, sed buenos, tened confianza en Dios, y no olvidéis nunca que el oficio más penoso, más duro, es el que os aconsejaba vuestro desgraciado padre.

El tío Martín acompañó á los presidiarios hasta la salida del pueblo. Allí abrazó á los dos hermanos, y despidiéndose de ellos, regresó á su casa triste y cabizbajo.

Afortunadamente, cuando llegó á su casa y vió á su nieto, volvió á renacer en su corazón la alegría de los abuelos, esa alegría que no se parece en nada á las otras alegrías, como había dicho poco antes el hombre de las tres vacas.

FIN DEL HOMBRE DE LAS TRES VACAS.

EL

AGUILA.

EL AGUILA.

I

Allá por los años 1317 fundó don Jaime II de Aragón la Orden de Caballería de Montesa, imponiéndole la regla del *Cister,* que hicieron famosa en el departamento francés de la *Costa de Oro* San Bernardo y Roberto Molemo.

En aquellos nunca bien ponderados tiempos (que ya no volverán), los reyes no hacían las cosas á medias, pues como dueños y señores de vidas y haciendas, con la misma facilidad le cortaban á un súbdito la cabeza, colocándola dentro de la jaula de hierro del *rollo* del lugar para escarmiento de pícaros, que se apoderaban de los bienes del ajusticiado, regalándoselos luego á un convento, con el piadoso fin y seráfica esperanza

de ganarse un rinconcito en el cielo después de muertos.

Por eso sin duda don Jaime II, que fué un rey de lo mejorcito del *repertorio,* les concedió á los caballeros de Montesa, agradecido á los servicios que le habían prestado, el hábito blanco con la cruz de *Gules* en el pecho, cuyo rojo color les obligaba á defender y á amparar á los desvalidos, y los inmensos y feraces valles y los escabrosos montes que se hallan enclavados en los partidos de Castellón de la Plana, Albocacer, San Mateo, Vinaroz, Morella y Lucena, cuyo territorio cuenta en la actualidad una población de cincuenta y seis mil almas.

Naturalmente, á este donativo espléndido, que á don Jaime no le costaba otro trabajo que escribir al pié de un pergamino «Yo el rey» (y no en muy buena letra), se le puso un nombre, y se le llamó desde entonces *El Maestrazgo,* nombre que es lo único que queda de aquellos reyes batalladores y famosos caballeros que vivían sin más ley que la fuerza, conquistando todo lo que les *llenaba el ojo* y podían coger con sus manos de hierro.

Hasta la misma naturaleza parece que se conjuró contra aquellos *frailes guerreros,* que cada uno tenía, según la frase vulgar, *un reyezuelo en el estómago,* y que se olvidaban con harta frecuen-

cia de la cruz de *Gules* que llevaban sobre el pecho, pues á últimos del siglo pasado un terrible terremoto destruyó su famoso castillo de Montesa, el célebre convento de la Orden y el palacio de su gran Maestre.

Hoy los viajeros que se dirigen á Valencia por el ferrocarril de Madrid sólo ven desde las ventanillas de sus coches un montón de ruínas, debajo de las cuales se halla sepultada la grandeza de la famosa Orden de Montesa, y naturalmente, el viajero instruído recuerda los nunca bien ponderados versos de Jorge Manrique, que dicen:

¿Qué se hizo el rey don Juan?
¿los infantes de Aragón?
¿qué se hicieron?
¿qué fué de tanto galán?
¿qué fué de tanta invención
como trujeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿qué fueron sino verduras
de las eras?

Y efectivamente, todo en este mundo es *vanidad de vanidades,* que termina en un puñado de polvo que esparce el viento.

II

Ya supondrás, querido lector, que nos hallamos en el Maestrazgo, cuyo cielo es el más puro, el más trasparente, el más azul de España. Nada temas: las sangrientas huellas de la guerra civil de los siete años se han borrado. El famoso cabecilla Ramón Cabrera ha muerto, y en los valles y en los cerros reina una paz octaviana. Las balas de los *cristinos* y los *facciosos* no perforan la tosca corteza de los olivos y los algarrobos; las herraduras de la caballería no tronchan las hermosas adelfas silvestres que crecen en sus cañadas; el viajero cruza aquellas soledades sin el menor recelo, y el pastor canta, contemplando tranquilo su ganado desde lo alto de una peña.

Por todas partes se encuentran alegres *Masadas,* con sus paredes blancas como la nieve y sus techos rojizos como la tierra de sus campos.

Avancemos con la imaginación, porque aquellos honrados labradores nos recibirán con la sonrisa en los labios, ofreciéndonos de buena voluntad un sitio en su modesta mesa, y de *Masada* en *Masada* llegaremos á un valle, deteniéndonos en un pueblecillo, que lo constituyen unas veinte casas agrupadas como una bandada de palomas en la falda de un elevado monte.

La cumbre de este cerro, el coronamiento de esta gigantesca montaña lo forman tres rocas que parecen apoyarse las unas con las otras y que descansan sobre una meseta que les sirve de base.

En las grietas de estas rocas se crían higueras silvestres y hermosas adelfas.

Al verlas desde el valle no se concibe la colocación de aquellas tres enormes piedras: parece que han caído del cielo y que se hallan suspendidas sobre el modesto pueblo, esperando una orden de Dios para aplastarlo.

Aquellas rocas han sido desde tiempo inmemorial nidos de águilas, que nunca pisaron las plantas de los hombres.

Con frecuencia se ven, cerniéndose en el espacio, aves de rapiña de potentes alas y terribles garras, causando el espanto de las tímidas perdices, los medrosos conejos y los inofensivos corderillos que se quedan rezagados por el cansancio á la sombra de las matas.

Muchas veces se vé á las águilas paradas en aquellas elevadísimas crestas observando con sus perspicaces ojos, que desafían los rayos del sol, el fondo del valle y las laderas del monte, buscando la presa con que satisfacer la voracidad de sus estómagos, y al divisarla caen sobre ella con la rapidez del rayo, lanzando estridentes

graznidos, que atemorizan á sus víctimas, imposibilitándolas para huir.

III

—¿Quién es la princesa?... ¿Quién es la reina de la casa?... ¿Quién es la más hermosa de Valencia?... Mi hija, sí señor, mi hija, el pedacito de mi alma, el trocito de mi corazón, que se ríe como los ángeles y mira como los serafines cuando la boba de su madre le hace fiestas.

Esto decía una robusta aldeana mientras envolvía al mismo tiempo en los pañales de bayeta amarilla á su pequeña hija, que apenas contaba cuatro meses de edad.

Aquella madre, enamorada de su hija, y que á pesar de su pobreza todo le parecía poco para el pequeño sér que había nutrido en sus entrañas, se hallaba sentada en una silla en medio de su corral, y tenía junto á ella extendida en el suelo una zalea y una pequeña almohada.

El marido de la aldeana, que era un fornido joven de treinta años, apoyado de espaldas en la tapia, contemplaba con grata y silenciosa satisfacción el grupo de la madre y la hija, fumando al mismo tiempo un cigarrillo de papel.

Aquel hombre del campo, aquel hijo del trabajo, no hablaba, pero en sus toscas y bron-

ceadas facciones se adivinaba claramente que estaba en perfecto acuerdo con las exageraciones y extravagancias que su mujer le dedicaba á su hija.

La madre, cuando hubo fajado á su pequeñuela, la sentó sobre las rodillas, y mirándola con los ojos del alma, y acariciando su pequeña barba con la yema del dedo índice de la mano derecha, añadió:

—Pues, sí señor, yo lo digo y basta; cuando mi *Quiqueta* (Francisca) sea mocita, vendrá un príncipe montado en un caballo blanco con muchos pajes y criados detrás, y llamará á la puerta de nuestra *Masada*, diciendo:

—Ave María purísima, ¿se puede entrar?

—Adelante, señor príncipe, le contestaré yo.

—¿No vive aquí *Quiqueta*, la muchacha más hermosa de todo el Maestrazgo?

—Sí señor, aquí vive. ¿Qué es lo que usted quiere?

—Toma, pues quiero casarme con ella, me contestará el príncipe, y le traigo los regalos de boda; aquí están: una espuerta llena de perlas, otra de diamantes, cadenas y brazaletes de oro, vestidos de seda, camisas de holanda y zapatitos de raso.

La niña, sin comprender el razonamiento, seagitaba sobre las rodillas de su madre, obe-

deciendo á esos impulsos de la sangre que hacen saltar á los pequeñuelos cuando están alegres.

Al mismo tiempo la chiquitina se reía, preludiando esas débiles carcajadas que regocijan hasta lo más profundo el corazón de los padres.

—Qué tonta eres, hasta la niña se ríe de tí,— dijo el marido, mirando á su mujer con esa ruda ternura de los campesinos.

—Podéis reiros de mí tú y ella,—contestó la madre,—pero te aseguro que mi *Quiqueta* no se ha de casar con un destripaterrones como su madre.

—Vaya, vaya, deja la niña en la zalea y vamos á almorzar, porque hoy es día festivo y quiero ver si mato un par de perdices.

La madre dió el pecho á la niña, que se quedó al instante dormida; luego la colocó sobre la zalea á la sombra de la tapia, y dirigiéndole una de esas miradas maternales que no son otra cosa que una caricia del alma, entró en la casa seguida de su marido.

IV

La cocina de la *Masada* tenía una ventana grande que recibía la luz del corral.

El día era hermoso, una de esas mañanas del mes de Mayo en que el cielo del Maestrazgo

ostenta su purísimo azul sin que lo empañe la menor nubecilla.

El sol lo embellecía todo, llenándolo de luz y de alegría; las peñas brillaban despidiendo destellos metálicos, y el fondo del valle presentaba ese verde tranquilo, tan grato y consolador á la vista.

De pronto el matrimonio, que se hallaba en la cocina disponiendo el almuerzo, vió cruzar por delante del hueco de la ventana una sombra, como si el sol se nublara, y al mismo tiempo oyó ese estrepitoso cacareo que arman las gallinas cuando un perro extraño turba con su presencia la inefable paz de su serrallo.

—¿Qué es eso?—preguntó la mujer.

—Eso será el águila, que se ha engolosinado con nuestras gallinas; pero por el santo de mi nombre que ya me ha robado dos y no me ha de robar la tercera,—dijo el marido, descolgando la escopeta y asomándose á la ventana.

La mujer se asomó también; pero al ver lo que pasaba en el corral, dió un grito imposible de imitar, uno de esos gritos que no olvida nunca el que lo oye una vez, y que sólo formula la garganta y el pecho de una madre cuando ve á su hijo en peligro de muerte.

El hombre no gritó, pero su moreno semblante se puso pálido como el de un muerto.

—¡Mi hija! ¡Mi *Quiqueta!* ¡Mi alma!—gritó la madre, saltando por la ventana como la pantera que le arrebatan uno de sus cachorros.

El hombre saltó también y se puso la escopeta á la cara.

—No tires, no tires,—exclamó la mujer,—puedes matarla... ¡Que Dios y la Virgen Santísima tengan compasión de mi pobre *Quiqueta!*

La infeliz madre cayó de rodillas, juntó las manos, y elevando su mirada al cielo, la fijó en una águila real que se balanceaba en el espacio, llevando cogida por los pañales con sus potentes garras á la pobre niña que poco antes dormía en la zalea.

Imposible sería describir el espanto de aquella madre, el terror de aquel padre.

Mientras tanto, el águila, señora del espacio, se remontaba haciendo caprichosas evoluciones, como si quisiera demostrar el poder de sus inmensas alas y la fuerza de sus duras garras.

El cuerpo de la infeliz niña se mecía en el aire, oscilando como el péndulo de un reloj.

La madre, con los ojos secos, pero saltándosele de las órbitas, seguía con mortal angustia todas las evoluciones de aquella ladrona de los aires que le robaba á su hija, y oyendo en el fondo de su pecho los débiles lamentos que lanzaba la infeliz niña.

El padre no hablaba, pero miraba también con todos los síntomas del espanto pintados en el semblante, y comprendiendo que matar al águila era matar á su hija.

Mientras tanto, algunos vecinos se habían apercibido de la catástrofe, y comenzó á oirse en el pueblo un clamoreo general.

Atraídas por el interés y la curiosidad entraron algunas mujeres exhalando lamentos en el corral, pero al ver á aquella madre de rodillas con las manos juntas, la mirada en el cielo y rezando, ninguna de ellas se atrevió á dirigirle la palabra; tal era la dolorosa expresión de la infeliz madre.

Se arrodillaron á su lado y se pusieron á rezar, pidiéndole á Dios que hiciera un milagro.

De repente el padre lanzó un rugido; el hombre despertaba, el enervamiento del espanto dejaba su vez á la energía del valor.

—¡Mi hija, mi hija!—gritó.—Rezad por ella, rezad por mí.

Y salió precipitadamente del corral.

La madre nada oyó: tenía el alma suspendida en el espacio, sujeta con las férreas garras del águila, y para ella no existía otra cosa que aquel punto negro que formaban su hija y el ave de rapiña, destacándose en el azul purísimo del cielo.

V

El desventurado padre, con la escopeta colgada al hombro, pasó corriendo por la plaza del pueblo, en donde había mucha gente mirando al águila.

—¿Adónde vas?—le preguntaron.

—A por mi hija,—contestó sin detenerse.

Todos hicieron un movimiento como para seguirle, pero él les gritó:

—No, no, buscad unas cuerdas que puedan resistir el peso de un hombre, y que vengan detrás de mí dos de vosotros, los más ágiles, los más fuertes, pero dos solo.

Y continuó corriendo en dirección al monte.

Todos adivinaron lo que intentaba el padre de *Quiqueta;* la empresa era difícil, arriesgada; nadie había bajado nunca al nido que las águilas tenían en *Las tres hermanas,* que era como se llamaban los tres peñascos suspendidos sobre el pueblo á quinientos metros de altura.

Un anciano, con los cabellos blancos y los ojos llenos de lágrimas, sacó de su casa un rollo de cuerdas, y dirigiéndoles la palabra á unos mozos que se hallaban á su lado, les dijo:

—Id vosotros con vuestro cuñado y traedme á vuestra sobrina viva ó muerta.

Aquel pobre viejo era el abuelo de la infeliz niña que les había arrebatado el águila; se dejó caer en el poyo de la puerta y se cogió la cabeza con las manos.

Mientras tanto, el padre de *Quiqueta* trepaba por las peñas con la agilidad de una cabra, y sus dos cuñados le seguían á la carrera, ansiosos de reunirse con él.

El nido del águila de la meseta de *Las tres hermanas* era de todo punto inaccesible por la parte que daba al pueblo; los peñascos se hallaban cortados como con una sierra, sin otro punto de apoyo para las manos y los piés del hombre que hubiera intentado escalarlos que las ramas de las higueras silvestres y las matas de las adelfas que crecían en las grietas.

Subir era muy difícil, bajar casi imposible; á nadie, por lo tanto, se le había ocurrido en el pueblo, ni aun á los temerarios muchachos, visitar aquella guarida de aves de rapiña.

Las mujeres, arrodilladas en el corral y rezando, y los hombres en la plaza, todos contemplaban con creciente y angustiosa inquietud el águila, que se remontaba llevando á la pobre niña entre sus garras, y mirando á los tres cuñados, que trepaban por las rocas con asombrosa ligereza en dirección del nido.

Parecía que la reina del espacio, la ladrona

de los aires, no se atrevía á detenerse en la meseta de *Las tres hermanas,* temerosa de que aquellos hombres, que subían también como ella, le arrebataran su presa.

Aquel espectáculo era espantoso, oprimía el espíritu, redoblaba los latidos del corazón, porque á cada instante temían ver caer á la infeliz criaturilla desde la elevada altura en que se hallaba el águila cerniéndose en el espacio.

Pensar en que la rapiña podía soltarla helaba la sangre. Algunos se cubrían el rostro con las manos, lloraban, les faltaba valor para mirarlo; sólo un milagro podía salvar á la infeliz niña.

La desventurada madre era la única que no había cesado un instante de mirar al águila; continuaba con los ojos secos, inmóvil, rígida; más que una mujer viva, parecía una estatua de piedra; tan grande, tan profundo, tan espantoso era su dolor, que parecía que el alma se le había helado dentro del cuerpo, trasmitiendo á todo su sér esa indiferencia, ese anonadamiento de la insensibilidad que tanto se asemeja á la muerte.

VI

Los tres hombres que trepaban á la carrera monte arriba desaparecieron detrás de unas pe-

ñas, perdiéndose á los ojos de los aterrados espectadores del pueblo.

El águila, que sin duda también los perdió de vista, algo más tranquila, porque todo animal salvaje teme con sobrada razón al hombre, dió un empuje á sus potentes alas y se dirigió con rapidez hacia la meseta de *Las tres hermanas*, en donde tenía el nido.

Rebasó su altura más de veinticinco metros, y luego fué descendiendo suavemente hasta pararse en aquella plataforma de granito que servía de antesala á su guarida.

Todos lanzaron una exclamación de horror, calculando que la cabecita de la pobre niña se habría roto en pedazos al chocar contra la dureza de la piedra.

Sigamos nosotros al padre y á los dos hermanos, que en aquella penosa ascensión habían probado más de una vez el vigor de sus pulmones y la fuerza de sus piernas.

Llegaron, después de muchas fatigas, al pié de las tres peñas por la parte contraria del pueblo.

Nadie podía verles.

Allí se detuvieron, y mirándose con desaliento, porque aquellos tres gigantes de granito, que tal vez una conmoción terráquea antidiluviana había reunido sobre aquel elevado monte, tenían

unos doce metros de altura, y era casi imposible escalarlos y descender luego por la parte opuesta hasta la gruta en donde el águila tenía su nido.

Para mayor claridad del diálogo que mantuvieron aquellos tres hombres, y que nosotros vamos á repetir por escrito, diremos que el padre de la niña se llamaba Francisco, y sus dos cuñados el uno Jaime y el otro Vicente.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó Jaime.

—Pues subir,—contestó Francisco con resolución.

—¡Subir!... Eso se dice pronto. Pero ¿cómo se sube?—añadió Vicente.

—Pues subiendo, agarrándose á las rocas con las uñas, con los dientes... Porque es preciso subir y luego bajar á la cueva que indudablemente tiene el águila. No quiero que destroce á mi hija y se la coma; supongo que la pobre *Quiqueta* estará ya muerta, pero yo quiero subir, ¿lo entendéis? quiero matar al águila y hacer pedazos á los aguiluchos, quiero vengarme.

Y Francisco, diciendo esto, se ataba el cabo de una cuerda á la cintura y dejaba la escopeta en el suelo.

—Me basta con mi navaja y mis manos: la escopeta podría estorbarme para subir y bajar,—añadió.—Mira, ponte tú, Jaime, arrimado á la roca, sobre tus hombros subirá Vicente y yo su-

biré luego. Si puedo alcanzar con una mano aquellas raíces de la higuera ya estoy arriba; luego me descuelgo por la otra parte, y vais aflojando cuerda hasta que yo os avise.

Francisco tenía los ojos encendidos, el pecho de la camisa y las rodillas del pantalón rotos y las manos ensangrentadas.

Se quitó las alpargatas y las medias, cogió otra cuerda, la dobló en forma de lazo y la sujetó con los dientes.

Mientras tanto, los dos hermanos se habían colocado uno encima de los hombros del otro junto á las peñas como les había indicado Francisco.

Aquel padre, á quien estimulaba la desesperación, la rabia y el dolor, se encaramó agarrándose á la roca sobre los hombros de Vicente, es decir, del segundo hombre que formaba la escalera; pero al extender el brazo para agarrarse á las raíces de la higuera, vió que le faltaban más de tres metros para llegar con la mano.

No se desanimó, porque estaba resuelto á sacrificar su vida, y nada da tanto valor y serenidad en los momentos graves como mirar con indiferencia la muerte.

Francisco se agarró con la mano izquierda á una de esas protuberancias de las rocas, especie de verrugas que la humedad y el tiempo cubren

de salitroso musgo. Allí hundió los dedos hasta la primera falange con esa fuerza titánica que no se explica porque la trasmite la desesperación.

Francisco comprendió que si aquel musgo se desprendía de la piedra la caída de espaldas era la muerte.

Cogió con la mano derecha la cuerda que llevaba sujeta con los dientes, inclinó el cuerpo hacia atrás y arrojó con fuerza el lazo corredizo á la higuera.

Tres veces repitió esta operación sin resultado satisfactorio. A la cuarta el lazo se enganchó en una rama.

Francisco tiró de la cuerda para probar si podía resistir el peso de un hombre. Luego comenzó á subir, apoyando los piés en las piedras y con el cuerpo suspendido sobre el abismo.

Los dos cuñados le miraban con la expresión del espanto pintada en el semblante.

Francisco llegó hasta la higuera, se cogió á las ramas y soltó la cuerda, quedándose de pié sobre el coronamiento de las tres rocas.

Aquella estatua era infinitamente pequeña para aquel gigantesco pedestal que le servía de base.

Del fondo del valle subió una oleada de admiración al verle.

Francisco respiró con fuerza.

VII

El águila estaba parada en el mismo borde de la meseta. Al ver al hombre sobre su cabeza lanzó un chirrido espantoso, cuyo eco repitieron todas las concavidades de los barrancos.

El primer impulso del águila fué huir, y tendiendo las enormes alas, se lanzó al espacio, repitiendo su amenazador graznido.

Francisco cogió con las manos la cuerda que tenía atada á la cintura, y dijo á sus cuñados:

—Id aflojando poco á poco hasta que conozcáis que me hallo en tierra firme.

Después de esta advertencia comenzó á descender, llevando la navaja abierta y cogida con los dientes.

Es imposible calcular los peligros de muerte que corrió aquel hombre.

El águila se cernió sobre la cabeza de Francisco, acentuando más sus graznidos, como si la presencia de aquel profano centuplicara su rabia.

Francisco sentía con frecuencia el aire de las alas azotándole el rostro, y veía el pico abierto, las nervudas garras y los centelleantes ojos de aquel enemigo temible que giraba en derredor suyo.

Momento de angustia, de terrible ansiedad fué

aquél; por fin descendió hasta la meseta de *Las tres hermanas,* y se arrimó de espaldas á las quebraduras de las rocas, temeroso de que le desvaneciera esa irresistible atracción del abismo, porque un desmayo en aquellos instantes era la muerte, sufriendo los horribles dolores de Prometeo.

Entonces dirigió una mirada en derredor suyo: la meseta era ancha; desde el sitio en donde él se hallaba hasta el borde del abismo había una distancia de cuatro metros. Esta enorme lancha de piedra se hallaba atestada de huesos, los unos blancos, calcinados por el sol y el tiempo, los otros medio cubiertos por pedazos de piel y sanguinolentas piltrafas de carne podrida.

Aquello era la asquerosa despensa de las aves de rapiña, en donde iban acumulando los restos de sus salvajes banquetes.

Indudablemente para cargar con todos aquellos huesos se hubieran necesitado dos carretas. El que no ha visto un nido de águilas no comprende esto.

Francisco buscó con los ojos á su hija: estaba allí, tendida sobre un montón de huesos, en lo más profundo de aquella gruta, junto al asqueroso nido de dos aguiluchos que aún no tenían plumas.

Era indudable que al dejarla el águila la enor-

me cantidad de huesos allí reunidos la habían salvado, pues providencialmente la pequeña y delicada cabeza de la niña se había quedado en hueco, sin recibir el menor daño.

La niña lloraba, y el padre, al oir aquel lloro, sintió por todo su cuerpo una alegría tan inmensa, que abalanzándose hacia el borde del abismo, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡*Quiqueta* está viva!!

En aquel momento el águila cayó como una exhalación sobre Francisco, que apenas tuvo tiempo para retroceder algunos pasos hacia el fondo de la gruta.

La feroz ave de rapiña clavó su acerado pico en el hombro y sus terribles garras en las caderas de aquel hombre audaz que se atrevía á interrumpir con su presencia la paz de su nido.

La lucha había comenzado: era á muerte, porque el hombre y el águila sabían que era inútil esperar ni compasión ni clemencia de su enemigo.

Francisco no perdió la serenidad, á pesar del agudo dolor que le causaban las heridas abiertas en su carne por las garras y el pico de la feroz rapiña, que trataba al mismo tiempo de aturdirle sacudiendo terribles aletazos en su cabeza.

Diríase que aquella inmensa ave de rapiña tenía abrazado á su enemigo, ansiosa de devorarle.

Francisco cogió con la mano izquierda por el cuello al águila y le apretó con toda su fuerza; pero el pico de la rapiña continuaba clavado en su hombro y hundiéndose más y más en la carne.

Entonces de un solo golpe le cortó el cuello con la navaja.

El águila sufrió un estremecimiento espantoso: el estertor de sus potentes alas fué tan terrible, que hizo volar multitud de huesos por el aire. Aquella terrible agonía, aquellos estremecimientos titánicos de la muerte obligaron á Francisco á echarse de bruces en el suelo, temeroso de que el águila le arrastrara al abismo.

Poco á poco fué debilitándose la fuerza de la feroz ladrona de los aires, pero en cada estremecimiento hacía sufrir nuevos dolores á Francisco y ahondaba un poco más sus garras en la carne.

Por fin el águila se quedó inmóvil, con las alas abiertas: había muerto, pero el pico y las garras continuaban clavados en el cuerpo del hombre, como si no quisiera soltar su presa ni aun después de muerta.

A Francisco le costó gran trabajo y crueles dolores desclavar, por decirlo así, las garras y el pico de su carne. Cuando lo consiguió, cogió al águila por un ala y la arrojó al abismo.

Una sonrisa de feroz satisfacción se dibujó en sus labios. Sentía el calor de la sangre que le

chorreaba por todo el cuerpo; su traje estaba hecho girones, pero sentía el orgullo del vencedor después de una lucha homérica.

Como si su venganza no quedara satisfecha con la muerte del águila, arrojó también al valle los dos aguiluchos que estaban en su nido.

VIII

Mientras tanto, la niña no cesaba de llorar. Francisco la cogió, le dió un beso y se la colocó luego sobre el pecho, atándola cuidadosamente con su faja.

—¡Pobre hija de mi alma! Con tal de que yo no te mate al subir y bajar de *Las tres hermanas*, todo irá bien... Pero no, no; Dios y la Virgen no hacen un milagro á medias.

Y levantando la voz, añadió:

—¡Jaime!... ¡Vicente!... Sujetad la cuerda, que voy á subir.

Francisco cogió la cuerda con las dos manos y tiró hacia sí con fuerza. La cuerda resistió: entonces comenzó á trepar con los piés apoyados en la piedra y la espalda encorvada hacia el abismo, procurando evitar que la niña recibiera ningún golpe.

De su cuerpo goteaba la sangre, de su frente el sudor, pero Francisco no hacía caso. Si aque-

lla cuerda se hubiera roto, si una mano le hubiera flojeado, su lecho de muerte y el de su hija era el abismo de quinientos metros de profundidad que se abría debajo de ellos.

Llegó á la cumbre de las rocas haciendo esfuerzos gigantescos. Una vez allí, respiró de un modo ruidoso, y cogiendo la cuerda que colgaba de la higuera, se deslizó rápidamente hasta donde estaban esperándole sus dos cuñados.

—¡Viva!...—preguntaron Jaime y Vicente á la vez.

—Sí, viva,—contestó Francisco.

Y sin otras explicaciones, comenzó á correr monte abajo en dirección al pueblo, llevando á su hija en los brazos.

Jaime y Vicente recogieron las cuerdas y la escopeta, y le siguieron también.

El pueblo en masa subió al encuentro de los tres expedicionarios. Aquel terrible y prepotente grito de Francisco «¡*Quiqueta* está viva!...» lo habían oído todos, y obedeciendo á un mismo impulso, comenzaron á correr hacia el monte, gritando:

—¡Milagro!... ¡Milagro!!!...

La madre iba delante, pálida, trémula, con la respiración fatigosa; pero corría con la velocidad de una madre á quien le enseñan desde lejos á un hijo vivo que ella cree ya muerto.

Cuando los dos esposos se encontraron, cuando Francisco le presentó á su hija, la madre cayó de rodillas y besó los piés de su marido.

Mientras tanto, todos los que les rodeaban repetían con fervor religioso:

—¡Milagro!... ¡Milagro!...

Sí: decían bien aquellos sencillos y honrados campesinos: ¡Milagro! Porque muchos acontecimientos inverosímiles de la vida real no se explican de otro modo. Los incrédulos podrán darles el nombre de casualidad, pero la fe les llama Providencia.

Aquella niña salvada milagrosamente es hoy una mujer; ya nadie la llama *Quiqueta,* se la conoce con el apodo de *el Aguila;* apodo que llevarán sus hijos y sus nietos hasta que se extinga su generación.

Cuando un viajero visita el pueblo le enseñan á *Quiqueta* y le cuentan la historia de su ascensión á *Las tres hermanas,* terminando con estas palabras:

—Desde ese corral se la llevó el águila á aquellas rocas: fué un milagro que hizo nuestra piadosa Virgen, compadecida de una pobre madre.

FIN DE EL AGUILA.

EL
DIABLO LO ENVIA.

EL DIABLO LO ENVÍA.

CAPITULO I.

El tío Orejón y su familia.

El año 1820 existía al pié de Sierra Nevada una venta en donde los viajeros encontraban de *todo* menos de lo que pedían.

Esta venta, como otras muchas de su *calaña*, ya no existe; las vías férreas las han convertido á las unas en casas de labor, á las otras en ruínas, y de ellas sólo quedan restos de muros, que sirven de albergue á los lagartos y á los murciélagos.

La venta que nos ocupa llevaba el pomposo nombre de *Venta del Sol*, sin duda porque en unas tablas mal unidas y rústicas la inexperta mano de un embadurnador *trashumante* había pintado con almazarrón una cara redonda y mofletuda que despedía rayos en todas direcciones.

Aquel sol, que campeaba encima de la puer-

ta, desteñido y averiado por las escarchas del invierno y el polvo del verano, tenía una particularidad bastante original y nunca imaginada por los pintores que sobre el lienzo, el cobre y la madera pintaron antes y después la efigie del padre fecundador de la tierra.

Esta particularidad consistía en que el *sol* de la venta de Sierra Nevada ostentaba una enorme oreja en el carrillo derecho.

Una cara con dos orejas se comprende y se ve con frecuencia, pero con una oreja sola hace reir á los ignorantes y pensar á los sabios.

Era indudable que aquello envolvía un misterio, arrancando un grito de sorpresa á los amantes de la ciencia de tejas arriba, porque ellos siempre habían visto el sol sin orejas; pero un sol con orejas, ó por mejor decir, con una oreja sola, motivo era de profundas meditaciones.

Y, sin embargo, nada tan en su sitio como aquel enorme cartílago que asombraba á los extraños, pues no era otra cosa que el emblema, el escudo de una familia; porque todos los de la comarca conocían á la ventera con el apodo de la *tía Orejona,* á su hija por *la Orejoncito,* y de esto resultó lógicamente que el ventero, jefe de la casa, se llamara el *tío Orejón,* y había hecho pintar una oreja enorme en el sol de su puerta como *marca de fábrica.*

Después de esta explicación, que conceptuamos indispensable para el interés de la presente historia, diremos que el deteriorado *sol* de la puerta no era más que una débil muestra exterior de las malas condiciones interiores con que tropezaba el viajero que tenía el mal acuerdo de buscar hospitalidad en la susodicha venta.

Los trajinantes prácticos en aquella carretera, las diligencias, las galeras aceleradas, las sillas de postas y los arrieros pasaban de largo por la venta del Sol, prefiriendo caminar una legua más y hacer noche en la famosa ciudad de Guadix, llamada por los árabes *Río de la vida.*

Aquel caserón, desmantelado y sombrío, iba poco á poco convirtiéndose en un desierto, por delante del cual pasaban diariamente muchas personas sin detenerse, y alguna de ellas, como medida de precaución, se santiguaba apretando el paso.

Todas estas cosas eran sobrado motivo para que los dueños de la venta del Sol agriaran su carácter y pasaran los días y las noches echando sapos y culebras por la boca contra todos aquellos que cruzaban de largo la carretera sin dejarles otra ganancia que el polvo del camino.

El ventero era un hombre de cincuenta y seis años, bajo de cuerpo, fornido de espaldas, con una enorme cabeza que parecía hundida

entre los hombros, aspecto repugnante y taciturno, cejas espesas y caídas sobre los párpados, como si sirvieran de pantalla para ocultar las miradas de sus pequeños y verdosos ojos. Su pelo era crespo y gris, y nunca había tenido roce íntimo ni con el peine ni con la pomada.

Cada cinco ó seis meses el primer esquilador que pasaba por la carretera le cortaba el pelo al rape sentado al sol, y el ventero le pagaba el trabajo con una copa de vino.

El tío Orejón era casado. En todo el universo hubiera sido difícil encontrar una hembra más adecuada para el ventero que la tía Orejona; era su media naranja, su verdadera Eva.

Más que marido y mujer, parecían hermanos gemelos; por eso nunca podían echarse nada en cara ni en lo físico ni en lo moral.

La tía Orejona era digna del tío Orejón, y al llamarla mujer se la calumniaba.

En cuanto á la Orejoncito, era una muchacha desgarbada, con formas y movimientos hombrunos, más dispuesta á morder que á sonreirse, y tan poco favorecida por la naturaleza, que á su lado la famosa *Maritornes* de Cervantes podría creerse con razón una Venus.

Aseguraban malas lenguas que el tío Orejón desaparecía de la venta, permaneciendo fuera de ella cuatro, ocho y hasta quince días, y que unas

veces regresaba contento con algunos duros en la faja y otras cariacontecido y malhumorado.

¿Adónde iba el tío Orejón durante esas ausencias? Era un misterio para la generalidad de los curiosos, aunque no faltaba alguno que asegurase que en estas expediciones se le había visto en los barrancos de Sierra Nevada acompañado de cierta gente de mal vivir y con un trabuco debajo de la manta.

El tío Orejón y la tía Orejona habían tenido un niño, del que no se acordaba nadie ya en la casa.

A la edad de ocho años el chiquitín era un verdadero salvaje: cuando llevaba camisa no llevaba pantalones; pero en cambio no había usado nunca ni gorra ni zapatos.

Sus padres no se tomaron la molestia de enseñarle nada, no sabía leer; bien es verdad que el tío Orejón y la tía Orejona sobre este punto nada podían echarle en cara á su hijo, porque ellos tampoco sabían leer.

Cuando el muchacho hacía alguna travesura propia de la infancia, la madre le largaba un cachete y el padre un puntapié. Estas dos fuerzas impulsivas le hacían andar seis ó siete pasos desnivelado, hasta que, faltándole el equilibrio, rodaba por el suelo, ganándose alguna descalabradura.

Estos golpes de *fortuna* se los curaba el muchacho sin necesidad de médico ni de botica, pues los únicos remedios que empleaba eran el aire y el polvo del camino.

El muchacho tenía una naturaleza de hierro y un estómago de avestruz; se comía los caracoles crudos, y la carne del lagarto asada sobre una mata le parecía un manjar digno de los dioses.

Una tarde se detuvo en la venta uno de esos comerciantes que recorren las ferias de la provincia, llevando sus géneros en un mulo y la vara de medir en la mano, especie de *Simón de Mantua,* andaluz que tenía su residencia en Granada. El comerciante, mientras su mulo tomaba un pienso y le condimentaban en el desmantelado hogar unas sopas de ajo para fortalecer su cuerpo, vió al muchacho desnudo como un salvaje, negro como un chicharrón y con el pelo erizado, y se compadeció de él.

Entonces se le ocurrió un pensamiento, y le propuso al tío Orejón que le cediera al muchacho.

El ventero vió un negocio en esta proposición y cambió una mirada con su mujer, que en un rincón del hogar daba el pecho á una niña de pocos meses.

Aquella mirada que el tío Orejón dirigió á la tía Orejona quería decirle:

—Puede que esto nos valga algo. Veamos.

Y efectivamente, después de muchos dimes y diretes, el comerciante compró el niño por dos duros y un pañuelo de lana para la madre, ofreciéndose además, puesto que él no tenía hijos, tratarle como á tal y hacer de aquel rapazuelo un hombre de provecho.

Desde entonces habían trascurrido veinticinco años, sin que el tío Orejón y su mujer se hubieran vuelto á ocupar de aquel pobre muchacho.

Todo su amor paternal, todo su cariño, toda su ternura se había reconcentrado en la hija, á quien como un escarnio de su excesiva fealdad se les ocurrió ponerle por nombre Serafina, lo cual hacía reir á muchos y fruncir las cejas á la interesada.

Después de los antecedentes que dejamos consignados, creemos llegada la hora de comenzar la acción de la presente historia.

Era una noche del mes de Diciembre, soplaba el viento, produciendo toda esa larga graduación de lamentaciones que tan tristes ecos levantan en las casas desmanteladas.

Las ventanas, las puertas, las chimeneas gemían como si el viento al penetrar por las rendijas les hiciera daño.

La venta del Sol, azotada por los ventisque-

ros de nieve que le enviaba la sierra y el soplo del huracán, era, la noche que nos ocupa, una mansión de pavorosos lamentos, muy á propósito para quitar el sueño á los espíritus tímidos, pero ninguna mella causaba á los dueños de la venta, que reunidos junto al hogar permanecían inmóviles como estátuas, con las miradas fijas en el fuego.

Sobre una pequeña mesa de pino, que había tomado un color oscuro por los años y la suciedad, se veían unos trozos de pan negro, un jarro de vino y una cazuela vacía, en cuyo fondo descansaba una cuchara de madera.

El tío Orejón y su familia acababan de cenar sobriamente, y como si aquella pobre cazuela de gachas con que apenas habían adormecido las exigencias del estómago les hubiera producido tristeza, nadie hablaba.

Así trascurrió como un cuarto de hora. Aquello no era el silencio de la digestión, precursor del sueño, puesto que la familia de los Orejones tenían los ojos abiertos y el aspecto taciturno.

De pronto el ventero movió un poco el cuerpo, como si se cansara de la inmovilidad, y apartando la vista del fuego la fijó primero en su mujer, luego en su hija, y comenzó á murmurar en voz baja algunas palabras ininteligibles.

—¿Qué estás rezando?—le preguntó la tía Orejona, con una voz que tenía algo de gruñido.

—Yo no rezo, maldigo;—dijo el tío Orejón.

—Malas son las maldiciones para ganar el cielo, padre,—dijo á su vez Serafina.

—El cielo no se ha hecho para nosotros, se ha hecho para los justos y para los santos, y creo que ni vosotras ni yo tenemos pretensiones de alcanzar un rinconcito en el cielo.

—Pues mire usted, padre, yo estoy segura que algunos santos que se hallan en la gloria no han sufrido en esta pícara tierra tanto como nosotros, porque esto no es vida.

—¿Y tengo yo la culpa?—contestó el tío Orejón, dirigiendo una mirada feroz á su hija.

—Yo no le reconvengo á usted.

—¿Pues á quién?

—¡Qué se yo!... Al demonio, á nuestra mala suerte, porque otros venteros hay en el mundo y no lo pasan mal, mientras que nosotros... ¡Ah! ¡Si yo fuera hombre!...

—¿Qué harías?—le preguntó el tío Orejón, riéndose y enseñando una boca que tenía algo de caverna.

—Haría lo que hacen los hombres de corazón: ganarse la vida en un camino,—exclamó Serafina, rechinando los dientes como la hiena que se dispone á morder.

El tío Orejón sacó con mucha calma un trozo de tabaco negro del bolsillo y comenzó á picarlo para hacer un cigarro.

En esta operación empleó aproximadamente dos minutos, durante los cuales volvió á restablecerse el silencio en la familia.

Cuando el ventero tuvo liado el cigarro, cogió un ascua con las tenazas y lo encendió, y despidiendo una bocanada de humo, después de habérselo tragado, reanudó la conversación de esta manera:

—Si tú fueras hombre sería preciso que corrieras mucho para llegar adonde ha llegado tu padre. A ésta (el tío Orejón extendió la mano derecha) la han llamado los valientes de Sierra Nevada la *guadaña,* y á ésta (extendió la izquierda) la conocen en las carreteras de Andalucía con el nombre de la *sepultura.* Aún no ha nacido un hombre que se me suba á las barbas sin medirle las costillas, y sabido es que lo mismo se arriesga el gaznate asaltando una diligencia cargada de pobres que cargada de *peruleros* y *mejicanos.* En estos tiempos los que viajan llevan la menor cantidad de plata posible, y por eso algunas veces en vez de encontrar un bolsillo con cien doblones encontramos uno con cien reales. ¿Qué harias tú en estos casos? Lo que hace tu padre, *tascar* el freno, lamentarse de su mala

suerte y desahogar su mal humor del modo que el diablo le proporciona.

El ventero chupó su cigarro, y como nadie tomó la palabra para refutar su discurso, volvió á decir:

—Las mujeres siempre decís: «¡Si yo fuera hombre!» y con eso levantáis á los hombres de cascos, haciéndoles cometer locuras que muchas veces concluyen bailando una zarabanda en la horca. ¿Qué has querido decirme con eso?... ¿Que soy un cobarde?... ¿Que temo á las balas de los escopeteros?... Ya sé yo que tú me conoces. Si estoy en casa royéndome los puños de hambre y careciendo de todo, no es por miedo, sino por prudencia. Estos días he tenido aviso que recorre la Sierra una compañía de carabineros, y cada mochuelo se ha metido en su olivo. Es preciso ser cautos y malintencionados.

—Sí, pero mientras tanto se acerca la fiesta de Guadix—añadió la tía Orejona—y tu hija Serafina no tiene ni el pañuelo de seda ni la peineta que le hemos ofrecido.

—Sí, sí, ya sé yo de dónde nace el mal humor de Serafina; pero en vez de reconvenirme valdría más le pidiera al diablo que nos mandara esta noche un huésped rico para desplumarle.

—Pues bien, señor diablo,—exclamó Serafina, dando una patada en el suelo,—mándenos usted

un huésped rico, y yo le juro que no ha de salvarle ni la paz y caridad.

Un golpe seco resonó en la puerta de la venta, y el aire produjo en la chimenea un largo lamento.

Los Orejones se miraron los unos á los otros.

Trascurrió un instante en el mayor silencio, y volvió á oirse otro aldabonazo en la puerta, más ruidoso que el primero.

El tío Orejón se sonrió como un condenado, se levantó, y dijo:

— Vaya, puesto que el diablo me lo envía, bien venido sea.

CAPITULO II.

Las onzas de oro.

—¿Quién?—preguntó el tío Orejón con malhumorado acento.

—Un caminante que busca posada,—contestó una voz fresca y varonil desde fuera.

—Voy al momento.

El posadero quitó la barra á la puerta y abrió el postigo.

Un hombre á caballo, y envuelto en una capa, se hallaba parado ante la puerta.

—Espere usted,—dijo el tío Orejón,—voy á abrir del todo para que pueda entrar sin apearse.

—No hay necesidad,—contestó el desconocido, echando pié á tierra con ligereza.

—Serafina, trae una luz,—gritó el posadero, apartándose para dejar el paso libre al hombre y al caballo.

Serafina apareció con un farolillo más abundante de pábilo que de aceite, y se lo entregó á su padre.

—Sígame usted,—añadió el tío Orejón,—y dejaremos el caballo en la cuadra.

El posadero, al desembozarse el desconocido, había visto de reojo que llevaba una gruesa cadena de oro que, bajando desde el cuello, cruzaba el pecho, perdiéndose en el bolsillo izquierdo del chaleco, y dos gruesos brillantes que relucían como estrellas en la pechera de la camisa.

El caballo era un precioso animal de raza cordobesa, ricamente enjaezado, que llevaba á la grupa unas alforjas tan lujosas como repletas.

Los ojos del tío Orejón y los de Serafina brillaron con el fuego de la codicia, porque uno y otra comprendieron que el huésped que la casualidad ó el diablo les enviaba debía ser rico.

—Mientras dejamos en la cuadra el caballo de este señor,—repuso el posadero,—aviva tú un poco el fuego de la chimenea, que no le vendrá mal á nuestro huésped calentar el cuerpo.

—Dice usted bien,—añadió el desconocido;—hace un frío de todos los diablos, y tengo los piés y las manos helados.

El tío Orejón y el viajero desaparejaron al caballo, lo abrigaron los lomos con una manta, le echaron un pienso, y cargando con las alforjas,

ambos se dirigieron á la cocina, en donde ya ardía una buena lumbre.

El desconocido dirigió una mirada investigadora en derredor suyo.

La luz del candil era tan débil, que los ángulos de aquella desmantelada pieza permanecían en la sombra.

En uno de estos ángulos, sentada en un banquillo, se hallaba la tía Orejona, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza apoyada en la pared, silenciosa y muda como una estatua.

Sin embargo de su inmovilidad, la tía Orejona clavaba sus ojos en aquel huésped, al parecer rico, que les había enviado indudablemente el diablo.

El forastero, que lo reconocía y estudiaba todo con cierta tenacidad, vió, á pesar de las tinieblas que la envolvían, á la tía Orejona, sin duda porque los ojos de aquella mujer despedían en la oscuridad los fosfóricos reflejos de las pupilas de las hienas.

El desconocido cogió una silla, se sentó junto al fuego, dejando en el suelo, á su lado, sus repletas alforjas.

Nunca un caminante fué recibido con menos palabras en una venta que lo había sido el que nos ocupa; y eso que los venteros antiguos, lo mismo que los modernos, distinguían y agasaja-

ban á sus huéspedes según el mayor ó menor mérito del *arre* que les conducía, y nuestro desconocido montaba un caballo cordobés de gran precio y adornaban su persona el oro y los diamantes.

Mientras que el desconocido lo observaba todo sin despegar los labios y la posadera miraba al desconocido con fosforescentes ojos, algo apartados de ellos, á la entrada de la cocina, el tío Orejón y su hija mantenían en voz muy baja este corto diálogo:

—Padre... ¿ha visto usted la cadena de oro?

—Sí.

—¿Y los botones que lleva en la pechera?

—Sí.

—Debe ser rico.

—Sí.

—Y es muy tonto el que no se aprovecha de las ocasiones.

—Sí... sí... sí...

Estos monosílabos, pronunciados con una graduación creciente y sombría, encerraban un poema sangriento para Serafina y el tío Orejón.

El forastero, que al parecer no recelaba los peligros que en la posada le amenazaban, dijo con mucha calma, dirigiéndole la palabra á la posadera:

—¿Usted será la tía Orejona?

—Así me llaman de mal nombre en esta pícara tierra.

—Sí, ya sé que ése es el apodo que se da en estos contornos á los dueños de la *Venta del Sol;* pero los apodos ni rompen ningún hueso ni deshonran, y prueba de ello que muchos reyes lo han tenido.

La posadera guardó silencio.

Hubo una corta pausa, y el desconocido volvió á decir:

—¿Cuando un viajero tiene hambre qué come en esta posada?

—Pues come lo que hay en la casa,—dijo el tío Orejon, acercándose hacia la lumbre;—sólo que los tiempos son malos y los trajinantes nos tienen tan olvidados, que la despensa de la *Venta del Sol* anda algo escasa.

—Sí, eso me han dicho en Guadix, y aun me han aconsejado que pasara sin detenerme en la *Venta del Sol* y fuera á hospedarme en la del *Violín,* que está una legua corta más hacia Castilla.

Y clavando los ojos en el ventero y en Serafina, como si quisiera estudiar el efecto de sus palabras, añadió:

—Según he podido comprender, al tío Orejón y á su familia no les faltan enemigos en Guadix.

—Sí señor, ésa es la verdad,—contestó el

ventero con acento sordo y frunciendo las cejas;—pero son enemigos cobardes, que hacen el daño y ocultan la cara, porque ninguno de ellos es capaz de ponerse delante del tío Orejón.

El desconocido sacó del bolsillo de pecho de la zamarra una enorme petaca de plata y de ella dos cigarros puros, alargando uno al posadero.

—De éstos habrá usted fumado pocos, buen amigo,—le dijo.

El tío Orejón examinó con detenimiento el cigarro á la luz del candil, y contestó:

—Estos no se venden en el estanco.

—No señor, se venden á muchos miles de leguas de aquí.

El desconocido cogió un ascua con las tenazas y encendió su cigarro.

Aprovechemos este momento para decir que aquel hombre tendría de treinta á treinta y cuatro años de edad; su fisonomía era vulgar, su color extremadamente moreno y su barba negra.

Su traje se reducía á una zamarra negra de piel de cordero, un chaleco de terciopelo escocés, un pantalón de *patencour* de color claro, un sombrero calañés y una capa con embozos de piel de astracán.

Llevaba al cinto un par de pistolas de arzón con las monturas de plata; armas que debían ser

de mucho precio, y en las que el tío Orejón había fijado más de una vez sus ojos.

Todo el atalaje del forastero era costoso; pero revelaba mal gusto al primer golpe de vista.

—Pues sí,—añadió el forastero, despidiendo una bocanada de humo,—me aconsejaron que pasara á lo largo por delante de la *Venta del Sol,* como se pasa por un sitio peligroso, pero como yo había ofrecido á un amigo íntimo, allá en América, visitar al tío Orejón y á su familia, le cumplo la palabra y aquí estoy.

—¡En América!...—repitió el posadero mirando alternativamente al desconocido, á Serafina y á la tía Orejona.—¿Y quién me conoce á mí en América?

El desconocido, que conservaba las largas tenazas en la mano derecha y el cigarro puro en la izquierda, clavó sus ojos en el posadero, y sonriéndose y dándose al mismo tiempo golpecitos en la punta de su bota con las tenazas, dijo:

—Muy flaco de memoria es usted, tío Orejón, pues ya no se acuerda que una tarde hace veinticinco años vendió por dos duros y un mantón de lana á su hijo Jenaro, y que á este hijo se lo llevaron poco después á América.

—¡A mi hijo!... ¡A Jenaro!... ¿Y quién le ha dicho á usted que yo vendí á mi hijo?—repuso

el posadero, clavando una mirada amenazadora en el desconocido.

La tía Orejona y su hija escuchaban con aparente frialdad el diálogo.

—Toma, me lo ha dicho el mismo Jenaro,—contestó con calma el forastero.

—¿Entonces mi hijo Jenaro vive?—preguntó el tío Orejón, sin que en aquella pregunta dejara traslucir ni un átomo de ternura paternal.

—Ya lo creo que vive,—añadió el forastero, dirigiendo una mirada á la tía Orejona, que permanecía inmóvil y muda como si no se tratara del hijo que había nutrido en sus entrañas.

—¿Y qué tal le va por América?—preguntó Serafina, aconsejada más por la codicia que por el cariño.

—¡Pstchs! Así, así; Jenaro se dedica al comercio, compra y vende, gana y pierde, tiene alternativas, y algunas veces le sobran cien onzas y otras le falta un peso duro.

—Siempre lo pasará mejor que si estuviera en España,—repuso Serafina;—hace bien en permanecer allí.

—Pues Jenaro no deja de acordarse de su tierra, y á pesar de las alzas y bajas que experimenta, como todo el que se dedica á negociar, cuando yo le indiqué que me venía á España, me dijo: «Bautista, yo debo tener allá al pié de

Sierra Nevada un padre, una madre y una hermana. Se les conoce en la comarca por la familia de los Orejones, y supongo que aún seguirán siendo los amos de la *Venta del Sol* como cuando yo era pequeñuelo y vivía con ellos. Quisiera, por lo tanto, que les llevaras, para que sepan que me acuerdo de ellos, unos regalillos y un poco de dinero.»

El forastero hablaba con mucha pausa, fumando su tabaco y dirigiendo miradas recelosas á los Orejones, que poco á poco se iban acercando al huésped, atraídos por el interés de la codicia.

El desconocido continuó de este modo:

—«Si mis padres existen, diles también que aunque me vendieron siendo niño, yo no les guardo ningún rencor, y sigo queriéndoles de todo corazón, porque no desconozco que la pobreza y la necesidad aconsejan á veces muchas cosas que están reñidas con las buenas intenciones de los hombres y las mujeres.»

—¿Con que dice usted que mi hijo Jenaro le ha entregado para nosotros algún dinero y unos regalillos?—preguntó el tío Orejón, desentendiéndose de la ternura de padre que tan vivamente ofendía la segunda parte del discurso del forastero.

—Sí, seis onzas de oro, que me ha encargado

Jenaro distribuya del modo siguiente: Cuatro onzas para su padre, una para su madre y otra para su hermana, y además unos pañuelos de seda y dos pares de pendientes.

—¿Y nos trae usted ahora ese dinero?—preguntó con avaricia el tío Orejón.

Bautista miró con severidad al posadero, y dijo:

—Pues es claro que lo traigo; no vengo á otra cosa sino á cumplir los encargos de Jenaro, como espero cumplir otros que me dió para averiguar ciertas cosas que han llegado á sus oídos y que él no quiere darlas crédito, porque son muy graves.

La familia de los Orejones estaba tan preocupada con las onzas y los regalos de Jenaro, que no dieron la menor importancia á las palabras de doble sentido que acababa de pronunciar el huésped.

Bautista sacó un ancho y largo bolsillo de torzal verde y lo dejó sobre la pequeña mesa de pino que tenía al lado. Sacó asimismo de una de las bolsas de las alforjas un paquete cuidadosamente atado y lo puso junto al bolsillo.

El tío Orejón, su mujer y su hija no apartaban las codiciosas miradas del repleto bolsillo del forastero, tal vez lleno de oro, y que su dueño con tanta indiferencia había dejado sobre la mesa.

Más de una vez las miradas de Serafina se habían encontrado con las de su padre, como si quisieran decirle:

—¿A qué esperamos?

Pero el tío Orejón le contestaba del mismo modo:

—Ten un poco de calma.

Bautista corrió una de las anillas del bolsillo y lo vació sobre la mesa, por donde rodaron treinta ó cuarenta onzas de oro con gran asombro de los venteros.

Entonces estuvo eligiendo con gran cachaza seis de aquellas monedas que brillaban á los débiles rayos del candil, y asombrando á los Orejones la gran confianza que el desconocido ponía en ellos.

—Estas son las seis onzas que me dió Jenaro, yo las hice una señal con tinta, porque tenía el gusto de entregar á ustedes las mismas que él me había entregado. Tome usted, tío Orejón, sus cuatro onzas; tome usted, tía Orejona, la suya, y usted, Serafina, esta otra. No es mala ganga tener un hijo en América.

Los Orejones se apoderaron de las onzas con tan brutal avaricia, que Bautista se sonrió con marcada expresión de tristeza.

Aquellos tres seres degradados, aquellas tres fieras con forma humana, ni siquiera le dirigie-

ron una frase de agradecimiento y ternura al pobre Jenaro, que desde lejanas tierras se acordaba de unos padres que habían cometido la incalificable infamia de vender á su hijo.

Bautista, á quien indudablemente preocupaba la dureza de corazón de los venteros, comenzó á desdoblar poco á poco el paquete y sacó de él seis pañuelos de seda y dos pequeños estuches forrados de terciopelo.

—Aquí tienen ustedes estos pañuelos y estos dos pares de pendientes,—prosiguió, dirigiéndose á la tía Orejona y á Serafina.—Jenaro me ha dicho que primero elija su madre tres pañuelos y unos pendientes, y le dé los otros á Serafina, porque primero debe ser la madre que la hija.

Serafina era de tan mala ralea, corría por sus venas una sangre tan podrida, que frunció el ceño de un modo marcado, indignada de la preferencia que su hermano le daba á su madre.

Bautista observaba esta baja envidia, pero nada dijo; y como si comenzara á temer de la gente que le rodeaba, ponía de vez en cuándo su mano derecha en una de la culata de sus pistolas.

Mientras tanto, la tía Orejona desdoblaba los pañuelos y abría los estuches, lanzando gritos de gozo, no por su hijo Jenaro, sino por el valor del regalo.

Serafina, que se hallaba á su lado, decía refunfuñando en voz baja:

—Yo que soy joven debería elegir primero.

—Tú te aguantas y te callas, si no quieres que de un revés te pegue á la pared,—dijo la tía Orejona;—yo soy la madre y elijo primero.

—Siempre me dejará usted lo peor.

—Envidiosa.

Serafina dirigió una mirada feroz á su madre y fué á sentarse en el rincón más oscuro del hogar.

Bautista no perdía ni un solo detalle de aquella escena tan poco edificante.

El tío Orejón había guardado las cuatro onzas y callaba; pero su silencio era sombrío, amenazador, y con frecuencia dirigía oblicuas miradas hacia el bolsillo del huésped que se hallaba sobre la mesa.

—¿De modo—dijo Bautista, guardándose el bolsillo con gran calma—que en la *Venta del Sol* no hay esta noche nada que cenar?

—Aunque me causa mucha vergüenza el decirlo,—contestó el ventero, bajando los ojos hipócritamente,—nada puedo servir á mi huésped, á quien juro por Dios y por mi alma que quisiera tratar á cuerpo de rey. Mañana será otra cosa, porque con el dinero que nos ha mandado Jenaro compraremos alguna provisiones.

—Hombre prevenido vale por dos,—contestó Bautista.—Como en Guadix me hablaron tan mal de la *Venta del Sol* compré una gallina asada, un pedazo de carne fiambre, un pan de dos libras y un par de botellas de amontillado seco, y vamos á cenar al amor de la lumbre, brindando á la salud de Jenaro, que no serán pocas las preguntas que me haga de su familia cuando vuelva á América.

Bautista sacó de las alforjas las provisiones y fué colocándolas sobre la mesa.

—Nosotros hemos cenado ya,—dijo el ventero, mirando con avaricia los manjares.

—Y eso qué importa; cuando se cena mal conviene cenar otra vez.

Y Bautista, sacando una navaja, comenzó á trinchar la gallina y á hacer pedazos la carne.

—Sinforiana, Serafina, venid á tomar una tajada y un trago, que este señor nos convida,—exclamó el tío Orejón, dirigiéndose á las mujeres.

—Yo no tengo ganas,—repuso la ventera, que se hallaba embebida en la contemplación del regalo que le había mandado su hijo.

—Ni yo tampoco,—refunfuñó Serafina, que no apartaba los ojos de un pañuelo, fondo color de oro con cenefa carmesí, que había elegido su madre.

—Vaya, no lo dejen ustedes por cortedad,—volvió á decir Bautista.

—Gracias, he dicho que no tengo gana,—repitió la tía Orejona con su aspereza acostumbrada.

—Déjelas usted, el regalo les ha quitado el apetito; así son todas las mujeres.

Y el tío Orejón, sentándose al lado de Bautista, tomó con los dedos una tajada de carne.

Los dos se pusieron á comer con buen apetito, sirviéndose de la misma botella para beber uno y otro trago de vino cuando así se lo pedía el cuerpo.

—Pues sí, tío Orejón,—continuó Bautista,—Jenaro se acuerda mucho de sus padres, y yo estoy seguro que si él se persuade que no siembra sus beneficios en campo estéril, hará por ustedes mucho más de lo que ha hecho hasta ahora.

—Buena falta hace que se acuerde de nosotros, porque los tiempos son malos y la *Venta del Sol* va de capa caída.

—Pero voy á darle á usted un consejo: si Jenaro sabe lo que á mí me han dicho en Guadix, entonces me temo que no se acuerde más de ustedes.

El posadero levantó poco á poco la cabeza, y fijando su mirada sombría en aquel hombre que

se entrometía y criticaba su vida privada, dijo con esa calma que es muchas veces precursora de la tempestad:

—¿Y qué pueden haberle dicho á usted? ¿Que soy pobre? Eso no deshonra á nadie. ¿Que en mi venta falta todo? ¿Que los trajinantes y los pasajeros no encuentran lo que necesitan? Eso no es culpa mía, sino de la perra desgracia que ha cogido á los Orejones por el cogote y no les deja resollar.

—Es que me han dicho cosas—respondió Bautista bajando la voz—que yo no puedo creer, y una prueba de ello es que me encuentro aquí entre ustedes.

—¿Y qué cosas son ésas?—preguntó el ventero, mirando siempre á su huésped.

—Aseguran que el tío Orejón desaparece algunas temporadas de su casa y se le ve por la sierra con malas compañías.

—Eso no es verdad... Pero aunque lo fuera, ¿quién se lo había de decir á Jenaro allá en América?—preguntó en son de amenaza el ventero.

—Tío Orejón, en este mundo tarde ó temprano todo se sabe, y podía decírselo alguno que fuera por allá.

—¿Usted, por ejemplo?

—No seré yo á fe mía, porque no me gusta

indisponer á las familias, y además, ya he dicho que no creo nada.

—No quisiera otra cosa sino que usted me pusiera delante del que le ha dado tan malas noticias de mí, á ver si las mantenía en mi propia cara.

En aquel momento un perro comenzó á dar grandes aullidos junto á la puerta del parador.

La ventera y su hija suspendieron la animada conversación que mantenían en voz baja; el ventero se estremeció, porque un perro que aulla dolorosamente de noche es siempre motivo de preocupaciones para cierta gente.

—Ese es mi perro,—exclamó Bautista levantándose,—es mi pobre *Sultán*... no me cabe duda... Se me perdió en Guadix, ó por mejor decir, me lo robaron esta mañana mientras almorzaba en la posada. *Sultán* es un hermoso mastín mejicano, se conoce que ha logrado escaparse, y como tiene grandes narices ha venido siguiendo mi rastro.

El perro continuaba aullando cada vez más fuerte.

—Deme usted el farol, voy á abrirle la puerta.

—Yo iré,—contestó el tío Orejón, levantándose.

—No, no, *Sultán* es muy noble cuando conoce á las personas, pero cuando está inquieto y rece-

loso, como debe estarlo ahora, no es prudente fiarse de él.

Y Bautista, cogiendo el farol y un gran trozo de pan, se dirigió precipitadamente hacia la puerta.

CAPITULO III.

Reparto del botín.

Apenas había salido el huésped de la cocina, el tío Orejón de dos saltos se reunió con su mujer y con su hija, y les dijo:

—Basta de gruñidos... basta de cuestiones por cuatro pingos que no valen una patata... La fortuna se nos ha entrado por la puerta, el diablo, á quien se la hemos pedido mil veces, por fin nos la envía, y seremos unos bestias si no nos aprovechamos de la ocasión. Ese hombre trae un tesoro consigo, y es preciso que nos apoderemos de ese tesoro á todo trance. Arreglad la habitación que tiene una ventana que da al corral, quitad la llave de la puerta para que no pueda encerrarse por dentro, y luego, cuando se quede dormido, todo será cuestión de media hora.

—Sí, pero yo quiero de parte la cadena de oro,—dijo Serafina con sombría entonación.

—Tú siempre eres la misma, mala pécora,—añadió el posadero cerrando los puños y mirando á su hija de un modo amenazador.—Lo primero es lo primero, la herencia de un muerto es más segura que la de un vivo, porque el muerto no reclama nada. Como vosotras inspiráis menos desconfianza que yo, tal vez será preciso que le deis el primer golpe; luego á la cueva, se le entierra y asunto concluído. No será el primero, ni tal vez el último.

—A mí me es igual—repuso Serafina con voz sombría—dar el primer golpe que el último; pero ya he dicho que quiero para mí la cadena de oro...

—A tí hay que matarte ó dejarte,—contestó el tío Orejón, dando un manotazo en la cabeza de su hija.—Tendrás la cadena de oro; yo me quedaré con las pistolas, la zamarra y el caballo.

—¿Y yo no me quedo nada?—preguntó la tía Orejona.—Ya que vosotros habéis elegido, yo quiero los diamantes que lleva en la pechera.

—¡Los diamantes!... ¿Y qué va usted á hacer con los diamantes?—preguntó Serafina.

—Lo que á tí no te importa, bachillera.

Y la tía Orejona se abalanzó con las manos crispadas hacia su hija.

El tío Orejón la cogió bruscamente por un brazo, y dijo:

—Haya paz, Sinforiana, porque la noche está sombría y voy viéndolo todo de color de sangre. Cuando terminemos la faena, cuando el botín sea nuestro, ya veremos el modo de repartirlo lo mejor posible; con que callando, y arreglar la habitación que he dicho.

—¿Y si ese hombre no quiere acostarse?—preguntó Serafina.

—Entonces, un golpe por la espalda se da con facilidad y rapidez, y ya veremos de aprovechar la ocasión.

La tía Orejona y Serafina salieron refunfuñando de la cocina. El posadero se sentó junto á la mesa, y poco después entró Bautista.

—Efectivamente,—dijo,—era mi pobre *Sultán*, con una soga al cuello y en un estado deplorable; se ha bebido un cubo de agua, se ha comido medio pan y se ha echado en un pesebre junto á mi caballo.

Y mirando en derredor suyo, añadió:

—¿Qué se han hecho las mujeres?

—Han ido á arreglar el cuarto de usted,—contestó el tío Orejón.

—No vendrá mal dormir algunas horas; he madrugado mucho y debe ser tarde.

Bautista sacó un reloj de oro del bolsillo de

su chaleco, y después de mirar la esfera, añadió:

—Las once y media... ¡Qué noches tan largas!

El huésped se quedó mirando al tío Orejón, y después de una pausa, volvió á decir:

—Para que vea usted que me tomo interés en el porvenir de la familia de los Orejones, le diré que he oído decir á Jenaro muchas veces estas palabras: «Mi padre será ya bastante viejo y es preciso que su hijo haga algo para que acabe tranquilamente sus días. Si es hombre honrado le compraré un cortijo que le produzca diez ó doce mil reales de renta al año; pero si es un mal hombre, entonces le borraré de mi memoria. Procura tú, Bautista, ya que vas á España, enterarte de la vida privada de mi familia».

—¿Y usted qué piensa decirle cuando vuelva á América?—preguntó el tío Orejón.

—Yo estoy dispuesto á favorecer á ustedes todo cuanto pueda; pero mañana hablaremos sobre este particular, porque es muy tarde y me estoy cayendo de sueño.

—Mañana—se dijo el ventero para su capote—no hablarás tú ya, porque ni quiero que le des á mi hijo malos informes, ni quiero desaprovechar la ocasión que me proporciona el diablo.

Los dos interlocutores guardaron silencio, permaneciendo inmóviles y taciturnos. Era indudable que se hallaban bajo esa dura impresión

que ejerce en el cerebro una idea difícil á la que se procura dar claridad y forma.

Así trascurrieron algunos momentos, hasta que por fin la Orejoncito apareció en la puerta de la cocina con un farolillo en la mano.

—La cama está dispuesta,—dijo Serafina.—Cuando el señor quiera le enseñaré el camino.

—Vamos allá, muchacha,—contestó Bautista, cogiendo las alforjas y la capa y echándoselas sobre los hombros.

El huésped dirigió una mirada al tío Orejón, permaneció un instante indeciso, como si vacilara, pero por fin dijo:

—Buenas noches, hasta mañana.

—Si Dios quiere,—murmuró en voz baja el ventero.—Buenas noches y descansar. ¿Quiere usted que se le despierte temprano?

—No hay necesidad, soy yo muy madrugador.

Bautista dió algunos pasos hacia la puerta, y de pronto se detuvo, añadiendo:

—¿Tiene usted necesidad de entrar en la cuadra?

—No señor,—contestó el ventero.

—Lo digo porque mi perro *Sultán* está suelto, como no les conoce á ustedes conviene no fiarse de él.

—Bueno es saberlo, para no estar desprevenido.

Bautista salió de la cocina, siguiendo á la Orejoncito, que le condujo, por una escalerilla desnivelada y angosta, á su cuarto.

Los muebles de aquel dormitorio se reducían á una mesa de pino en un estado deplorable, una silla con el asiento de esparto, un arca de madera con la tapa agrietada, y un tablado con un jergón, una manta y una almohada con funda de percal sucio y mugriento.

Serafina dejó el farolillo sobre la mesa, y dando las buenas noches al huésped, salió inmediatamente del cuarto.

El forastero la siguió con la mirada hasta perderla de vista, luego dejó la capa y las alforjas sobre el arca, acercó la silla á la mesa, y se sentó, murmurando estas palabras:

—Mañana... mañana... Necesito saber algo más.

Como si le incomodaran las pistolas que llevaba en el cinto, las dejó sobre la mesa, y apoyando en ella los codos, dejó caer la frente en las palmas de las manos.

En aquella actitud reflexiva permaneció un largo rato; luego se levantó, cogió el farolillo y entró en la alcoba, en donde estuvo examinando la cama con detenimiento.

—¡Qué miseria!—se dijo, hablando consigo mismo.—Es natural que en esta venta no se hos-

pede nadie, porque aquí, según lo que he visto, se carece hasta de lo más necesario.

Bautista salió de la alcoba y comenzó á reconocer la habitación; abrió el arca, que sólo contenía algunos trapos viejos y trozos de cuerdas y correas.

—¡Pobre gente!—volvió á decirse.—Después de ver esto, que según parece es lo mejor de la venta, ya no me extraña esa sombría aspereza, ese mal humor de que se hallan poseídos los venteros. Indudablemente habrán pasado muchas noches de hambre, y el hambre es taciturna y muy propia para inspirar malos pensamientos.

Bautista volvió á sentarse en la silla, continuando de este modo sus pensamientos:

—¿Será verdad lo que dicen?... No, no puedo creerlo. Yo he puesto ante sus ojos un puñado de oro bastante crecido para tentar su codicia, y no he notado ninguna demostración que me inspirara recelo... Es cierto que todos tienen un carácter tétrico, retraído, salvaje; que ni la madre ni la hija han pronunciado una palabra de cariño para el pobre Jenaro, pero hay que tener en cuenta la miseria que los rodea, la soledad en que viven, el desprecio con que les tratan. De ser huraños á ser ladrones y asesinos, como se asegura, hay una gran distancia; pero yo necesito saber la verdad, y la sabré. Sí, la sabré, y si efectivamen-

te fuese cierto lo que se me ha dicho, ¡oh! entonces me volvería á América, para no acordarme más de España.

En aquel momento comenzó á ladrar de un modo furioso el perro de Bautista.

—¿Habrá entrado alguno en la cuadra?—se dijo.—¡Ah! Entonces pobre de él, porque *Sultán* tiene unos colmillos terribles y bastante fuerza para despedazar á un hombre.

Hacia la cuadra se oyeron los lamentos y gritos de una mujer que pedía socorro.

Bautista se levantó, cogió el farolillo y corrió precipitadamente hacia las escaleras, diciendo:

—¡Cuidado con el perro, cuidado!... No entren ustedes en la cuadra; ya bajo yo.

Pero al llegar Bautista al último escalón le faltó la tierra debajo de los piés y se hundió, lanzando un grito espantoso; el grito de un hombre desprevenido y confiado á cuyas plantas se abre la tierra y se lo traga.

Al caer en aquel abismo inesperado el huésped, sólo pudo pronunciar estas palabras:

—¡Dios me valga!

Veamos nosotros lo que había sucedido.

Tan pronto como Serafina dejó al huésped en su cuarto, bajó á reunirse con sus padres, que la esperaban sentados en uno de los bancos del hogar.

Allí reunidos los tres, comenzaron á deliberar en voz muy baja, semienvueltos en aquel antro sombrío, tan á propósito para tratar el asunto que les reunía.

Serafina, que tenía el corazón más duro y el alma más atravesada de la familia, se ofreció á entrar en la alcoba del forastero, caminando á gatas hasta la cama, y hundirle un puñal en el pecho así que se le supusiera dormido.

Este ofrecimiento lo hizo sin que le temblara la voz, sin conmoverse.

La tía Orejona opinaba que debían entrar los tres en la alcoba, y mientras las mujeres le sujetaban en la cama, el hombre, de un seguro golpe, debía despacharle al otro mundo.

Aquellas dos furias, aquellas dos mujeres incomprensibles y feroces, con el afán de repartirse el botín, encontraban todos los caminos fáciles y expeditos para matar al confiado huésped.

El tío Orejón callaba y oía, hasta que por fin dijo, con esa gravedad propia de un jefe:

—En estos casos se necesita mala intención y prudencia. Ese hombre parece que no desconfía de nosotros; pero ¿podéis asegurarme si efectivamente no desconfía, ó es que lo finge? ¿Podéis asegurarme si se dormirá como un topo, ó por el contrario, no pegará los ojos en toda la noche? Él lleva un par de pistolas al cinto, se las pon-

drá como medida de precaución debajo de la almohada, y no sería extraño que al primero que se acercara á su cama le descerrajara un tiro á boca de jarro. Es preciso andar con tiento para que no demos un golpe en vago; la experiencia así me lo aconseja.

Serafina hizo un gesto horrible, como si le devorara la impaciencia, como si estuviera sedienta de beber sangre, como si aquel crimen la vengara de la fealdad con que la había dotado la naturaleza y de la miseria que la rodeaba.

—No hagas muecas, y atiende,—añadió el tío Orejón;—yo tengo mi plan, y es más seguro que el vuestro; de algo me han de servir los años y la práctica. La trampa de la cueva está al pié de la escalera que conduce al cuarto del americano, y por lo mismo he hecho que le arregláras allí la cama. Abierta la trampa, queda un agujero de tres varas de profundidad y una de ancho junto al primer escalón. De noche no es fácil ver esta sima y mucho menos el que baja precipitadamente. Es preciso que el forastero caiga en esta trampa y que antes de reponerse del golpe y la sorpresa se le despache para el otro mundo. ¿Me habéis entendido?

Los ojos de aquellas dos mujeres, de aquellas dos furias del averno, abandonadas de Dios y reñidas con la naturaleza, brillaron con esos fulgo-

res siniestros con que revelan su gozo los criminales.

Habían comprendido el terrible plan del tío Orejón, indudablemente el más á propósito para conseguir sus fines.

—¿Entonces le llamaremos desde la cueva?—preguntó Serafina.

—Nada de eso; tú y yo—repuso el ventero—bajaremos á la cueva con el candil, colocándole en un sitio que no ilumine la entrada, de modo que quede en la más completa oscuridad. Dejaremos la trampa abierta. Tu madre cogerá un palo, atándole á la punta un trapo, y desde las ventanas del corral que dan á los pesebres de la cuadra y tienen reja, inquietará al perro para que ladre con furia, dando ella al mismo tiempo lamentos y pidiendo socorro. El forastero me ha dicho que no entráramos en la cuadra porque *Sultán* es muy malo. Al oir ladridos y voces de mujer creerá que ha sucedido algo, y bajará de prisa para evitar que el perro haga alguna de las suyas, y naturalmente, caerá á plomo como en un pozo.

Serafina exhaló un rugido.

La tía Orejona sólo dijo con sombrío acento:

—Me gusta.

—Tú, Serafina,—prosiguió el ventero,—ya que quieres tomar parte, aunque yo me basto y me

sobro para el asunto, coge el cuchillo grande de la cocina. Nos colocaremos uno á cada lado al final de la rampa de la cueva, por donde bajará rodando como una pelota. Si se queda privado del golpe mejor para él, porque así no sentirá nada; y si no, lo mismo da; con que manos á la obra.

Todo se hizo como lo dispuso el tío Orejón, aquel hombre fiera, de cuya casa maldita huían los viajeros y trajinantes de Andalucía.

CAPITULO IV.

Sultán.

El infeliz Bautista rodó por la húmeda rampa de la cueva, quedando aturdido con el golpe.

Una casualidad, de esas que no se explican, pero que suceden con frecuencia, hizo que el farolillo que se desprendió de la mano de Bautista al caer se quedara suspendido sin apagarse en una desigualdad de la rampa.

Aquella luz derramó una débil claridad en la entrada de la cueva.

Bautista, magullado, dolorido y casi sin conocimiento, procuró incorporarse, y al apoyar una rodilla en el suelo, sintió una fuerte presión en la nuca, que imprimiéndole una brusca sacudida le hizo caer de bruces con violencia.

Entonces lanzó otro grito de espanto, de

terror, comprendiendo el peligro que le amenazaba, pues acababa de ver al tío Orejón con una enorme navaja en la mano.

—¡Qué va usted á hacer, desgraciado!—le gritó Bautista.

Y recurriendo á toda la energía que presta la desesperación, hizo un titánico esfuerzo para defenderse de la garra de hierro que le tenía sujeto por el cuello.

—Yo primero,—dijo de un modo feroz y sombrío Serafina, hundiendo su cuchillo en el vientre de aquel infeliz.

Bautista volvió la cabeza al sentirse herido, y reconociendo á Serafina, á quien no había visto hasta entonces, exclamó de un modo indescriptible:

—¡Tú también!...

Pero antes de terminar esta exclamación, que le arrancaba tal vez más el dolor moral que el material, el ventero le asestó otra terrible puñalada en el pecho.

Entonces el pobre Bautista, cubierto de sangre, arrodillado y sin fuerzas para levantarse, extendió los brazos hacia sus asesinos y les dijo, con una expresión de profunda tristeza:

—¡Padre!... ¡Hermana!... ¿Por qué me matáis cuando yo venía á salvaros?... Yo soy Jenaro.

El tío Orejón y su hija retrocedieron hasta

dar con las espaldas en las húmedas paredes de la cueva.

Jenaro quiso levantarse y no pudo, se quedó sentado en el suelo y miró á sus asesinos con ojos compasivos.

El ventero y Serafina, con los ensangrentados cuchillos en las manos, permanecieron inmóviles y mirándole también.

Los débiles fulgores del farolillo teñían de un color sombrío esta horrible escena.

—Sí... Yo soy Jenaro,—prosiguió el herido con débil acento.—Jenaro, tu hijo; Jenaro, tu hermano... A fuerza de trabajo y economías había reunido una modesta fortuna en América y regresaba á España para partirla con vosotros, porque yo no había olvidado ni á mis padres ni á mi hermana... En Guadix... En Granada me dijeron: «La familia de los Orejones es una familia de asesinos, de ladrones... Nadie se detiene en su venta por temor de ser robado...» Yo quise saber la verdad y os oculté mi nombre... Era cierto, sois unos ladrones... sois unos asesinos, pues á pesar de lo que os he regalado esta noche me matáis de un modo tan inicuo, tan cobarde, para robarme... Yo os perdono, pero la justicia de Dios y la de los hombres no os perdonará.

Jenaro arrojó una bocanada de sangre; se sentía morir por momentos.

El tío Orejón y su hija no se movían del mismo sitio; ni un solo arranque, ni un solo impulso de compasión sintieron hacia aquel desgraciado que se hallaba en la agonía y que acababa de revelarles quién era.

Jenaro, sentado en el suelo, con la cabeza caída sobre el pecho, movía los labios; tal vez rezaba, tal vez dedicaba algunas palabras de ternura á algún sér querido.

En aquel momento la repugnante figura de la tía Orejona, con un azadón al hombro, se presentó en la entrada de la cueva.

El silencio era profundo: nada se oía, y la ventera, avanzando dos pasos, preguntó:

—¿Habéis concluído? ¿Hago falta?

Al oir esta voz, Jenaro levantó la cabeza, se llevó las dos manos al pecho, apretando la herida con ellas, y haciendo el último esfuerzo, dijo:

—Sí, madre, sí, baje usted á ver cómo muere el hijo de sus entrañas... el hijo á quien sus padres vendieron cuando era niño y que hoy asesinan que es hombre... Pero yo perdono... á ustedes.

Jenaro rodó por el suelo exhalando un bronco gemido, con el cual se escapaba el alma de su cuerpo.

Estaba muerto, tendido boca arriba sobre un charco de sangre. Tenía los ojos abiertos y las manos puestas sobre la herida del pecho.

La tía Orejona acabó de bajar la rampa de la cueva, y viendo á su marido y á su hija arrimados á la pared, inmóviles, preguntó:

—¿Qué ha dicho ese hombre?

Y señaló con la pala del azadón el cadáver de Bautista.

—Ha dicho que es nuestro hijo, ha dicho que era Jenaro,—contestó el tío Orejón sin abandonar su sitio.

—¡Nuestro hijo! ¡Bah!—contestó aquella fiera.—Eso lo habrá dicho para que no le matárais.

—¡No, no ha mentido, nos ha dicho la verdad!—exclamó el ventero, en cuyo corazón quedaba aún sin duda un resto de ternura paternal.—¡Ese que ves ahí, cubierto de sangre, es nuestro hijo Jenaro!

Entonces sucedió una cosa increible: Serafina avanzó un paso, miró al muerto, y dijo con una ferocidad que hizo estremecer hasta á sus mismos padres:

—¿Y qué?... ¡Aunque lo sea! ¿No le pedimos al diablo un huésped rico? ¿No nos envió á ése? Pues que cargue el diablo con la responsabilidad.

Y Serafina, inclinándose sobre el cadáver, le quitó la cadena y reloj de oro y se lo guardó en el bolsillo del delantal.

—Con lo que cargará el diablo—dijo el ven-

tero—es con tu alma, con la de tu madre y con la mía.

—Sea Jenaro ó no sea Jenaro,—contestó Serafina, encogiéndose de hombros,—la cosa no tiene remedio. Lo que importa es que nadie descubra lo que ha pasado esta noche en la cueva de la *Venta del Sol.*

Y como el tío Orejón y su mujer permanecían inmóviles, aquella hiena desnaturalizada, aquella furia del averno, prosiguió:

—¿Van ustedes á permanecer toda la vida sin moverse, como los santos de piedra? Hay que hacer una hoya en la cueva, hay que enterrar eso.

Y señaló con el pié el cadáver de su hermano.

. . . .

. . . .

Poco á poco el tío Orejón, que era un hombre de ancha conciencia y avezado al crimen, se fué serenando y comprendió que aunque su hija era una mala pécora, sin ningún sentimiento noble dentro del alma; que aunque Serafina lo mismo que había matado á su hermano mataría á sus padres, no por eso dejaba de tener razón aconsejándoles que era preciso enterrar el cadáver.

El ventero no ignoraba que cuando se ha muerto á un hombre conviene mucho hacerle desaparecer para que no tropiece la justicia con

el cadáver, y el mejor modo consiste en enterrarle todo lo más hondo posible.

El tío Orejón, sin hablar palabra, cogió la azada, que de propio intento llevaba la tía Orejona, y encaminándose hacia lo último de *l*a cueva, donde había dejado el candil, comenzó con gran ardor á cavar la tierra.

La tía Orejona no había dicho una sola palabra ni para lamentarse de la muerte de su hijo ni para increpar á sus asesinos; aquella madre era una aberración de la naturaleza.

Miraba en silencio á su hijo muerto, ensangrentado, y quizás más que á su hijo, á los botones de diamantes que brillaban en la pechera de la camisa, que ella había elegido como su parte de botín.

—Madre,—dijo Serafina después de una larga pausa,—mientras padre hace el hoyo, vamos á desnudar nosotras á ése.

—¡Nadie le toque!...—gritó el tío Orejón desde el fondo de la cueva, temeroso sin duda de que su mujer y su hija le robaran parte de lo que le pertenecía.—Venid aquí, gandulas, venid á ayudarme, y acabaremos más pronto.

Las dos mujeres se reunieron con el tío Orejón, y entre los tres comenzaron á abrir la fosa.

Durante algunos minutos no se oyó en la

cueva mas que la respiración anhelosa de los venteros, que trabajaban sacando tierra del hoyo con las manos, con el cuchillo y con el azadón.

Aquel silencio duró más de tres cuartos de hora. Los Orejones sudaban gota á gota á pesar del frío.

Por fin el ventero dijo:

—Ya está bastante honda.

Y saliendo de la fosa, repuso:

—Vamos ahora á registrarle, y cuidado con que ninguna de vosotras se guarde nada, porque la entierro en la misma sepultura. Subiremos arriba, lo reuniremos todo y allá veremos lo que se hace. Tal vez sea prudente largarnos por algún tiempo lejos de la venta.

—No tema usted, padre,—dijo Serafina,—el diablo está de parte nuestra.

Un gruñido sordo, estridente, que parecía una lamentación del otro mundo, se oyó en la entrada de la cueva.

Los Orejones se miraron los unos á los otros sobresaltados.

El ventero, que era supersticioso, se santiguó precipitadamente tres veces.

—No nombres al diablo, bribona,—dijo,—que ya vendrá él sin que le llamemos.

Otro rugido más potente, más amenazador, resonó en los ámbitos de aquel antro, donde

acababa de cometerse un crimen espantoso, y entonces los venteros vieron con terror un objeto informe que se arrastraba por el suelo en dirección hacia ellos, y dos grandes chispas de fuego que se movían con vertiginosa rapidez en la oscuridad.

—¡Es el diablo!—repitió el ventero con acobardado acento.

—¡Sí, el diablo!—repuso la tía Orejona, temblando y persignándose.

Sólo Serafina permanecía serena, con el cuchillo en la mano, apoyada la espalda en la pared y dispuesta á defenderse hasta del mismo diablo, á quien acababa de invocar.

De pronto aquel objeto, que avanzaba arrastrándose, exhalando rugidos amenazadores, se detuvo, se replegó, por decirlo así, y como para imprimir más violencia en el ataque, y dando un salto, fué á caer sobre el tío Orejón, á quien derribó de espaldas dentro de la fosa.

A la luz del candil reconocieron los venteros que el enemigo desconocido que tanto miedo les había inspirado no era otro que el perro *Sultán*, enorme mastín de pelo blanco, dispuesto al parecer á vengar á su amo.

—¡Maldito animal!—exclamó el ventero, procurando defenderse de aquel adversario temible.

Entonces á la superstición que había acobar-

dado los ánimos, sustituyó la rabia y la energía, y comenzó una lucha terrible, desesperada, espantosa, de los tres Orejones contra el perro.

El ventero se defendía con el azadón, la ventera con un palo y Serafina con su cuchillo.

El valiente animal, dispuesto á morir vengando á su amo, se irritaba más y más á cada golpe que recibía.

De vez en cuándo un grito de dolor, acompañado de una blasfemia, se mezclaba con los ladridos y gruñidos del perro; era que había hecho presa en la carne de alguno de sus tres enemigos.

Todos habían sentido los agudos colmillos de *Sultán* clavarse más de una vez en sus cuerpos, todos estaban heridos, todos sentían correr su sangre; aquello se había convertido en una lucha á muerte; eran cuatro fieras que habían comprendido que no les quedaba otro remedio que matar ó morir.

Para que la situación se hiciera más espantosa, el ventero con el azadón derribó el candil y se quedaron á oscuras.

Desde aquel momento las ventajas estaban de parte del perro, porque los Orejones comprendieron que dando palos de ciego en aquel estrecho local corrían peligro de herirse los unos á los otros.

Todos se dirigieron hacia la entrada de la

cueva, en donde aún alumbraba con moribundos rayos el farolillo de Jenaro.

El perro, cubierto de heridas, manchado de sangre, continuaba atacando á los asesinos de su amo, que huían acobardados ante la feroz bravura de aquel terco animal.

Serafina, que iba detrás caminando de espaldas y haciendo frente al perro con su enorme cuchillo, al llegar junto al cadáver de su hermano resbaló con la sangre y cayó boca arriba, mientras que su padre y su madre salían precipitadamente de la cueva.

El perro se arrojó sobre la Orejoncito y le hizo presa en la garganta.

Serafina lanzó uno de esos gritos que estremecen de espanto, y hundió al mismo tiempo, con la fuerza del dolor y la desesperación, tres ó cuatro veces su cuchillo en el cuerpo del perro; pero *Sultán,* en las ansias de la muerte, *zamarreaba* y destrozaba el cuello de Serafina, rompiendo en pedazos la yugular.

La sangre brotaba á borbotones... Serafina se ahogaba... Quiso gritar y no pudo, se abrazó al perro, con el estertor de la agonía, y comenzó á morderle también.

Era una fiera abrazada á otra fiera: ¿qué mejor fin para aquella furia que el que el diablo acababa de proporcionarle?

Mientras tanto, el ventero y su mujer salieron de la cueva y respiraron como si acabaran de librarse de un gran peligro.

Hubo una pausa. Nada se oía; pero el tío Orejón y su mujer no se apercibieron de aquel silencio que preludiaba la muerte; tal era el estado de sus espíritus.

Los venteros se limpiaron el sudor y la sangre que humedecía sus rostros, y luego dijo el tío Orejón, inclinándose hacia la cueva:

—Serafina, sube y cerraremos la trampa; voy por mi trabuco para descerrajarle un tiro á ese maldito animal.

Serafina no contestó.

—¿Subes ó no subes?—interrogó de nuevo el ventero.

En la cueva reinaba un silencio sepulcral.

—Pero ¿qué haces ahí abajo?—gritó la madre.—Apuesto á que esa desalmada le está quitando algo al muerto.

Esta brutal desconfianza obtuvo el mismo silencio por respuesta.

—Es extraño,—volvió á decir el tío Orejón,—ni Serafina contesta ni el perro ladra.

Dejaron pasar un minuto, dos, tres; nadie respiraba, y la cueva permanecía muda como una tumba.

Entonces el ventero, sospechando que algo

grave le había sucedido á su hija, se dirigió á su cuarto en busca del trabuco.

El día comenzaba á clarear.

El tío Orejón, como hombre práctico, observó si estaba bien cebada la cazoleta de su terrible arma, y reuniéndose de nuevo con su mujer, dijo con resolución:

—Veamos lo que ha pasado ahí abajo.

El tío Orejón encontró al pié de la rampa tres cadáveres: el de Jenaro, el de Serafina y el de *Sultán*.

Aunque hombre avezado al crimen y duro de corazón, no pudo contener un grito de horror al persuadirse de la terrible verdad que tenía delante de los ojos.

Sultán había muerto sin soltar el cuello de Serafina, y Serafina, abrazada al perro, conservaba aún el cuchillo en la mano derecha y la hoja hundida en el corazón del animal.

La sangre humeaba, envolviendo con una ligera niebla aquel montón de carne destrozada, aquel grupo pavoroso de la muerte.

El ventero, temblando, volvió á subir la rampa de la cueva. Su mujer, al verle, le preguntó:

—¿Y Serafina?

—Serafina no volverá á disgustarte más: el maldito perro la ha degollado; pero ella ha muerto al perro.

Mientras la tía Orejona bajaba precipitadamente á la cueva, el ventero se dirigió tambaleándose á la cocina, y dejándose caer sobre un banco, murmuró en voz baja:

—Las cosas en que toma parte el diablo siempre acaban mal.

Y cerrando los ojos, se persignó tres veces.

CAPITULO V.

Donde un fraile, un carabinero y un gitano desenlazan la presente historia.

El día 4 de Abril del año 1821, es decir, cuatro meses después de los acontecimientos que hemos narrado en los capítulos precedentes, la antigua y famosa ciudad de Guadix presentaba el animado aspecto de las populares romerías con que generalmente inauguran la primavera muchas poblaciones de España.

Las posadas estaban llenas de forasteros, las calles de transeuntes; todos los vecinos tenían huéspedes, llegados de los confines de la provincia, y en las avenidas de la población se habían improvisado cantinas con lienzos y tablas, en donde se vendía pescado frito, chuletas de carnero, huevos duros, chorizos cocidos, tortillas con patatas, vino, aguardiente, licores y otros comes-

tibles apetitosos para matar el hambre y la sed de la concurrencia trashumante.

¿Qué sucedía en Guadix?... ¿Se iba á levantar un nuevo templo á la diosa Isis como en la antigüedad? ¿Se le había vuelto á conceder el privilegio de acuñar moneda como durante la dominación de los romanos y los godos? Nada de eso: pero en la *Plaza Real* se hallaban levantadas dos horcas, y al día siguiente, 5 de Abril, iban á ser ahorcados en ellas el tío Orejón y la tía Orejona, dos criminales famosos de los que se contaba y nunca se acababa en las provincias andaluzas.

La última fechoría de aquellos dos malvados había sido nada menos que asesinar á un hijo legítimo para robarle; y naturalmente, como en España nunca falta un poeta popular que escriba en verso, ó por lo menos en renglones desiguales, la historia de *Sebastiana del Castillo, Pierres y Magalona, Los Doce Pares de Francia, El terrible Maragato, El Currillo López* y otros *héroes* por el estilo, hubo también un poeta de afición, que en dos ratos perdidos escribió la vida y milagros de los *Orejones,* con tan buen *éxito,* que en dos días se vendieron nada menos que ocho resmas de papel; *éxito* que superaba en mucho á todos los *éxitos* alcanzados en España en tan famosa literatura.

Pero ¿cómo no, si el famoso romance de los

Orejones empezaba con cuatro versos valientes y de un *gancho* literario de primera fuerza? Pues decían así:

> Todo el mundo se suspenda
> mientras mi lengua relata
> lo que unos padres hicieron
> con un hijo que venía de la Habana.

Pero ¿á qué hemos de continuar copiando el romance? *Para muestra basta un botón;* y además, el lector sabe ya todo lo que otro podía decirle sobre el particular. Sin embargo, le aconsejamos que para enterarse de lo que ignora, oiga la conversación que mantienen, sentados en un banco de la *Plaza Real,* un fraile franciscano, un sargento de carabineros y un gitano, porque los tres habían tomado parte en la causa de los *Orejones,* que iban á purgar todos sus crímenes colgados de dos horcas.

—Padre Tadeo,—decía el gitano,—convengamos que la casualidad tiene cosas que no se explican. Aquella mañana nos reunió en la *Venta del Sol* á su mercé, al señor sargento y á mí, y ahora nos vuelve á reunir enfrente de las horcas donde van á bailar una zarabanda los Orejones.

—No es la casualidad, hijo mío,—contestó el fraile;—es la Providencia, que castiga á los culpables y protege á los inocentes. Desgraciados

de aquellos que apartan los ojos del cielo para fijarlos con codicia en los bienes de la tierra. Dios lo ve todo.

—¡Quién lo duda!—repuso el gitano.

—Los venteros eran una gente sin religión,—dijo á su vez el sargento,—y yo creo que si no llegamos nosotros tan á tiempo, cometen alguna fechoría con su mercé.

—Sin duda alguna; y de de las más gordas, hijos míos. No me cansaré nunca de darle gracias á la divina Providencia, que tan oportuno socorro me prestó aquella mañana enviándoles á ustedes á la *Venta del Sol*.

—Pero ¿llegó el tío Orejón á apuntarle á usted con el trabuco?—preguntó el sargento.

—Y me creí más muerto que mi abuelo, que en santa gloria se halle; y eso que puedo jurar á ustedes que no le dije ni una sola palabra que pudiera darle motivo para enojarse conmigo; al contrario, llegué á la venta muy cansado, serían las nueve de la mañana; en la puerta pronuncié el *Deo gracias* de costumbre: nadie me respondió, y seguí avanzando y diciendo *Deo gracias, Deo gracias,* hasta llegar á la cocina. Entonces vi al tío Orejón y á la tía Orejona, cada uno sentado en un banco del hogar, y les dirigí la palabra con la humildad propia de la Orden que profeso. Al oir mi voz se levantaron, y yo retrocedí verdade-

ramente asustado. Aquello no eran dos criaturas humanas, sino dos demonios, con los rostros llenos de heridas, el cuerpo cubierto de sangre, los ojos fuera de las órbitas y el pelo erizado. Daban miedo.

El tío Orejón exhaló un rugido como una fiera, y cogiendo el trabuco que tenía á su lado, me dijo:

—Tú eres el diablo: unas veces tomas la forma de mi hijo, otras la de un perro y ahora la de un fraile. Tú quieres mi alma, pues bien, á ver si las balas de mi trabuco te mandan para siempre al infierno.

Yo no esperé más: eché á correr, encomendándome á nuestro glorioso padre San Francisco, y esperando oir de un momento á otro la detonación del trabuco, que debía acabar con mi vida. Así llegué á la carretera, en donde la Providencia me deparó el poderoso auxilio de usted, señor sargento, y los doce soldados que le acompañaban, y de este buen gitano, que se dirigía á la feria de Córdoba.

—Y por cierto que no me costó poco trabajo convencer á su mercé de que volviera con nosotros á la *Venta del Sol,*—añadió el sargento,—cuyos dueños los tenía hace tiempo apuntados como sospechosos mi capitán en su libro de Memorias.

—Hombre, la verdad es que no soy valiente, lo confieso,—contesto el fraile;—y sobre todo cuando me mira la enorme boca de un trabuco, porque entonces quisiera tener alas para correr más.

—Aquella mañana—añadió el sargento—el tío Orejón y la tía Orejona tenían sobrados motivos para estar recelosos.

—Calle usted por Dios, señor sargento, calle usted por Dios; hace cuatro meses que presencié el terrible cuadro que presentaba la *Venta del Sol*, y ésta es la hora que todas las noches, al apagar la luz en mi celda, veo en la oscuridad aquel montón de carne humana, aquel enorme charco de sangre que nos puso á todos los pelos de punta y la carne de gallina. ¡Qué fieras, Dios mío, qué fieras!... Parece imposible que sean cristianos.

—Sí, pero esas fieras llega un día en que las doma el remordimiento,—repuso el gitano;—y ya recordarán ustedes con qué facilidad declararon los tíos Orejones su crimen, dejándose atar codo con codo y conducir entre bayonetas á la cárcel de Guadix.

—A la fuerza ahorcan, amigo mío,—objetó el sargento.—¿Qué hubieran sacado los venteros con negar? Lo que el negro de el sermón: nada, absolutamente nada; todo les denunciaba á voces, y

no tuvieron otro remedio que inclinar la frente ante la justicia.

—Que Dios les perdone sus crímenes y les reciba en su santa gracia.

Y el sargento y el gitano contestaron á un tiempo:

—Amén.

FIN DE EL DIABLO LO ENVÍA.

SOLITA.

SOLITA.

CAPITULO PRIMERO.

La protagonista.

Dice Plinio que Marco Tulio Cicerón *hacía cosas dignas de escribirse* y *escribía cosas dignas de leerse*. Como yo estoy persuadido (sin necesidad de que nadie me lo advierta) de que á mí no me sucede lo mismo que al célebre orador romano, siempre que comienzo un libro ó una obra dramática es tal la desconfianza que de mí se apodera, que temo decir lo contrario de lo que me he propuesto.

Los años traen consigo la reflexión, la madurez, el recelo, y disipan esa espuma del cerebro que lo poetiza todo en la primavera de la vida y que no se detiene ni aun ante lo absurdo.

Hoy el análisis, ese procedimiento que sirve para descomponer un todo, separando ó subdividiendo las partes que lo constituyen y examinándolas una á una para llegar á conocer sus principios ó elementos, está al alcance de los niños de doce años, nueva generación hambrienta de ciencia y de saber que sucederá á la presente con gran ventaja, si es que Dios no dispone otra cosa.

Los Aristarcos y los Zoilos abundan por todas partes, y no es extraño que á los escritores nos tiemblen las carnes cuando, después de largas vigilias y no pocos trabajos, terminamos una obra literaria y la damos á luz para recreo y solaz de los menos y motivo de crueles censuras de los más.

El libro ó la obra dramática cae en las potentes garras del dominio público, que á su antojo lo despedaza, sin que pueda el padre intelectual defender á su hijo de las desolladuras que recibe, porque el escritor no es otra cosa que un pobre viajero que pasa su vida bordeando un lago sin fin, en donde abundan multitud de malintencionados mosquitos que se complacen en asaetearle la delicada epidermis.

No hay hombre pequeño, si tiene buen sentido, que no se lamente de su poca talla, por lo menos cuando se encuentra solo consigo mismo. ¿A quién no le gustaría elevarse tres codos por

encima de las cabezas de sus contemporáneos? Sólo los hipócritas niegan este deseo, siempre vivo en el corazón, lleno de debilidades en la criatura.

Pero ¡qué diantre! es preciso resignarse con la talla que á cada uno le ha tocado en suerte, porque la naturaleza, sabia y previsora, así lo ha dispuesto al crear una escala gradual, que comienza en el átomo y acaba en el sol.

El mismo soplo divino que fecundiza el hisopo, diminuta planta que crece en las grietas de los muros, da vida y fragancia al gigantesco cedro que perfuma las cumbres del Líbano; pero todos no podemos ser potentes cedros literarios de lozana y majestuosa vegetación, y por lo tanto, nos resignamos á ser pobres y raquíticas plantas como el hisopo, que no da sombra alguna en el jardín de la inteligencia.

Bien sabe Dios que, como ha dicho nuestro maestro el inmortal y nunca bien ponderado Miguel de Cervantes Saavedra, yo quisiera que este libro fuese, *como hijo del entendimiento, el más hermoso, el más gallardo y el más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante.*

¡Ah! Desgraciadamente, al que estas líneas escribe no le sucederá como al autor de *Galatea*,

cuyos deseos se realizaron con creces, y que pasmó al mundo con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

Pero comencemos, pidiéndole á Dios que nos preste su ayuda, que buena falta nos hace, para referir con algún acierto la historia de nuestra pobre Solita, que precisamente por sencilla presenta más dificultad y necesita de toques más delicados.

Lloraba una niña amargamente, llevándose con frecuencia sus pequeñas manecitas á los ojos para limpiarse las lágrimas que oscurecían la luz de sus pupilas, y al mismo tiempo que lloraba hacía heróicos esfuerzos para no perder de vista una camilla, que dos hombres de blusa y gorra con chapa de metal, conducían á paso ligero por la calle del Salitre en dirección á la de Santa Isabel.

Como la niña apenas contaba cinco años de edad y sus piernecitas no eran tan largas como las de los dos mozos hospitaleros que llevaban la camilla, mientras ellos daban un paso se veía obligada la infeliz rapaza á dar tres, y por eso según iba perdiendo camino se iba redoblando su amargo llanto, pues la amargura es propia de todas las edades.

Como una niña que llora en medio de una calle no es cosa *del otro jueves* para llamar la

atención de los transeuntes, nadie se fijaba en el desconsuelo de aquella pobre criaturilla, porque las lágrimas son una cosa tan común, tan corriente en este pícaro globo terráqueo, que lo extraño, lo inverosímil, es vivir y no llorar, sobre todo siendo mujer, esa débil mitad del género humano, á la que le cupo la peor suerte en el *reparto vecinal.*

La pobrecita heroína de nuestra fábula subía ya fatigada por la calle del Salitre, cuando los hospitaleros, cargados con la camilla, torcieron á la derecha, por la de Santa Isabel, y temiendo perderlos de vista, redobló su marcha, con tan mala fortuna, que fué á tropezar de lleno con el vientre de un caballero de cara de vinagre, de cejas salientes, de nariz hundida y de boca con todas las líneas y predisposiciones de un perro *bulldog.*

El caballero, en quien el mal humor debía ser una perpetuidad de sus condiciones morales, cogió bruscamente á la niña por un brazo, y sacudiéndola de un modo nada suave, sin respetos á la debilidad, le dijo con malhumorado acento:

—¿Qué manera es esa de andar por las calles, bribona?

—Suélteme usted, señor, que se llevan á mi abuelito,—exclamó la niña, haciendo un esfuerzo

para desprenderse de aquellas manos de hierro que la sujetaban.

—A la Prevención sí que te voy yo á llevar para que te impongan el correctivo que mereces,—exclamó el hombre, agitando sus mandíbulas como el perro de presa que se dispone á morder, y sacudiendo por segunda vez á la niña como si fuera un sonajero.

—Por Dios, suélteme usted, ya no veo á los hombres que se llevan á mi abuelito.

Y efectivamente, los hospitaleros se habían perdido de vista; las lágrimas se redoblaron en los ojos de la pobre niña, y fijándolos enrojecidos en aquel hombre de adusto semblante que la fatalidad colocaba ante su paso, dijo con acento doloroso:

—Me hace usted daño... Ya no veo á mi abuelito.

El señor de las cejas y el hocico saliente empujó con brutalidad á la pobre niña antes de soltarla, y murmuró:

—Vete al diablo; Madrid está lleno de gente perdida; todas estas chicuelas vagabundas no son otra cosa que alumnas de la Cárcel Modelo.

Y clavando con ferocidad sus pequeños y verdosos ojos en la aterrada niña, continuó su camino.

La pobre niña, repuesta un tanto del miedo

que el malhumorado señor le había causado, echó á correr de nuevo, pero al llegar á la calle de Santa Isabel buscó en vano la camilla: no vió nada; los mozos hospitaleros habían desaparecido; la infeliz muchacha quedó aterrada; sus ojos de serafín, llenos de lágrimas, giraron en todas direcciones, y como su infantil y perturbada imaginación no podía darse cuenta de ciertas cosas, se arrimó á la pared y continuó llorando, porque cuanto más pura y virginal es el alma, más cantidad de lágrimas atesora.

Así pasó el tiempo; quizá la niña abrigaba la esperanza de que su abuelito pasaría por allí; pero la esperanza, esa fuerza secreta que nos reanima, ese perfume purísimo que fortalece el corazón, para algunas criaturas que nacen selladas por el infortunio suele desvanecerse aun en esa edad de las ilusiones y los sueños de color de rosa.

Vivir es sufrir, como ha dicho el filósofo, y para muchos el sufrimiento comienza en la cuna, y con una tenacidad cruel les acompaña hasta el sepulcro.

Para esa familia de desgraciados la existencia es una *vía dolorosa,* y sólo en la hora de la muerte les ilumina un rayo de sol, porque para ellos morir es descansar.

Gran conocedor de las perturbaciones y pe-

nalidades de la vida debió ser aquel á quien se le ocurrió decir por la primera vez, *bien vengas mal si vienes solo,* porque recibir con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios un mal ó una desgracia, sólo puede hacerlo el que esté calafateado por el dolor y sepa, por experiencia propia, que la vida de la criatura no es otra cosa que un *más* perpetuo, interminable, eterno, que redobla las fatigas de nuestro anhelo y que todos esperamos sin advertirlo.

Pero volviendo á la pobrecita niña, diremos que sucedía el *caso* en una tarde del mes de Diciembre, y que, como en esta época del año las tardes son cortas, se hizo de noche, por lo cual entonces, llenos de sombras y de lágrimas los ojos, la niña dirigía una triste mirada en derredor sin poder explicarse lo que buscaba.

Los pájaros y los niños pierden su proverbial alegría durante las horas de la noche, porque para ellos la oscuridad no solamente es el período del sueño, sino del sobresalto y de los temores.

Los niños temen á esa fantasma imaginaria que no han visto nunca, que les hace temblar y enmudecer, y que ellos llaman, con su encantadora media lengua, *el coco;* y los pájaros temen, con más fundamento, á esas alevosas aves nocturnas de vuelo silencioso y perspicaz mirada,

que les dan caza traidoramente, y que luego celebran sus festines en las tinieblas.

La pobre niña, aunque no era su edad la más á propósito para entregarse á esa meditación serena que hace brotar la luz en el cerebro en los momentos de conflicto, pensó que, arrimadita á la pared donde estaba, no podía pasar la noche, y que además sentía hambre y frío, dos impresiones que ella no podía definir con la belleza de estilo de Víctor Hugo, pero que no por eso dejaba de sentir á la una agitarse malhumorada en el estómago, y al otro extenderse por todo el cuerpo como un flúido desconsolador, porque saben todos los que desgraciadamente han tenido hambre y frío que el hambre se reconcentra y el frío se extiende.

La inacción es un poderoso auxiliar para que el frío sea más insoportable, y la niña, sin explicarse el por qué, se puso en movimiento y comenzó á bajar por la calle del Salitre á buen paso en dirección á San Lorenzo.

¿Dónde iba? La pobrecita lo ignoraba; caminaba á la ventura, abrigando sus manos, amoratadas por la falta de calor, debajo de los brazos, y llorando siempre, sin encontrar un alma caritativa que le preguntara el motivo de aquellas lágrimas.

Así anduvo más de dos horas, atravesando

calles y calles. Sin duda la pobrecita buscaba su casa sin encontrarla; su pasado era corto, puro como el crepúsculo matinal; su débil imaginación buscaba por todos los rinconcitos de su memoria algo, y buscando este algo, que ella no podía encontrar, dieron las once de la noche, y la fatiga y el hambre la obligaron á caer desfallecida junto al batiente de piedra de un portal.

Allí se redujo todo lo que pudo, replegándose en el quicio de una puerta; encogió las piernecitas para abrigar un poco los helados piés con el vestido, pero la falda era demasiado corta para conseguir su objeto. Cerró los ojos, y pensando, sin duda, en su madre, se quedó, más bien que dormida, aletargada por el hambre y el frío.

¡Pobre niña!... Si al menos hubiese tenido un compañero de infortunio, una amiga en la desgracia á quien poderse arrimar, se hubieran prestado mutuamente el calor de sus cuerpos, como hacen muchas veces esas infelices criaturas que viven en medio del arroyo y pasan las noches en los quicios de las puertas, hacinadas las unas sobre las otras para preservarse de la intemperie.

Este triste cuadro se contempla muchas veces en las crudas noches de invierno, y se forma mal concepto del país donde semejantes cosas

suceden, porque los niños, que por su debilidad debían inspirar una predilección á los gobiernos, son desgraciadamente los que se ven más abandonados.

Un niño lo aprende todo con facilidad, y de seguro que nada bueno puede enseñarle el abandono y la miseria.

Pero volviendo á la pobrecita niña que nos ocupa, y cuya historia nos hemos propuesto narrar, es indudable que aquella noche se hubiera muerto de frío y de hambre, pues el termómetro marcaba seis grados bajo cero á las cinco de la tarde; pero veló por ella la Providencia, esa eterna remediadora que se encarga de ser madre amorosa de los desgraciados, esa incansable protectora del desvalido.

CAPITULO II.

El protagonista.

Se llamaba Aurelio Valflorido, tenía treinta y seis años de edad, ojos grandes, azules, cabellos rubios y hermoso el rostro como el de un ángel.

Su figura era esbelta, sus modales distinguidos, y en su semblante se hallaban reunidas todas esas líneas, todos esos tonos suaves que emplea un pintor de genio para trasladar al lienzo la perfecta expresión de la bondad y el sufrimiento.

Aurelio era músico, y músico de talento: pero como el carácter constituye la fortuna del hombre, Aurelio no tenía carácter para hacerse rico, y así es que, á pesar de haber recorrido toda Europa como maestro de canto, gran profesor de violín y compositor de una docena de sinfonías,

que se ejecutaban con gran aplauso en el mundo musical, nuestro héroe vivía en una modesta posición, si bien se hallaba relacionado con lo más escogido de la sociedad madrileña.

Aurelio era un perfecto soñador, y sabido es que en este mundo material y positivo los soñadores medran poco, y la fortuna les vuelve la espalda, haciéndoles una mueca de desprecio.

Se decía en voz baja que Aurelio había amado con toda su alma á una mujer, y que esta mujer se había complacido, con un refinamiento y una crueldad increibles, en arrancar una por una todas las delicadas fibras del corazón del maestro compositor.

A pesar de esto, el alma de Aurelio era tan hermosa, tan bella, que se conmovía ante el menor gemido.

Debemos decir, que nuestro héroe miraba á las mujeres con cierta prevención, como el hombre que tiene fundados motivos para no esperar nada bueno de ellas. Sin embargo, esta prevención, esta desconfianza, las reservaba en el fondo de su pecho, y nunca sus labios pronunciaban palabras ofensivas para el bello sexo, tratando siempre á las mujeres con la galantería y la buena educación á que está obligado todo hombre bien nacido.

Como Aurelio era un hombre hermoso y de

talento, con grandes condiciones para brillar en sociedad, algunas mujeres le demostraban sus simpatías de un modo harto significativo; y entonces el maestro procuraba de un modo fino y delicado convencer á las *interesadas* de que él se había propuesto no amar más que á la música y á los pobres niños desvalidos que la casualidad colocaba ante su paso.

Y efectivamente, Aurelio tenía verdadera adoración por todos esos pequeñuelos que viven en el paraíso de la inocencia, perfumando la tierra con la virginidad de sus sonrisas, y muchas veces se quedaba contemplando sus inocentes juegos, y solía decirse en el fondo de su alma:

—Parece imposible que esos ángeles con el tiempo se conviertan en demonios.

La caridad, esa primera y hermosa virtud del alma, se hallaba encarnada en el corazón del buen músico, y la practicaba siempre que tenía ocasión.

Una noche, después de un concierto en que Aurelio había sido muy aplaudido, se le acercó un duque, cargado de millones y de vicios, y abrazándole, le dijo:

—Ilustre maestro, nada envidio tanto como los triunfos del talento; ha escrito usted una sinfonía de primer orden, una obra imperecedera, una obra de mucho mérito.

—Querido duque,—le contestó el compositor

sonriéndose,—entre usted y yo podríamos hacer obras imperecederas de gran mérito, de esas que no se olvidan, que se reciben con aplauso general y que arrancan lágrimas de ternura á los ojos y latidos de agradecimiento al corazón.

—Pero, hombre, si yo no sé de música, si yo no conozco una sola nota del pentágrama, si no he podido distinguir nunca la llave de *sol* de la llave de *fa*,—repuso el duque.

—No importa, amigo mío, no importa; usted posee una varita mágica, que es la mejor *batuta* para conmover las fibras del corazón, y con ella se pueden hacer obras imperecederas.

—Pero ¿qué *batuta* es esa, querido maestro?—exclamó riéndose el potentado.

—Los millones de usted.

—¡Ah!...

—Yo buscando desgraciados y usted remediando sus desgracias, le aseguro que haríamos obras más meritorias á los ojos de la humanidad que el *Fausto*, el *Guillermo Tell* y los *Hugonottes*.

El duque, que no comprendía la caridad, cambió de conversación.

Otro día Aurelio le dijo á un millonario, lleno de achaques, de fastidio y de inquietudes, que se lamentaba de los pocos encantos de la vida y del mal estado de su salud:

—Querido amigo, mañana le mandaré á usted

un plan curativo, y si le sigue, estoy seguro que verá realizados todos sus deseos.

Y en efecto, á la mañana siguiente le mandó la carta que á continuación copiamos.

«Ilustre millonario: En tiempo de don Pedro II, rey de Aragón, se creó en la ciudad de Valencia un cargo, el más envidiable, el más hermoso, el más respetable que puede apetecer un hombre honrado. Esta dignidad, á la que llegaban muy pocos, se le puso el nombre de *Padre de los huérfanos*.

»Para desempeñar semejante cargo se elegía con prudencia, con escrupulosidad y con gran detenimiento á la persona más digna y más venerable entre los vecinos de Valencia.

»Todas las cabezas se descubrían al verle pasar, todas las frentes se inclinaban para saludarle con respeto, todos los labios se sonreían bendiciéndole, porque aquel anciano venerable era el *Padre de los huérfanos*.

»Su misión era recoger en el santo Asilo, que él dirigía, á todos los desvalidos; y los dedicaba á un oficio, velaba por ellos, cuidaba de sus almas y de sus cuerpos, librándoles de la miseria; hacía un hombre honrado y útil á la sociedad del que, indudablemente, sin la protección del *Padre de huérfanos,* hubiera sido un criminal.

»¡Ah! ¡Qué hermoso, qué consolador espec-

táculo era ver por las calles de Valencia al venerable anciano *Padre de huérfanos* rodeado de niños y de mujeres, que besaban sus manos, sus piés, y que tocaban con respeto, como una cosa santa, el negro paño de su capa, y con la fe de verdaderos creyentes pedían á Dios que prolongara la vida de aquel remediador universal de todas sus penas!

»Ni en la historia antigua ni en la sociedad moderna, del rey abajo, encuentro un cargo que pueda compararse con el de *Padre de huérfanos,* consignado en el hermoso Código de *Los fueros valencianos*.

»Usted, amigo mío, con sus millones, podría ser el *Padre de huérfanos* de Madrid, resucitando entre los modernos algo de aquellos Fueros que concedió á los valencianos un rey aragonés y les quitó en mala hora un rey de origen francés.

»Yo podría ser el maestro del piadoso Asilo, y tengo la seguridad de que su alma de usted se refrescaría y su cuerpo se fortalecería, oyendo por todas partes las bendiciones y viendo las lágrimas de gratitud caer en las manos del hombre que salvaba á sus hermanos de la miseria; porque, créame usted, no hay nada tan hermoso á los ojos de la humanidad ni á los de Dios como socorrer al prójimo.»

Excusamos decir que el millonario no aceptó

el plan curativo que el maestro le indicaba; y creyéndose inmortal porque era rico, vivió algunos años más, viendo aumentarse día por día las inquietudes de su alma y los achaques de su cuerpo.

Este era Aurelio Valflorido, cuando una noche, al salir de casa de un título, en donde había comido y pasado la velada ejecutando prodigios al piano, fijó su atención en el quicio de una puerta, y vió un objeto que le hizo detener el paso.

En aquel sitio reinaba la más profunda oscuridad: la luz del farol de gas, situado á alguna distancia, no llegaba con la suficiente claridad para distinguir bien los objetos.

Aurelio se inclinó, doblando el cuerpo hacia la tierra y extendiendo las manos, como si buscara por el tacto lo que la oscuridad le impedía ver con los ojos.

Entonces creyó percibir un lamento débil, y no tardó mucho en persuadirse de que lo que había llamado su atención era una niña. La cogió entre sus brazos: estaba fría y con los ojos cerrados.

—¿Estará muerta?—pensó Aurelio.

Y luego corrió hacia el farol, que se hallaba á algunos pasos de distancia.

La niña continuaba inmóvil: en sus amorata-

das mejillas se habían quedado dos lágrimas heladas como dos gotas de rocío en el cáliz de una flor.

—¡Ah! ¡Vive, sí, vive!—se dijo con alegría el músico.—Bajo mi mano late, se estremece su corazoncito... ¡Pobre criatura!... Si la dejo aquí, esta noche será la última de su vida... No, no, la llevaré á mi casa; de otro modo, tendría remordimientos; á esta edad los niños son ángeles, y los hombres debemos servirles.

Aurelio cubrió perfectamente el cuerpo inanimado de la niña con su capa, y se alejó á buen paso de aquel sitio.

Poco después llegaba á una parada de coches de *plaza*, y subiendo en uno, dijo:

—Calle de Isabel la Católica, número... De prisa.

El cochero quitó la manta al caballo y le recordó su deber sacudiéndole un inhumano trallazo.

Aurelio abrigaba contra su pecho aquel cuerpecito exánime, como si quisiera trasmitirle una parte del calor de su sangre.

La niña, mientras tanto, parecía una muerta, y su inmovilidad inquietaba al honrado maestro, que ya deseaba tornar á la vida á aquella pobre criatura abandonada.

El coche se detuvo: Aurelio bajó precipitada-

mente, puso en la mano del cochero un duro, y llamó al sereno para que le abriera la puerta.

El músico vivía en el cuarto entresuelo: tiró del cordón de la campanilla, y salió á recibirle una mujer, entrada en años, de rostro bondadoso.

—Jacoba, ¿hay fuego en la chimenea?

—Sí señor; la del gabinete está encendida, porque como usted suele trabajar cuando vuelve por las noches...

—¿Tienes caldo?

—Siempre guardo un par de tazas, por lo que pueda ocurrir.

—Pues bien, trae una taza de caldo y calienta un poco de vino de Burdeos.

—¡Pero, ¡Dios mío! ¿Qué ocurre, señorito?—preguntó Jacoba con marcadas muestras de inquietud.—¿Viene usted malo?

—No; pero he encontrado á esta niña, muerta de frío, en el quicio de una puerta.

—¿Una niña?... ¿A ver, á ver? ¡Dios mío! Está helada; no respira.

—Tranquilízate, su corazón late. Trae el caldo y el vino, mientras yo la coloco cerca de la chimenea, porque lo que necesita es calor. ¡Ah! Esta noche se hubiera muerto indudablemente de frío si á mí no se me ocurre mirar hacia el sitio donde el infortunio le había preparado su lecho de muerte.

Jacoba corrió hacia la cocina y Aurelio entró en el gabinete.

Allí reinaba una temperatura de diez y ocho grados de calor.

El músico colocó, con la tierna solicitud de una madre, á la pobre niña en una butaca y la acercó á la chimenea.

Aquel pobre angelito permanecía inmóvil y aletargado.

Aurelio se quitó la capa y el sombrero. Iba vestido de rigurosa etiqueta, y sustituyó el frac negro por un batín de terciopelo.

Luego colocó una silla junto á la butaca de la niña, y se quedó contemplándola con esa dulce y triste expresión que un alma caritativa trasmite al rostro de la criatura cuando practica la más bella, la más hermosa de las virtudes del alma.

Sobre el mármol de la chimenea había dos candelabros y un reloj de bronce de Corinto.

Tres bujías encendidas inundaban de claridad el inmóvil rostro de la niña.

—¡Qué hermosa criatura!—murmuró Aurelio, hablando consigo mismo y sin apartar los ojos de la niña.

De pronto, las francas y nobles facciones del maestro comenzaron á oscurecerse, extendiéndose por ellas sombrías tintas, y llevándose una mano al pecho, se dijo:

—Es particular... Contemplando á este ángel abandonado parece qae he sentido algo en el corazón... Creo notar cierta inquietud, porque en el rostro de ese serafín, que tan dolorosamente comienza el calvario de la vida, advierto ciertas líneas, ciertos detalles, cierto parecido...

Y Aurelio, llevándose una mano á la frente, volvió á decir:

—No, no; ¡esto sólo son figuraciones que me presenta este tenaz pensamiento, que no acaba nunca de olvidar el pasado!

La niña se agitó débilmente en la butaca.

—¡Ah! ¡Vuelve á la vida!...—exclamó Aurelio.

La niña exhaló un suspiro y abrió los ojos. Su primera mirada se fijó en su salvador, que, arrodillado delante de ella, tenía sus manos cogidas.

La niña, como no era posible que se explicara su situación, comenzó á dirigir miradas en derredor suyo, creyendo sin duda que todo aquello era un sueño.

Aurelio nada le dijo, pero en sus labios apareció una sonrisa llena de bondad.

En aquel momento, el maestro Valflorido tenía algo en su hermosa cabeza que recordaba el arcángel Gabriel, protector de los desvalidos.

CAPITULO III.

Donde Solita cuenta su historia.

La niña, después de mirar con infantil curiosidad todo cuanto la rodeaba, detuvo sus grandes y negros ojos en aquel hombre, que no cesaba de mirarla á su vez y le tenía cariñosamente cogidas las manos.

Aquí hubo una pausa. La niña miraba al hombre con los ojos inmensamente abiertos, y el hombre miraba á la niña sin dejar de sonreirse.

Por fin, la criaturilla abandonada exhaló un profundo suspiro, y dijo:

—¿Y mi abuelito?... ¿Dónde está mi abuelito?... ¿Es él el que me ha traído aquí?...

—No, hija mía, el que te ha traído aquí soy yo, que he tenido la fortuna de encontrarte dormidita en el quicio de una puerta, y como hace

mucho frío no he querido que pasaras el resto de la noche en la calle.

—¡Ah! Es verdad... ¡En la calle!... Aquí se está mejor que en la calle... Yo seguía y seguía á aquellos hombres que se llevaban á mi pobre abuelito... Corrían mucho... yo corría también, pero nunca les alcanzaba... Luego, aquel caballero de tan mal genio que me cogió del brazo, me hizo mucho daño... Tuve frío, mucho frío, y estaba la calle oscura y...

La niña se detuvo como si se desvanecieran sus ideas.

Jacoba entró con la taza de caldo y se arrodilló junto á la niña, sonriéndose.

—Hija mía,—le dijo,—vas á tomar esta tacita de caldo y ya verás cómo te reanima.

Jacoba acercó la taza á los labios de la niña, que bebió el caldo sin dejar una gota.

—¡Hija de mi alma!—añadió el ama de gobierno.—Yo creo que tiene hambre. Si al señor le parece, le daré alguna friolerilla más.

—Dale todo lo que quieras, pues ahora ya la hemos salvado,—contestó Aurelio.

Y luego dijo:

—Pero, ¿has visto, Jacoba, has visto qué criatura tan hermosa?

—Es un ángel; nunca he visto ojos más grandes ni más negros. ¡Ah! Esta niña bien vestida,

de seguro llamará la atención de todo el que la vea, porque ya ve usted, la pobrecita qué pingajitos lleva. ¡Qué fea es la miseria!

—Mañana le comprarás todo lo que le haga falta, y esta noche que duerma contigo; ya le dispondremos una habitación.

—¡Pues qué! ¿Va el señor á quedarse con esta niña para siempre?

—Pues es claro; yo no hago las cosas á medias.

—Pero ¿y sus padres, y su familia?

—Buenos padres y buena familia te dé Dios; yo me la he encontrado en el quicio de una puerta, es una hija que me envía la Providencia; á pesar de eso, mañana procuraré averiguar de dónde procede esta infeliz criatura.

Y Aurelio, mirando á la niña, continuó:

—¿Te has fijado bien en la cara de esta niña?... ¿No encuentras un parecido con...

Jacoba hizo un brusco movimiento.

—¡Bah! El señor no debe acordarse de semejante cosa.

—Dices bien; tráela, tráela algo para que coma; tal vez tiene hambre.

Jacoba salió del gabinete.

Aurelio se puso á pasear por la habitación.

La niña sentía tan grato bienestar junto á la lumbre, que poco á poco se fueron cerrando sus ojos y se quedó dormida.

De vez en cuándo el maestro compositor detenía un instante su paseo para fijarse en la niña.

—Los ángeles de la tierra se reconcilian pronto con el sueño,—se dijo, viendo que se había dormido.

Jacoba entró de nuevo en el gabinete, colocó un velador delante de la niña y dejó sobre él una bandeja donde traía algunas fiambres.

—¡Calla!... Se ha dormido. ¿Y qué hacemos ahora?

—Despiértala,—contestó Aurelio,—que coma ahora, luego tiene tiempo para dormir.

Jacoba despertó á la niña, que al ver los manjares delante, comenzó á comer con buen apetito.

Mientras tanto, Aurelio continuaba sus paseos, y como abismado en sus reflexiones.

—¿Parece que hay apetito, hija mía?—le preguntó Jacoba.

La niña se sonrió y continuó comiendo.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Solita, para servir á Dios y á ustedes.

—¿Y qué más?...

—¿Qué más?... Pues Solita.

—¿Y cómo es que el señor te ha encontrado en el quicio de una puerta? ¿No tenías casa donde dormir?

—Yo estaba con mi abuelito,—repuso la niña, á la que el alimento y el calor de la chimenea reanimaban como por encanto;—pero se llevaron unos hombres á mi abuelito, y me quedé sola.

—¿Y adónde se lo llevaron?—volvió á preguntar Jacoba.

—No lo sé... Mi abuelito me dijo: «Solita, estoy muy malo... ¡Qué va á ser de tí si yo me muero!» Y lloraba, y me miraba de un modo muy triste tendido en su jergón; yo lloraba también, y pasaron muchas horas, muchas, y mi abuelito siempre tendido en su jergón y mirándome con unos ojos muy abiertos. Vino un señor y habló con mi abuelito... Yo oí que le decía: «¡Al hospital, al hospital!» ¿Qué es el hospital?

—Es una casa muy grande—contestó Jacoba—donde se llevan á los pobres enfermos que carecen de recursos.

—¡Ah! Vamos; pues allí se llevaron á mi pobre abuelito los hombres de la blusa, los que llevaban una cosa dorada en la gorra.

Aurelio se había parado junto á la butaca de la niña y la escuchaba con gran atención.

—Le cogieron entre los dos,—prosiguió Solita,—uno de los piés, otro de la cabeza, y desde el jergón le pusieron en una cama cubierta con una tela, y se lo llevaron. Yo salí de casa detrás de ellos, pero ellos corrían más que yo, y los

perdí; desde entonces no he vuelto á ver á mi pobre abuelito, que tanto me quería.

A los ojos de la niña asomaron dos lágrimas.

—Pero ¿tú no tienes madre?—le preguntó Aurelio.

—No lo sé, creo que no; en casa sólo veía al abuelito.

—¿Y recuerdas tú cómo se llamaba tu abuelito?

—Vaya, pues ya lo creo, los vecinos le llamaban don Antonio, pero yo le llamaba papá *Tono*.

Aurelio se estremeció, y maquinalmente dijo:

—¡Don Antonio!... ¿Y el apellido?

—¿El apellido?... ¿Y qué es el apellido?—preguntó la niña, mirando con fijeza á su interlocutor.

—El apellido es otro nombre, por ejemplo, tu abuelito podrá llamarse don Antonio Escudero.

—¡Ah! Yo he oído ese nombre, pero no sé en dónde,—contestó la niña.

Aurelio sintió un agudo estremecimiento, y dijo, hablando consigo mismo:

—¡Qué combinaciones tan imprevistas tiene la casualidad!... Es preciso que yo sepa quién es el abuelo de esta niña... ¡Ah! Si fuera... Pero no, no es posible.

Y luego continuó, dirigiendo la palabra á la niña:

—¿Iba á tu casa una señora á ver á tu abuelito?

—Una vez vino una; pero el abuelito se enfadó mucho, mucho, y recuerdo que le decía, cerrando los puños: «¡Vete! ¡vete!» y ella se fué.

—¿Y á tí no te dijo nada esa señora?

—Nada, nada, nada; yo la miraba desde un rinconcito, y tenía mucho miedo, porque ella gritaba y amenazaba á mi abuelito como una mujer mala.

Aurelio se llevó una mano á la frente y exhaló un suspiro, murmurando:

—¿Será la Providencia la que ha puesto á esta niña delante de mi paso?... Mañana saldré de dudas... Sí, mañana recorreré todos los hospitales de Madrid hasta encontrar al abuelo de esta niña. Si ella recordara el nombre de la calle, el número de su casa...

Y levantando la voz, prosiguió:

—Dime, hija mía, ¿sabes tú el nombre de la calle donde vivía tu abuelito?

—Sí, señor, porque mi abuelito me decía: «Si algún día te pierdes, di á uno de Orden Público: yo vivo en la calle del Salitre, número... y él te traerá á casa.»

—¡Ah! Perfectamente, veo que tienes memoria y una precocidad que va á servirnos de mucho para encontrar á tu abuelito.

Y Aurelio, como si le molestara prolongar aquella escena, añadió:

—Jacoba, llévate á esta niña; esta noche que duerma contigo, y mañana temprano le compras alguna ropa propia de la estación. A mí me despiertas á las ocho, si no me he levantado. Es muy tarde, á dormir todo el mundo; buenas noches, hija mía.

—Vamos á la cama,—repuso Jacoba;—pero antes da las buenas noches y un beso á tu bienhechor.

La niña se levantó de la butaca y dió un beso á Aurelio, diciendo:

—¿Cuándo iremos á ver á mi pobre abuelito?

—Mañana, hija mía, mañana; te doy mi palabra.

Jacoba y la niña salieron del gabinete.

Aurelio, cuando se quedó solo, en medio de la satisfacción que experimentaba su alma generosa por haber salvado de una muerte cierta á la pobre niña, sentía también una inquietud inexplicable en el corazón.

Aquella niña había despertado dolorosos recuerdos, que Valflorido hacía tiempo procuraba borrar de su memoria.

Aurelio prolongó sus paseos durante media hora; por fin se acostó.

A las ocho de la mañana Jacoba dió unos

golpecitos en la puerta de escape de la alcoba de su amo.

—Entra, Jacoba, entra,—le dijo Aurelio, que se había levantado y estaba acabando de vestirse.

—Buenos días, señorito.

—¿Y la niña?

—En el comedor, alegre como un pájaro, inspeccionándolo todo y preguntándome sin cesar por su abuelito; parece que le quiere mucho; es una niña encantadora, no he visto nunca una criatura más risueña; la he peinado y tiene el pelo como la tinta y lleno de preciosos rizos; bien vestida parecerá un ángel.

Aurelio escuchaba á Jacoba en silencio.

—¡Si viera usted qué parlanchina y qué gestos tan graciosos hace cuando habla! Y luego tiene unos ojos tan grandes y una mirada tan dulce... vamos, le digo á usted, señorito, que esa niña me ha cautivado, que estoy enamorada de ella, y si ahora nos la quitaran me darían un gran disgusto.

—¿No te ha dicho nada de su familia?

—Sí, algo he podido averiguar,—contestó Jacoba, suspirando.—Me ha dicho que su pobre abuelito por las noches salía de casa con ella, que se colocaban en una esquina por donde pasaba mucha gente, y que él tocaba el violín y á ella le daban cuartos.

—¡El violín!... ¿Luego es músico?—exclamó Aurelio palideciendo.

—Sí, señor, músico,—repuso Jacoba, exhalando un segundo suspiro.

—¿Y qué más?... ¿qué más?...—preguntó el maestro con cierta inquietud.

—Dice que su pobre abuelito tosía mucho y la estaba siempre repitiendo: «Solita, ¡qué pronto te quedarás sola en el mundo!» Y que esto se lo decía con los ojos muy abiertos y llorando.

La palidez de Aurelio aumentaba.

—Una tarde,—prosiguió Jacoba, enjugándose las lágrimas,—el abuelito le dió un susto muy grande; el anciano estaba tocando el violín, cuando de pronto se cayó al suelo desmayado y tuvieron que llevarle á su casa unos hombres; le acostaron en el jergón donde dormían los dos. Todo eso me dice esa niña, que me ha robado la voluntad de una manera encantadora, y expresando en su carita de serafín las impresiones de su alma.

Jacoba se detuvo, las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y su voz estaba conmovida.

Aquí hubo una pausa.

Diríase que Aurelio desistía de continuar averiguando la verdad, porque ya había reunido bastantes datos para que aumentara el sobresalto de su corazón.

De pronto se llevó la mano á la frente, y procurando serenarse, preguntó:

—¿Ha tomado chocolate la niña?

—Está en el comedor esperando al señorito.

—Pues vamos al comedor.

Solita estaba sentada junto á la mesa, mirando con cierta complacencia una bandeja llena de bizcochos y unos vasos de leche.

Aquella pobre niña no había disfrutado nunca de un desayuno tan apetitoso; acostumbrada á la miseria, su vida no era otra cosa que un prolongado lamento con estremecimientos de hambre y de frío.

Aquel comedor, en cuya chimenea ardía el fuego y por cuya ventana entraba el sol, tenía para Solita todos los poéticos encantos del Paraíso.

Pero aún no ha llegado el momento en que el narrador describa la corta y dolorosa vida de la pobre niña abandonada.

Aurelio se acercó á Solita, le dió un beso en la frente y se sentó á su lado.

—¿Qué tal has dormido?—le preguntó, mirándola con fijeza.

—Muy bien, señor; esta noche no he tenido frío... Pero ¿cuándo veré á mi abuelito?... ¿Sabe usted dónde está?

—Hoy lo sabremos, y te llevaré á que le veas.

—¡Ah! El pícaro violín... sí señor, el pícaro violín tiene la culpa de todo,—añadió la niña con una viveza encantadora.

—¿Pues qué hizo el violín?—le preguntó Aurelio.

—¡Toma! Que se perdió, ó nos le robaron; y como el abuelito le quería tanto...

—¿Y cómo fué eso?

—Pues verá usted: la noche que mi pobre abuelito se cayó desmayado en la calle, ni él ni yo nos acordamos del violín.

Pero luego me decía:

—¿Dónde está mi violín, Solita?... ¿Has visto tú mi violín?... ¿nuestro quitapesares?... ¿nuestro filoncito?...

Yo buscaba el violín por toda la casa, pero el violín no parecía. El abuelito se echó á llorar, diciendo:

—¡Qué será de nosotros sin el violín!... ¡Nos moriremos de hambre!

Y cogiéndose la cabeza con las manos, sentado en el jergón, lloraba y lloraba, sin que pareciera el pícaro instrumento. Yo lloraba también. El abuelito decía:

—Alguno me ha robado el violín. ¡Qué gente tan mala hay en el mundo! Ahora no podré pedir limosna, no podré ganarme un pedazo de pan para mi pobre Solita...

Toda la noche estuvo suspirando, y á la mañana siguiente me dijo, con una voz muy débil, que apenas le oía:

—Solita, ¿tienes hambre, hija mía?

—Un poco,—le contesté yo.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!—decía el abuelito.—Y yo no tengo fuerzas para levantarme. Mira, ponte á la puerta, y al primer vecino que pase le suplicas que entre, pues quiero decirle una cosa.

Yo me puse en la puerta, vi á un hombre y le dije que entrara...

Habló con mi abuelito, pero muy bajo, muy bajo, como que yo no oía nada. Después se marchó y vino otro señor; este señor habló también con mi abuelito, le cogió la mano, y oí que le decía:

—¡Al hospital, al hospital!

Después vinieron unos hombres y se llevaron á mi pobre abuelito; yo me quedé sola en la calle; era de noche, tenía frío y hambre, me senté en el banquillo de una puerta, sentí mucho sueño, y luego...

Solita fijó sus hermosos ojos en Aurelio, y sonriéndose, añadió:

—Luego, cuando me desperté, me hallaba junto al fuego, usted á mi lado, no tenía ni hambre ni frío, me encontraba tan ricamente; creí que

soñaba, pero no soñaba. ¿No es verdad que no soñaba?

—No, hija mía, no soñabas; yo tuve la fortuna de encontrarte en medio de tu abandono, de lo que me felicito con toda mi alma. Aquí no volverás á tener ni hambre ni frío, y como supongo que tu pobre abuelito estará inquieto ignorando tu paradero, ahora mismo voy á buscarle, para decirle que á tí no te falta nada.

—¡Ah! Sí, sí, estoy segura de que mi abuelito se habrá acordado mucho de mí. ¿Quiere usted que vaya yo también?

—No, hija mía; tú vas á quedarte aquí con Jacoba hasta que yo vuelva, y Jacoba te comprará ropa y unas botitas.

—¿De veras? ¿Y todo lo que me compre será para mí?

—¿Quién lo duda?

—¡Ah! ¡Qué contento se va á poner mi abuelito cuando me vea con mi vestido nuevo! Siempre me estaba diciendo: «Solita, cuando tenga dinero te compraré un traje nuevo de terciopelo y un sombrerito con flores y plumas». Pero como no tenía dinero, no me lo compraba nunca. ¡Pobre abuelito!

Solita tenía una verbosidad encantadora; era una de esas niñas de inteligencia precoz, cuya conversación aturde y fascina á la vez.

Aurelio tuvo que violentarse para dejarla, le dió un beso, se despidió de ella, y salió de casa.

Una vez en la calle, tomó un coche de *punto* y se hizo conducir al Hospital General, que, según la relación de la niña, debía ser el piadoso asilo en donde se hallaba su abuelito.

CAPITULO IV.

El enfermo número 10.

Efectivamente, la cama número 10 de la sala de San Sebastián la ocupaba un pobre viejo que padecía una de esas afecciones del corazón, debidas en parte á los disgustos morales y á las privaciones que proporciona la miseria, esa incansable perseguidora, ese azote terrible de los desheredados.

Este pobre viejo, consumido por los sufrimientos, se llamaba, según él mismo había dicho, Antonio Escudero; era músico de profesión, y vivía en la calle del Salitre, en una de esas casas de vecindad donde se desconocen las comodidades y que sirven de refugio á la pobreza.

Antonio Escudero habitaba un cuarto del piso bajo, que rentaba á su dueño la modesta suma

de diez y ocho reales al mes, y el pobre músico, viejo y achacoso, pues había cumplido sesenta años de edad, se hallaba reducido á la última miseria.

El mobiliario del profesor de violín se reducía á un jergón, una mala manta y una palmatoria de barro.

Los vecinos decían:

—El día menos pensado don Antonio y Solita amanecen muertos de hambre y de frío.

Acontece siempre entre los honrados inquilinos de esas pobres casas de vecindad que hay siempre alguno á quien nunca le *apean* el tratamiento, y se le antepone el *don* á su nombre de pila.

El infeliz músico era indudablemente el vecino más pobre, más desheredado de la casa, y sin embargo, todo el mundo le llamaba don Antonio; y don Antonio, para no morirse de hambre, tocaba todas las noches, arrimado á una esquina, la *Casta Diva,* el dúo de los *Puritanos* y otra multitud de reminiscencias célebres, recibiendo á veces limosna de los mismos que le daban tratamiento.

Esta respetabilidad, que no le había hecho perder la miseria, se debía sin duda á los apolilladosfaldones de su gabán, á su mugriento sombrero de copa alta, á la inefable y bondadosa

expresión de su rostro y á los cabellos blancos que coronaban su cabeza.

En voz baja los vecinos de don Antonio aseguraban que no siempre había pedido limosna, y que era tan honrado y tan hombre de bien como pícara y desnaturalizada era su hija, madre de aquella rapaza que compartía la miseria con su abuelo.

Todo esto supo Aurelio por boca de uno de los médicos del Hospital General, que era amigo suyo, y á quien pidió autorización para visitar al enfermo.

Aurelio entró en la sala de San Sebastián acompañado del mismo médico y profundamente conmovido, pues como verá el curioso lector, Valflorido conocía muy mucho al viejo enfermo abuelo de Sòlita.

En la sala reinaba el más profundo silencio, sólo interrumpido de vez en cuándo por alguna tos asmática ó algún lánguido suspiro escapado del pecho de los enfermos.

Contenía la sala unas cuarenta camas, pero sólo doce se hallaban ocupadas.

Junto á una ventana, por donde penetraba un hermoso rayo de sol, se veían dos hermanas de la Caridad sentadas; una de ellas leía en su devocionario, la otra se hallaba ocupada en hacer hilas.

Estas piadosas mujeres, que dedican todas las horas de su vida á curar á los pobres enfermos, y cuya exactitud en servirles las medicinas y los alimentos es proverbial, dirigían con frecuencia miradas al reloj, para no retardar ni un segundo las órdenes de los médicos.

El enfermo número 10, es decir, el profesor de música don Antonio Escudero, se hallaba incorporado en su cama, con la cabeza levantada por tres almohadas. Sin duda aquella posición le permitía respirar más fácilmente.

Nuestro músico era un viejecillo de fisonomía tímida, color pálido y muy demacrado.

Llevaba toda la barba, y ésta y los mechones de pelo que rodeaban su gran calva, eran de un blanco amarillento.

La expresión de sus ojos era dulce y melancólica, como la del hombre que está acostumbrado á los grandes golpes del infortunio y se resigna á soportarlos sin protestar.

Mirando con detenimiento aquella cabeza, se notaba alguna distinción, algún resto de otros tiempos que siempre acompaña á los hombres hasta el sepulcro, y que no pueden borrar del todo los mayores infortunios.

El pobre viejecillo enfermo número 10 había inspirado desde el primer momento ciertas simpatías á los médicos, á las hermanas de la Cari-

dad y á los practicantes, porque su voz dulce y tímida y sus miradas llenas de mansedumbre pedían las cosas de un modo que interesaban.

Además, á todo el mundo le había hablado de su nieta con tanta ternura, les había suplicado de tal modo que la buscaran, que el médico había dado órdenes para complacer al pobre anciano; pero desgraciadamente, el practicante que se encargó de buscar á Solita no tuvo la suerte de encontrarla, y las hermanas de la Caridad, comisionadas de participarle esta mala noticia, se vieron precisadas á decir una piadosa mentira para no afligir al pobre enfermo.

Cuando Aurelio y el médico entraron en la sala de San Sebastián, el infeliz anciano tenía su tímida mirada fija en las hermanas de la Caridad, á las que llenaba de luz un claro rayo de sol que penetraba por la ventana.

Para un enfermo viejo, para una de esas naturalezas que se encorvan hacia la tierra, agobiadas bajo el peso de los años y de las desgracias, nada es tan hermoso como el sol, que lo ilumina todo, que lo embellece todo, que lo fecunda todo.

Don Antonio contemplaba con inefable gozo esa esplendorosa luz de los cielos, pensando tal vez en el triste ocaso de su vida.

¿Qué podía esperar sobre la tierra aquel már-

tir del infortunio? Morir en la modesta cama de un hospital, solo, abandonado de aquellos seres queridos que habían sido el encanto de su existencia.

Estas ideas entristecen el espíritu, y el pobre anciano sentía allá en el fondo de su alma ese desconsuelo que produce la soledad de la vejez.

Al ruído de los pasos volvió un poco la cabeza hacia la puerta, y sus ojos se fijaron en dos personas que, hablando en voz baja, se acercaban hacia su cama.

De pronto el viejo se estremeció, y como si no quisiera dar crédito á lo que veía, sacó su mano descarnada, y frotándose con ella los ojos, murmuró estas palabras:

—Estoy soñando... No puede ser... Es imposible...

Y cerró sus párpados, pero los volvió á abrir al instante, y agrandando los ojos, muestra inequívoca de su sorpresa, fijó de nuevo su mirada en Aurelio, que avanzaba, hablando en voz baja con el médico.

Cuando llegaron junto á la cama número 10, el médico y el maestro compositor se detuvieron.

El viejo continuaba mirando á los dos visitantes con asombro superlativo. Tenía la boca entreabierta, y su mano derecha colocada sobre el pecho, como si le faltara aire con que respirar.

Aurelio le miraba también con fijeza: estaba muy pálido, pero su boca se sonreía con bondad.

El médico saludó á Valflorido, y continuó su marcha en dirección á la última cama de la sala, en donde se hallaba un pobre enfermo agonizando.

Aurelio y don Antonio continuaron mirándose con fijeza; en la mirada del enfermo se pintaba el asombro, en la de Valflorido la compasión.

Hubo una pausa.

Por fin don Antonio, después de reunir todas sus fuerzas, dijo de un modo indescriptible:

—¡Tú!... ¡Tú aquí!...

—Sí, yo aquí, querido maestro,—contestó Aurelio, sin dejar de sonreirse.—Preciso es confesar que la casualidad combina las cosas de un modo verdaderamente inverosímil... ¿No es verdad que usted no me esperaba?

—Pero ¿cómo has sabido tú que yo me hallaba en un hospital?—preguntó el viejo con desfallecido acento.

—Me lo ha dicho un ángel de la tierra.

—¿Hay ángeles en la tierra?—preguntó el anciano, dando á sus labios una expresión amarga.—Yo no he tenido nunca la fortuna de encontrarlos.

—Pues existen, querido maestro; pero ciertos ángeles, cuando llegan á la edad en que les do-

minan las pasiones, se convierten en demonios, para tormento de los hombres que abrigan en su pecho un corazón leal y una alma generosa.

El enfermo cerró los ojos, y exhalando un profundo suspiro, murmuró en voz baja unas palabras que no pudo oir Aurelio.

—No es posible, querido maestro, que usted adivine—añadió Valflorido—quién me ha indicado dónde podría hallarle, y como yo no guardo á usted ningún rencor...

Aurelio se detuvo, se llevó una mano á la frente cual si quisiera disipar ciertos pensamientos, y como el viejecillo enfermo callaba y permanecía con los ojos cerrados, pronunciando en voz baja palabras ininteligibles, volvió á decir:

—Pues sí, la que me ha indicado el paradero de usted ha sido una preciosa niña de cinco años, un verdadero angelillo de la tierra, como he dicho á usted antes.

—¡Ah, sí, sí! Efectivamente, Solita; Solita es un ángel...—exclamó el enfermo, abriendo los ojos y juntando las manos en actitud suplicante.—¿Dónde está? Por más que pregunto, por más que suplico, nadie me da razón de ella... ¡Oh! Dime por caridad, Aurelio, dime si es mi pobre, mi querida Solita la que te ha dicho donde yo me hallaba.

—Sí, maestro, ella ha sido.

Y Aurelio contó en pocas palabras cómo había encontrado á la niña.

—¡Ah! ¡Bendito, bendito seas tú, el hombre más bueno, más noble, más generoso de la tierra; tú que abrigas en el alma la más grande de las virtudes, el perdón de las ofensas! No encuentro palabras con que demostrarte mi gratitud, porque yo amo á Solita sobre todas las cosas del mundo, y tú la has librado de una muerte cierta.

Y el anciano, extendiendo sus brazos, cogió una de las manos de Aurelio y la cubrió de besos y lágrimas.

Aurelio estaba conmovido; su generoso corazón se interesaba por aquel anciano, á quien en otro tiempo había dado los respetuosos nombres de maestro y de padre.

Se sentó en una silla junto á la cabecera del enfermo, y procuró tranquilizar su agitación.

—¡Oh, Providencia, Providencia! —exclamó don Antonio, levantando la mirada hacia el cielo.—¡Qué grandes son tus actos y qué pequeño es el hombre sobre el polvo de la tierra!... ¡Tú has salvado á mi pobre Solita; tú, al inclinarte, impulsado por la caridad, sobre su cuerpo frío y exánime, estabas bien lejos de creer que la que había dado la existencia á aquella infeliz criatura era la misma que tanto te había hecho sufrir!

—En aquel momento no era fácil que sospe-

chara semejante cosa,—dijo Aurelio con acento triste;—luego, cuando la niña se repuso, cuando yo le dirigí preguntas para descubrir quién era su familia, cuando pronunció el nombre de usted, entonces, con gran asombro mío, comencé á sospechar que la madre de Solita era una mujer cuyo nombre he jurado no pronunciar nunca.

—Sí, Aurelio, sí; tu sospecha es cierta,—repuso el enfermo, moviendo la cabeza con triste expresión.—Haces bien en no querer recordar su nombre, porque te ha hecho muy desgraciado, porque es indigna de tí, porque no merece llevar tu apellido; pero yo soy su padre, Aurelio, y los padres no sabemos hacer otra cosa que perdonar.

—Yo también he perdonado, pero al mismo tiempo he borrado su nombre del libro de los vivos, y quién sabe si con los años lo borraré también de la memoria.

—Desgraciadamente, querido Aurelio, eso no lo conseguirás nunca,—murmuró el viejo en voz baja.

—Dejemos el pasado, querido maestro, y hablemos del presente; por algo ha hecho la casualidad, ó por mejor decir, la Providencia, que yo encontrara á la pobre Solita muerta de hambre y de frío dormida en el umbral de una puerta.

—Pero ahora que sabes de quién es hija Solita, ¿seguirás protegiéndola?

—Esa duda me ofende, maestro, Solita es una hija que Dios me envía, y yo la recibo con los brazos abiertos.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, hijo mío! Permíteme que te dé este cariñoso nombre, como en otros tiempos más felices,—murmuró el anciano.—Y ahora, escucha, escucha, Aurelio de mi alma, la dolorosa historia de este pobre viejo.

Don Antonio respiró con fuerza, como para renovar el aire de sus fatigados pulmones, y luego empezó su relato, no sin enjugarse antes las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Hace dos años, hijo mío, que vivo pidiendo limosna y tocando el violín de noche por las calles, para poderle dar un pedazo de pan y un albergue á mi pobre nietecilla. ¡Ah! He sufrido mucho, mucho, Aurelio; Dios ha querido ponerme á prueba, pero mis fuerzas se agotan, y esta calle de Amargura que cruzo terminará pronto. Deseaba vivir, lo confieso, pero era por mi pobre Solita; pero hoy que se halla en tu casa, hoy que tiene en tí un generoso protector, que venga en buena hora la muerte. ¿De qué sirvo yo en el mundo? De nada.

Mientras el viejo hablaba, entre sollozos y lágrimas, Aurelio tenía en él la mirada fija; aquel sér tan débil y abatido le inspiraba una compasión muy grande.

—No, maestro,—le dijo;—usted no morirá, al menos por ahora. El médico me ha dicho que no padece usted ninguna enfermedad mortal, que dentro de pocos días se hallará usted restablecido. Además, tengo un proyecto, y le necesito á usted para realizarlo.

El enfermo miraba con asombro á Aurelio, como si le extrañaran las dulces palabras que le dirigíá.

—Pero ¿no me guardas rencor por el pasado?—le preguntó.

—¿Rencor á usted? ¿Pues qué daño me ha hecho usted?

—¡Ah! Eres muy bueno, Aurelio.

Valflorido hizo un movimiento con los hombros.

—Repito, maestro, que tengo un proyecto y le necesito á usted.

—Si tú me necesitas,—contestó el viejecillo,—eso ya es distinto; procuraré vivir; pero soy un sér tan inútil...

—Nadie es inútil en el mundo si sabe emplear bien sus fuerzas, por débil que sea.

—En fin, yo haré lo que tú me mandes.

—Ante todo, le necesito á usted para que, durante mis ausencias de Madrid, se encargue de la educación de Solita; quiero hacer de esa pobre niña abandonada una mujer perfecta si es posible.

Y Aurelio, sonriéndose de un modo triste, añadió:

—Esa será mi venganza. Pero es preciso que esa preciosa niña no sepa nunca quién fué su madre, porque se avergonzaría de deberle el sér.

—Dices bien,—murmuró el viejo, enjugándose las lágrimas.

—Y ahora, ruego á usted que me diga cómo ha podido llegar hasta el punto de pobreza en que le encuentro, y quién es el padre de esa infeliz criatura que va á ser desde hoy el objeto de nuestros cariñosos desvelos. Necesito saber la historia de esos ocho años que han trascurrido desde la última vez que vi á la mujer que tan desgraciado me hizo.

—Puesto que lo quieres, te complaceré, aunque es bien poco lo que yo puedo decirte.

—Sí, lo quiero, maestro,—añadió Aurelio con acento sombrío.

Ahora el lector nos permitirá que nosotros le contemos á nuestro modo la historia de la madre de Solita.

CAPITULO V.

Nieves.

Don Antonio Escudero, primer violín de la orquesta del teatro Real, quedó viudo á los cuarenta y seis años, çon una niña que contaba entonces catorce primaveras.

Esta niña se llamaba Nieves, y la naturaleza se había complacido en adornar su cuerpo de gracias y de atractivos.

Nieves era una verdadera preciosidad femenina; la gente se detenía por las calles para admirar aquella cabecita de querubín, cuyos negros y grandes ojos se reían tanto como su pequeña boca de coral.

Pero desgraciadamente, Nieves era tan perfecta de cuerpo como imperfecta de alma, y esto había causado no pocos disgustos á su madre, que en vano procuró desde pequeña corregir los

caprichos, las extravagancias y las veleidades de su hija.

Nieves no se enmendaba, porque para defenderse de las reprensiones y de los castigos de su madre, contaba con la culpable tolerancia y el apoyo de su padre.

Esto sucede con frecuencia en el seno de las familias: cuando la madre es severa, el padre es débil, y entonces la educación de los hijos carece de esa solidez tan útil como indispensable.

En la época que nos ocupa, es decir, cuando Nieves contaba quince años de edad, el profesor Escudero tenía en su casa una cátedra de solfeo y violín, á la que acudían algunos discípulos.

Escudero se había propuesto hacer de su hija una profesora de piano, porque, sin otras rentas que su trabajo, comprendía que con el tiempo podía serle de suma utilidad la educación musical.

Entre los discípulos del profesor descollaba en primer término por su talento, su aplicación y sus bellas cualidades morales, Aurelio Valflorido, que aquel año había ganado el primer premio de violín y composición en el Real Conservatorio de Madrid.

Aurelio era el discípulo favorito, y su maestro se vanagloriaba con decir á todo el mundo estas palabras:

—Aurelio es un discípulo que puede dar lecciones á su maestro.

Valflorido tenía entonces diez y nueve años, Nieves quince, y el profesor había notado más de una vez con cierta satisfacción que los dos muchachos se miraban con muy buenos ojos.

Es indudable que don Antonio encontraba muy á su gusto las simpatías que su hija Nieves demostraba hacia Aurelio, y las que Aurelio sentía hacia Nieves, y tal vez en el fondo de su bondadoso corazón abrigaba la esperanza de formar con aquellos dos seres queridos una pareja encantadora.

Así las cosas, el ministro de Fomento pensionó á Aurelio Valflorido para ir á Roma y seguir estudiando en su arte.

La aparición del decreto en la *Gaceta* llenó de noble orgullo al joven pensionado, que se propuso no defraudar las esperanzas del Gobierno que así recompensaba su aplicación; sólo una pena afligía á Valflorido: separarse de Nieves, vivir cuatro años sin verla, porque aunque no le había dicho que la amaba, abrigaba la esperanza de ser correspondido, pues los ojos, con ese lenguaje mudo del alma, son muy poco reservados, y lo dicen todo durante el encantador período de la primavera de la vida.

Aurelio era un muchacho honrado, lleno de

esa noble ambición que constituye la fuerza creadora de los genios; sentía inflamarse su alma con ese santo fuego del entusiasmo, y se dispuso á partir para Italia ansioso de gloria y renombre.

Al despedirse de su buen maestro le dijo, abrazándole:

—Yo no olvidaré nunca que usted fué el primero que me enseñó á deletrear la música, y parto llevando la seguridad en el corazón de que usted y Nieves no se olvidarán de Aurelio Valflorido.

Nieves derramó algunas lágrimas, que, como no eran hijas del alma, carecían de ese perfume que el alma las trasmite.

Quince días después de la partida de Aurelio los negros y grandes ojos de la hija del profesor se fijaron en otro discípulo, olvidando el juramento que le había hecho á Valflorido de no borrarle de su memoria ni un solo instante.

Aurelio pasó cuatro años en Italia, escribió varias sinfonías y una ópera, que tuvo gran éxito en el teatro de la Scala de Milán.

Los aplausos del público, las alabanzas de la prensa, que le señalaban como una estrella del arte, no lograron hacerle olvidar á su primer amor, á su querida Nieves, aquella encantadora niña á quien tanto amaba; y durante sus cuatro

años de ausencia escribía infaliblemente todos los meses una carta, dándole cuenta de sus adelantos artísticos á su querido profesor don Antonio Escudero. En estas cartas iba siempre una larga posdata dedicada á Nieves.

Pero ¡ay! Nieves era una de esas mujeres que tienen la volubilidad encarnada en el cerebro, y durante la ausencia de Aurelio se ocupó más de los discípulos que veía diariamente en su casa, que del discípulo que se hallaba viajando por el extranjero; así es que la opinión de coqueta que Nieves gozaba entre los que la conocían causaba no pocos disgustos á su buen padre, sin que esto le diera valor para reprender sus veleidades.

Sin embargo, algunas veces, Escudero, revistiéndose de valor, se atrevía á dar algunos consejos á su hija; pero Nieves, soltando una intempestiva carcajada, contestaba:

—¡Bah! Yo no he nacido para monja, si no me divierto ahora, ¿cuándo quiere usted que me divierta?

A los diez y nueve años tenía Nieves un carácter dominante y muy á propósito para hacer desgraciado al hombre que se casara con ella, porque, como decía su padre muchas veces hablando consigo mismo, era preciso dejarla ó matarla.

En las frecuentes disputas, en los altercados domésticos que su carácter ligero proporcionaba al autor de sus días, Nieves no cedía nunca, y no pocas veces, dejándose llevar por su intemperancia, le amenazaba con romper las cadenas que la tenían sujeta al hogar doméstico.

El pobre don Antonio era débil y amaba con toda su alma á Nieves, y llegó á tener miedo de que cometiera alguna locura.

Nieves comprendió que dominaba á su padre, y en vez de enmendarse fué avanzando por la suave pendiente que conduce al abismo.

Reina absoluta de su casa, careciendo de esa educación del alma que proporcionan las buenas madres, cometía multitud de imprudencias, á las cuales, desgraciadamente, ella no daba importancia.

Así las cosas, el profesor Escudero recibió de Aurelio una carta fechada en París.

En ella le decía, que dentro de ocho días tendría el gusto de abrazarle, porque muchas razones le obligaban á volver á España; primera, el haber terminado la pensión de los cuatro años que le había concedido el Gobierno; segunda, la muerte de su querida madre, y tercera, el estar resuelto á establecerse en Madrid y casarse con Nieves, si ella le aceptaba por esposo.

Esta carta causó una gran alegría á la hija

del profesor Escudero, y se dió prisa en reñir con uno ó dos novios que tenía, sin otro objeto que el de matar el tiempo, como hacen las coquetas de pura sangre.

Llegó Aurelio á Madrid; el viaje había vigorizado y embellecido sus hermosas facciones; pero ni los vicios ni los placeres de Roma, Florencia, Nápoles, Milán y París habían logrado pervertir su corazón.

Amaba á Nieves con toda su alma, y ella era su único y primer amor, y creyéndola digna de darle su apellido, pidió su mano, diciendo:

—Querido maestro, creo que tengo un porvenir; además, he heredado de mi difunta madre una modesta fortuna, que me produce la renta anual de treinta mil reales; por lo tanto, me hallo en condiciones de poder mantener á Nieves con cierto decoro, y ruego á usted me conceda su mano.

Excusamos decir que el honrado maestro y su encantadora hija aceptaron llenos de gozo las proposiciones de Aurelio; dos meses después un sacerdote bendecía la unión de Nieves y Valflorido.

Aurelio había amueblado un cuarto bajo en la calle de Isabel la Católica, que es donde le hemos visto dar albergue á la niña Solita.

Jacoba, antigua criada de la casa paterna de

Aurelio, era su ama de gobierno; buena y honrada mujer, que amaba á su señorito como si fuera su hijo.

El profesor don Antonio Escudero dejó su casa y sus discípulos y fué á instalarse en la de su hija, porque al honrado músico le aterraba la idea de vivir separado de Nieves.

El primer año reinó la felicidad más completa en casa de Aurelio.

Nieves parecía enamorada de su marido, y éste, dócil, afectuoso y condescendiente, no tenía más voluntad que la de su esposa.

En cuanto á don Antonio, es inútil decir que se conceptuaba un hombre verdaderamente feliz; creía á su hija completamente trasformada, y sólo le pedía á Dios que le concediera media docena de hijos para ser abuelo.

El pobre Escudero se había dejado su cátedra de solfeo, pero continuaba siendo violín del teatro Real.

Durante este primer año, en que el sol de la felicidad cayó de lleno sobre Aurelio y su familia, el maestro compositor escribió dos sinfonías y una opereta cómica; obras que elevaron la reputación de Valflorido á una altura envidiable.

Un día Aurelio le dijo á Nieves:

—Mañana vendrá á almorzar con nosotros un amigo mío, un tenor que conocí en el teatro de

la Scala, y que está contratado para dar treinta funciones en el Real; estoy seguro de que alcanzará un gran éxito; canta admirablemente, tiene una voz de gran extensión, y es un artista perfecto. Los madrileños se volverán locos oyéndole *La Favorita, Los Hugonottes* y *Rigoletto;* así pues, querida Nieves, deseo obsequiarle mañana; dispensa esta pequeña molestia que te proporciono, pero es preciso quedar bien con los amigos que nos han obsequiado con esplendidez en el extranjero.

¡Ah! Estos elogios despertaron en el corazón de Nieves cierto deseo de conocer al tenor que tanto celebraba su marido; pero el pobre Aurelio estaba bien lejos de sospechar que con sus palabras colocaba la primera piedra en el edificio de su infortunio, de su desgracia.

A las once y media de la mañana del día siguiente la mesa estaba dispuesta con un lujo inusitado en la casa, pues era preciso obsequiar al tenor italiano.

Nieves, obedeciendo á esos impulsos de la coquetería, que por espacio de quince meses se habían adormecido en su alma, se vistió y se peinó con más esmero que nunca, deseando producir un buen efecto al convidado.

Y en verdad que aquella mujer estaba encantadora, irresistible; poseía una de esas hermosu-

ras que hieren vivamente más á la materia que al espíritu.

A las doce en punto el tenor Pórteci se presentó en casa de Aurelio.

Pórteci era un Apolo un tanto afeminado; la frescura de su cutis, la languidez de sus grandes ojos azules, el vivo carmín de sus labios, sus largos y brillantes cabellos castaños formaban un conjunto de belleza maravillosa.

Aquel hombre, vestido de mujer, hubiera podido representar á la perfección el papel de *Doña Juanita* en la opereta del mismo nombre.

Nieves, al verle, tuvo que hacer un esfuerzo para dominar el efecto que le causaba; este efecto debía crecer viendo en la escena á aquel hombre abrumado por los aplausos del público.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

El tenor Pórteci, durante el almuerzo, estuvo muy obsequioso con Nieves, y más de una vez sus ojos se fijaron con excesiva tenacidad en los ojos de la esposa de su amigo.

Aurelio era, como todos los hombres de alma noble y generosa, muy confiado, y no advirtió aquellas miradas, harto imprudentes para una primera entrevista.

Después del almuerzo pasaron desde el comedor al gabinete de estudio; allí se habló mucho de música; Nieves tocó al piano unas varia-

ciones de gran ejecución, escritas por su marido, y Pórteci cantó el aria de *La Favorita* y dos ó tres piezas más.

Nieves le acompañó al piano, y los tres músicos pasaron una tarde encantadora recordando las sublimes bellezas del arte.

Al despedirse, Nieves notó con cierta satisfacción que el tenor Pórteci le apretó la mano más de lo que permiten la buena y honrada amistad que un hombre siente hacia la mujer de su amigo.

Aquel apretón de mano, acompañado de una mirada expresiva, fué, por decirlo así, la primera declaración de amor que hizo Pórteci á Nieves.

Aurelio no vió nada, no sospechó nada; pero ¿cómo era posible que él creyera á su esposa capaz de una liviandad?

En la vida real se encuentran con frecuencia esos maridos, excesivamente confiados, que no por eso dejan de ser menos temibles el día que se arrancan la venda y ven la espantosa verdad que les ha tocado en suerte.

Pórteci tuvo un verdadero triunfo la noche de su estreno.

Nieves se hallaba en el teatro Real y le aplaudía con frenesí, arrojándole á la escena un ramo de violetas que poco antes le había regalado su marido.

Aurelio encontró muy natural este arranque, porque para todo el que tiene sangre de músico en las venas, oir á un tenor que canta maravillosamente y que es al mismo tiempo artista de pura raza, es trasportarse á las regiones vertiginosas del entusiasmo.

Desde aquella noche el carácter de Nieves sufrió un cambio notable.

Aurelio no se explicaba la razón de aquel cambio.

Nieves estaba enamorada de Pórteci, ó por mejor decir, quería á aquel hombre con la impetuosidad de la mujer que no sabe dominar sus pasiones, que desconoce la delicada hermosura del rubor y las imperiosas leyes del deber.

Aurelio, sin embargo, no sospechaba nada, y eso que Pórteci iba con mucha frecueneia á almorzar con él.

El viejo profesor, que conocía las veleidades de su hija, que tantos disgustos le había dado de soltera, estaba inquieto, porque no pasaban inadvertidas para él las coqueterías de Nieves con el tenor.

Comprendiendo que su hija caminaba por una pendiente resbaladiza y peligrosa, quiso darle un consejo, pero Nieves se encogió de hombros, despreciando las prudentes advertencias de su padre.

Todos los amigos de Aurelio criticaban en voz baja la conducta de su mujer, arrastrando por el lodo la honra de aquel hombre de bien, que vivía confiado y sin el menor recelo.

Así las cosas, llegó un día fatal; un día en que Aurelio vió muerta la paz de su espíritu, muerta la felicidad de su hogar doméstico, y comenzaron para él las inquietudes y los recelos.

Este principio de su *víacrucis* lo causó una carta, una carta anónima que llenó de amargura y de desconsuelo su corazón.

CAPITULO VI.

Entre la vida y la muerte.

La carta decía así:

«Pobre ciego, que miras y no ves; pobre confiado, que no adviertes que te ponen en ridículo.

»¿De qué te sirve el talento, Aurelio? Tu mujer y el tenor Pórteci se aman; todos tus amigos lo saben y lo deploran; todos tus amigos critican en voz baja la incalificable conducta de Nieves, y repiten aquella célebre redondilla de *El hombre de mundo,* que dice:

¡Qué ridículo papel
Entre nosotros hacía!
Todo Madrid lo sabía,
Todo Madrid, menos él.

»Yo, que me compadezco de tí, te doy este aviso para que evites de una vez y pronto el ridículo que arrojan sobre tu nombre ilustre.

»Antes de coger la pluma para escribirte esta carta he vacilado mucho; pero por fin me he decidido á arrancarte la venda que ciega tus ojos, no sin deplorar el disgusto que te causo.

»Nada de precipitaciones, nada de escándalo; cumple como hombre digno; defiende tu honra, salva tu decoro amenazado.

»Yo comprendo que, después de leer estas líneas, se necesita mucho valor para contenerse; pero confío que tú lo tendrás y sabrás cumplir con tu deber.»

Aurelio se quedó aterrado. Su primer impulso fué buscar á Pórteci y abofetearle; pero afortunadamente, se contuvo y meditó sobre su situación.

—¿Será verdad esto?—se dijo, leyendo por segunda vez la carta.—No hay anónimo que no sea infame; un amigo leal, un amigo verdadero debe presentarse frente á frente y decirnos con ese lenguaje de la franqueza honrada: «Yo he observado esto, y el deber me obliga á decírtelo». Pero ¡ah! no tódos los amigos tienen bastante valor para clavarle á uno un puñal en el corazón.

Aurelio leyó por tercera vez la carta; como no sabía fingir, estuvo triste y preocupado durante el almuerzo.

Nieves le dirigió dos ó tres veces la palabra, preguntándole la causa de su tristeza, porque

nada preocupa tanto á una mujer culpable, á una esposa que falta á sus deberes, como notar en su marido un cambio de carácter.

Aurelio, queriendo desorientar la curiosidad de Nieves, y con el objeto de que no sospechara nada, le dijo dominándose:

—Querida Nieves, este malestar que en mí notas, tiene por causa una pequeña pérdida que ha sufrido nuestra fortuna, porque bien sabe Dios que yo quisiera ser inmensamente rico, sólo por rodearte á tí de comodidades, de lujo, de esplendor.

Nieves quedó tranquila.

Aurelio se propuso espiar á su esposa, y comprendió que para descubrir la verdad era preciso acostumbrarse al fingimiento.

Esto le violentaba mucho, pero era preciso, y se resignó.

Dos veces á la semana almorzaba el tenor Pórteci con ellos: Aurelio hacía heróicos esfuerzos para aparecer sereno y confiado; pero no tardó mucho en persuadirse de que efectivamente entre Pórteci y Nieves había algo más que una buena y decorosa amistad.

Mientras tanto, llegó el día en que los periódicos y los carteles del teatro Real anunciaron las dos últimas funciones del tenor Pórteci.

Aurelio había observado que algunas maña-

nas, á eso de las nueve, Nieves, con su libro de oraciones en la mano, salía de casa.

Aurelio se propuso saber adónde iba su esposa, y una mañana la siguió, embozándose bien en su capa.

Nieves estaba tan confiada del bondadoso carácter de Aurelio, que ni una sola vez volvió la cabeza para saber si alguien la seguía: esto la perdió.

Caminaba con paso ligero y con el velo de la mantilla echado sobre el rostro.

Diríase que tenía impaciencia por llegar, y así era efectivamente, pues el tenor Pórteci, á cuya casa se dirigía, salía aquella misma noche de Madrid para San Petersburgo.

Cuando Aurelio vió entrar á su mujer en casa del tenor sintió un brusco estremecimiento en el pecho, se oscureció la luz de sus ojos y zumbaron sus oídos.

Como si le faltaran las fuerzas, tuvo necesidad de apoyarse en la pared.

Le parecía un sueño, porque aunque el anónimo le había hecho vivir alerta, no se resignaba á darle crédito.

Cuando Aurelio entró en el portal de la casa, oyó que se cerraba la puerta del piso principal donde vivía Pórteci.

Comenzó á subir las escaleras muy despacio,

porque se ahogaba y le latía el corazón de un modo violento.

En aquel instante la idea de matar á los dos cruzó por su cerebro; pero Aurelio no llevaba armas, no las había tenido nunca, y pensó que ir á comprar un revólver era perder la ocasión de sorprender á los culpables.

Una circunstancia fatal para los amantes favoreció al marido burlado, pues cuando iba á tirar del llamador de la campanilla, se abrió la puerta y un hombre al salir tropezó con Aurelio.

Aquel hombre era un *avisador* del teatro Real; Aurelio le cogió precipitadamente por un brazo, le hizo salir violentamente y entró él en la casa, cerrando detrás de sí la puerta.

Se encontró solo en el recibimiento.

Aurelio conocía la casa de Pórteci como la suya.

El tenor vivía solo con su ayuda de cámara francés, que le acompañaba por todas partes.

Valflorido tomó por un pasillo, procurando hacer el menor ruído posible.

A manera que avanzaba iban redoblando los latidos de su corazón; llegó á una puerta de escape que daba paso á la alcoba y gabinete del cantante.

Aurelio empujó suavemente aquella puerta y entró en la alcoba.

Reinaba una semioscuridad ; las puertas-vidrieras estaban cerradas y corridos los visillos.

Aurelio, conteniendo su angustiosa respiración, avanzó poco á poco y vió á través de los visillos á Nieves, á su culpable esposa, sentada sobre las rodillas del tenor Pórteci.

Aquella infame rodeaba con uno de sus brazos el cuello de su amante.

Aurelio vió un resplandor de sangre ante sus ojos; hubiera querido contenerse, oir lo que hablaba aquella adúltera, pero no pudo; un terrible rugido se escapó de su pecho, y abriendo bruscamente las puertas de la alcoba, se presentó en el gabinete.

Nieves, al ver á su marido, lanzó un grito de espanto, se puso en pié y corrió con vertiginosa rapidez hacia la puerta.

Pórteci, pálido como un cadáver, se quedó inmóvil junto al sofá, mirando á su amigo.

Comprendió que su situación era grave; no podía negarle á Valflorido lo que él mismo había visto; se encontraba delante de un enemigo irreconciliable, y aquella aventura, que había comenzado con un beso de amor, era muy fácil que concluyera sobre un charco de sangre.

Entonces sucedió un accidente imprevisto. Aurelio, con la mirada fija en el tenor, el rostro arrebatado, como si toda la sangre de su cuerpo

afluyera á su cabeza, avanzó hacia el sofá sin pronunciar una palabra; pero antes de llegar extendió los brazos como para coger del cuello á Pórteci, cuando de pronto cayó al suelo como si le hubiera herido un rayo en mitad del cráneo.

El tenor retrocedió aterrado hacia la puerta del gabinete.

Allí se detuvo. Aurelio, tendido al pié del sofá, permanecía inmóvil como un cadáver, con los puños cerrados y los brazos extendidos á lo largo por encima de la cabeza.

Pórteci le creyó muerto, y comenzó á llamar á voces á su ayuda de cámara.

Aterrado ante aquel acontecimiento, sin explicarse cómo Aurelio había podido entrar hasta su gabinete, llegó á la puerta de la escalera pidiendo socorro, sin que su ayuda de cámara se presentara.

A las voces subió el portero y acudieron algunos vecinos.

Todos conocían al célebre tenor, tan aplaudido del público madrileño.

Con acento conmovido refirió lo que le sucedía; se buscó precipitadamente á un médico, se colocó el exánime cuerpo del músico sobre el sofá, se le sangró del brazo, y se le prestaron todos los auxilios propios del caso.

Entonces, algo más tranquilo el tenor, recor-

dó que sus compromisos artísticos le obligaban á salir aquella misma noche de Madrid, pues debía debutar en el teatro Imperial de San Petersburgo doce días después.

Se dispuso trasladar á Aurelio á su casa en una camilla, puesto que el enfermo se hallaba en un estado de completa insensibilidad, y así se hizo.

Cuando el tenor se quedó solo, al dirigirse á su gabinete se encontró á Nieves, pálida y con el cabello descompuesto, pero más hermosa que nunca.

—Ya supondrás—le dijo Nieves con nervioso acento—que después de lo que ha pasado yo no puedo volver á mi casa; llévame contigo.

—Piensa que lo que me propones es una locura,—le contestó Pórteci.

—¿Serías capaz de abandonarme?

—No; y puesto que lo quieres, partiremos juntos,—repuso el tenor;—pero tu marido está muy grave, el médico desconfía de salvarle.

—¿Y qué me importa á mí mi marido? Para mí ha muerto desde el instante que te conocí.

Y aquella mujer adúltera, aquella infame, se arrojó en los brazos de su amante.

. . . .

. . . .

Durante un mes Aurelio luchó con la muer-

te: de esta ruda batalla venció por fin la juventud, y por fin llegó un día en que los médicos aseguraron á Jacoba y á don Antonio que el peligro había cesado y que el enfermo iba á entrar en la convalecencia.

Aquella misma noche don Antonio le dijo al ama de gobierno:

—Señora Jacoba, según la opinión de los médicos, el pobre Aurelio se halla fuera de peligro; y como es natural, cuando comience á despejarse su cabeza querrá saber ciertas cosas que á todos nos afligen. Yo confieso que no me siento con fuerzas para contárselas; así pues, comprendiendo que ya no hago falta en esta casa, donde pensaba terminar mis días, mañana muy temprano cogeré mi cofre, mis cuatro trastos y mi violín, y me marcharé de aquí, para no volver más. Cuando Aurelio pregunte por mí, me hará usted el favor de darle una carta, que yo dejaré sobre el mármol de la chimenea.

Jacoba trató en vano de disuadirle, suplicándole que no se marchara.

—No, Jacoba, no,—le dijo el honrado músico.—Después de lo que ha hecho mi pícara hija, esa infame á quien Dios confunda, yo no puedo vivir bajo el mismo techo que Aurelio, á quien amo con toda mi alma; me avergonzaría siempre que me mirara á la cara.

Al día siguiente, el honrado músico don Antonio Escudero abandonó la casa de su querido discípulo, sin decir adónde iba. Todas las lágrimas, todas las súplicas fueron inútiles para detenerle.

Dos practicantes del hospital cuidaban del enfermo, y además Jacoba y don Antonio.

Aurelio había pasado un mes sin conocer á nadie; los dos temas eternos de sus frecuentes delirios eran la música y Nieves.

Cuando la fiebre cedió, cuando se fortaleció el cerebro y Aurelio recobró el conocimiento, llamó con desfallecida voz á su ama de gobierno.

Esta entró corriendo en la alcoba.

—Jacoba,—le dijo el enfermo,—tú no me has engañado nunca: dime por caridad qué es lo que me ha pasado, porque yo quiero recordarlo, y me parece espantoso.

Y bajando la voz, como si tuviera miedo de oir él mismo lo que iba á preguntar, añadió:

—¿Y Nieves?... ¿Dónde está Nieves?

Jacoba se echó á llorar.

Aurelio guardó silencio, porque aquellas lágrimas eran una afirmación de la desgracia que poco á poco iba recordándole su débil memoria.

CAPITULO VII.

Duelo á muerte.

Tres días después, Aurelio se hallaba notablemente mejorado; se veía en él deseo de vivir, de abandonar el lecho; pero con gran asombro de Jacoba, no le preguntaba ni por Nieves ni por don Antonio.

El ama de gobierno creyó que había llegado el momento de entregarle la carta, y una mañana le dijo:

—Señorito, el pobre don Antonio ha cuidado á usted durante un mes con todo el cariño de un padre; pero así que los médicos nos dieron la buena noticia de que había pasado el peligro, se empeñó en marcharse de casa, y no pude hacerle desistir de su empeño por más que le supliqué. Al irse me entregó una carta para usted, encargándome que dejara pasar unos días y que se la

entregara á usted en cuanto le viera restablecido del todo.

Aurelio cogió la carta y la dejó sobre la mesa de noche.

—Ya sabes—dijo—que los médicos me han dado de alta; voy, pues, á levantarme un poco. Dame la bata y ayúdame, proque no estoy fuerte del todo.

Poco después Aurelio se hallaba sentado en una butaca junto á la chimenea, y entonces leyó la carta de su padre político.

Decía así:

«Hijo mío: Dios ha querido salvarte de la muerte; bendito sea Dios. Me despido de tí para siempre: al separarme, al abandonar tu casa, en donde he pasado los días más felices de mi vida, me llevo el corazón hecho pedazos.

»Yo siento en el fondo de mi conciencia una voz que me acusa, y me falta el valor para vivir á tu lado, porque cada beneficio que de tí reciba será un remordimiento para mi alma.

»Cuando hace dos años me pediste la mano de mi hija, yo debí decirte: Aurelio, olvida á Nieves, no pienses en unirte con ella, porque su carácter caprichoso y exigente no se detiene por nada ni por nadie, y una mujer así no puede hacer la felicidad de su marido.

»Esto debí decirte, y no te lo dije; era padre,

y mi hija me había jurado que te amaba con todo su corazón.

»Lo que ha sucedido es una gran desgracia para todos; yo ignoro dónde se halla Nieves; no he vuelto á verla ni á saber de ella desde el día funesto que te trajeron á casa en una camilla casi muerto; supongo que huyó con su amante. Olvídala y perdónala; bastante castigo lleva con su misma culpa.

»Nieves ha muerto para tí y para mí; si algún día vuelves á encontrarla ante tu paso, escúpela al rostro, despréciala y sigue tu camino; ésa debe ser tu venganza, como hombre honrado, bueno y generoso.

»Afortunadamente, no habéis tenido hijos; ningún lazo os une por lo tanto. Ella es indigna de tí; hazte superior á tan grande desgracia, y procura borrar su nombre de tu memoria.

»Me separo de tí, porque no tengo valor para verte sufrir. Mi vida será triste y solitaria; mientras mi mano pueda sostener el arco del violín y mis ojos descifrar las notas del pentágrama, me ganaré la vida como pueda, y siempre con honradez; luego Dios dispondrá lo que tenga por conveniente.

»Sé feliz, hijo mío, si es que puedes serlo á pesar de la profunda herida que ha abierto en tu corazón una mujer infame y desnaturalizada. Sé

feliz y no guardes ningún rencor á este pobre viejo que se enorgullece de haber sido tu maestro, y que llevará siempre en el alma el remordimiento de haberte concedido la mano de su hija.—*Antonio Escudero.*»

Aurelio leyó la carta derramando lágrimas; luego la guardó en el bolsillo de su bata, diciendo:

—Hace bien: todos nuestros lazos se han roto; ni yo mismo sé lo que será de mí, y sin embargo, ese pobre viejo me inspira lástima.

Quince días después, Aurelio se hallaba completamente restablecido, y consultó á su médico si podría hacer un viaje á París y á Italia.

Los médicos le contestaron:

—Tenemos la primavera llamando á la puerta; es el tiempo más á propósito para viajar, y una excursión por Francia ó Italia sería muy conveniente para la salud de usted.

Aurelio salió de Madrid en el *expres* de Francia treinta horas después.

Sabía por los periódicos que el tenor Pórteci, concluído su compromiso en el teatro Imperial de San Petersburgo, debía cantar durante el mes de Abril en el teatro de la Gran Ópera de París.

Aurelio llegó á la capital de Francia y se instaló en el hotel del Louvre, que era donde estaba también hospedado el célebre tenor.

Preguntó al camarero qué cuarto ocupaba Pórteci, y le dijo que el número 12 del piso segundo.

Aurelio Valflorido, con una calma inalterable, como el que ha medido de antemano lo que va á hacer, se dirigió al cuarto del tenor.

Pórteci se hallaba almorzando con cuatro amigos; reinaba gran algazara, cuando se abrió la puerta y vió aparecer como un fantasma á Aurelio.

El maestro compositor, con el sombrero en la mano, vestido de negro como si se tratara de una visita de etiqueta, pálido, pero sereno, saludó con una ligera inclinación de cabeza.

Pórteci se puso en pié como impulsado por una fuerza superior á su voluntad, y su rostro adquirió la lívida palidez de la muerte.

Sus amigos comprendieron que allí sucedía ó iba á suceder algo grave: dejaron de reirse.

Aurelio, antes de hablar, dirigió una mirada en derredor suyo como buscando algo, tal vez á una mujer; pero en el cuarto no había más que cinco hombres.

La situación del tenor era violenta; hacía esfuerzos por serenarse: imposible.

Aurelio dijo con gran calma:

—Señor Pórteci, vengo exprofeso desde España en busca de usted para que me conceda la

honra de batirse conmigo á muerte. Como soy el agraviado, elijo la pistola á veinte pasos de distancia; creo que usted será bastante caballero para concederme lo que le pido.

Aurelio parecía un muerto que hablaba; su voz era impotente; su mirada, fija en el tenor, serena y melancólica; en sus labios vagaba una sonrisa que estaba en contraposición con sus palabras.

—Estoy á las órdenes de usted, caballero,—contestó Pórteci, dominando apenas el temblor convulsivo que agitaba su cuerpo.

Aurelio volvió á saludar, y dijo:

—Doy á usted las gracias por su condescendencia, y suplico á estos caballeros me concedan el honor de apadrinarme. Acabo de llegar á París, y no conozco á nadie.

—Con mucho gusto, caballero,—dijo uno de ellos;—pero para apadrinar un duelo es preciso saber la causa que lo motiva.

—¿No les bastará á ustedes—añadió Aurelio—que el señor Pórteci declare que hay motivo sobrado entre nosotros dos para llevar á cabo un duelo á muerte?

—Sí, nos basta,—añadió el amigo.

—Este caballero tiene razón; yo le he ofendido de un modo grave,—repuso Pórteci;—me batiré con él, puesto que así lo quiere; acepto todas

las condiciones que imponga y las armas que elija, pero antes quisiera decirle cuatro palabras en voz baja.

Los padrinos se levantaron como para salir del cuarto.

El tenor añadió:

—No hay necesidad de que ustedes salgan; bastará con que el señor Valflorido me conceda el favor de acercarse á esta ventana.

Aurelio se acercó adonde estaba Pórteci, y éste le dijo en voz muy baja:

—Señor Valflorido, vamos á batirnos por una mujer que no lo merece.

Aurelio hizo un gesto de disgusto.

—Ruego á usted que me escuche,—añadió el tenor;—lo que voy á decirle no es un pretexto para evitar el duelo, es un descargo de mi conciencia. Nieves no amó á usted, no me amó á mí y no amará á nadie; es una voluble mariposa con alas de oro, que ni se detiene ni se fija en nada; apenas llegamos á San Petersburgo, me dejó á mí por irse con un noble ruso que iba á emprender un viaje por Asia, y tengo la seguridad de que á estas horas se habrá cansado del moscovita, cambiándole por otro amante. Así pues, me atrevo á aconsejarle á usted que no se tome el trabajo de buscar á esa mujer; no vale la pena.

—Nieves ha muerto para mí, caballero,—con-

testó Valflorido.—Me importa poco que cambie de amante cada quince días; la desprecio, y no me ocupo de ella. Pero usted, señor Pórteci, abusó de mi amistad y fué el primero que obligó á faltar á su deber á esa desdichada; así pues, usted ó yo estamos de más en el mundo.

El tenor, que era un hombre valiente, saludó á Aurelio, y le dijo:

—He descargado mi conciencia y he cumplido con mi deber; ahora, caballero, me tiene usted á sus órdenes.

. . . .

Los periódicos y los carteles habían anunciado para el día siguiente *La Favorita,* que iba á cantar por la primera vez en París el tenor Pórteci; pero á las doce de la mañana comenzó á correr la noticia de que al célebre cantante le había sucedido una gran desgracia, y que estaba gravemente herido.

Se decía entre los aficionados á la buena música, entre los amantes de la ópera italiana, que Pórteci, examinando unas pistolas que ignoraba estuviesen cargadas, se le había disparado una, introduciéndosele la bala en el pecho.

La noticia cundió por el mundo filarmónico de París; todo el mundo lamentaba la desgracia, y los *dilletantti* corrieron á inscribir sus nombres en la lista que en el lujoso portal del hotel del

Louvre se había puesto, encabezada con el dictamen facultativo, que por cierto era alarmante.

Y efectivamente, aquella misma noche se divulgó por París la infausta noticia de que el célebre tenor Jacobo Pórteci había muerto.

Sus admiradores, después de lamentar el desgraciado suceso en todos los tonos, hicieron lo último que se puede hacer por un hombre de mérito á quien se distingue y se aprecia; es decir, acompañarle al Camposanto y depositar una corona sobre su tumba.

En verdad que el entierro de Jacobo Pórteci dejó un gran recuerdo en París; toda la aristocracia le envió sus coches, como una prueba del último tributo que rendían á la prodigiosa garganta del tenor.

La muerte de Pórteci se comentó de mil modos durante quince días, y no faltó algún amigo íntimo del difunto que asegurara que el célebre tenor, que todos lloraban, se había batido con un español, recibiendo un balazo, á veinte pasos de distancia, en el pecho; y que aunque los dos combatientes habían callado la causa de aquel duelo á muerte, se sospechaba que la culpa de todo la tenía una *ella* que nadie conocía.

Después de este lance, que creemos inútil detallar á nuestros lectores, Aurelio se dirigió desde París á Roma, permaneciendo dos años

en Italia, escribiendo algunas obras musicales notables.

Aurelio, á pesar de sus triunfos, no podía desechar la tristeza de su espíritu, porque el que mata á un hombre siempre lleva una espina clavada en el alma.

Así pasaba el tiempo: Aurelio puede decirse que tenía algo del judío errante. Como si el movimiento le distrajera de su eterna melancolía, pasaba tres meses en Madrid y el resto del año en el extranjero.

Todo el desprecio, todo el aborrecimiento que le inspiraban las mujeres, iba aumentando el cariño, las simpatías que siempre había sentido hacia los niños, porque el alma del maestro compositor había nacido para amar, y el amor le hacía falta para vivir.

Trascurrieron ocho años. De la mente de Aurelio comenzaba á borrarse el recuerdo de aquella mujer infame á quien tanto había amado y que tan desgraciado le había hecho.

No había vuelto á saber nada de Nieves, y por su parte nada había puesto tampoco para saber su paradero.

Recordando las palabras que le había dicho Pórteci la víspera de su duelo, suponía que Nieves se hallaría en Rusia, y algunas veces solía decirse:

—Tal vez ha muerto; pero ¿qué me importa esa mujer? Aunque viva en el mundo, me es igual; para mí no existe.

Como hemos dicho, Aurelio frecuentaba las más brillantes reuniones de Madrid, y una noche, saliendo de casa de un duque, con quien había comido, fué cuando, como recordarán nuestros lectores, encontró á la pobre Solita adormecida en el quicio de una puerta por el frío y el hambre.

CAPITULO VIII.

El abuelito.

Mientras tanto, el profesor de violín, don Antonio Escudero, vivía solo en un viejo sotabanco de la triste calle del Conde de Paredes, y allí el pobre músico él mismo se guisaba, se barría y se fregaba.

Aquel infeliz viejo tenía todo el aspecto de un alma triste que va por el mundo buscando un cuerpo donde refugiarse.

Ni un solo momento se borraba de su memoria el recuerdo de Nieves y Aurelio, y muchas veces se pasaba largas horas sentado junto á la pequeña ventana de su sotabanco, con las manos sobre las rodillas, la mirada fija en el suelo y los ojos llenos de lágrimas.

Este dolor inagotable, esta soledad desconsoladora, esta eterna melancolía fueron poco á poco

debilitando el cerebro de don Antonio, con lamentable perjuicio de su bien sentada reputación de profesor de violín, pues sus distracciones le hacían no pocas veces cometer ciertas salidas de tono, ciertas discordancias inarmónicas, que ponían nerviosos al director de orquesta y hacían reir á sus compañeros.

El director, desde el día que comenzó á notar estas distracciones, le reprendió con dulzura y respeto; pero continuaban con frecuencia, subió de punto el disgusto del director, y por fin una noche, que una intemperancia del violín de don Antonio produjo una silba acompañada de carcajadas, el maestro, al terminar el acto, le dijo con gravedad:

—Señor Escudero, en vista de que usted no se enmienda, y cada noche vamos de mal en peor, yo no puedo tenerle á usted más tiempo como primer violín de mi orquesta, pues me compromete con sus desafinaciones.

Don Antonio exhaló un suspiro, enfundó su violín, y conociendo que tenía razón de sobra el maestro para despedirle, dirigió una mirada triste á sus compañeros, les saludó con varios movimientos de cabeza, y salió del teatro con los ojos llenos de lágrimas.

Desde el Real, don Antonio descendió á un teatrillo de mala muerte, donde ganaba diez

reales diarios y algunas copias que le proporcionaban los encargados del archivo de la Zarzuela.

Por esta época, un día que se hallaba copiando junto á la ventana de su sotabanco, oyó que que llamaban á la puerta.

Nadie visitaba á don Antonio, si se exceptúa al avisador del teatro; fué á abrir, y vió con gran sorpresa que era una señora modestamente vestida, que llevaba una niña de dos ó tres años en los brazos. Aquella mujer se arrojó al cuello del músico, y éste lanzó un grito, pues acababa de reconocer á su hija Nieves.

El primer impulso de Escudero fué rechazar á su hija; pero Nieves, cerrando la puerta, dijo:

—Padre mío, soy muy culpable, lo sé; y conociendo su honradez, no vengo á pedirle hospitalidad para mí, sino para mi pobre hija, para su nietecita de usted.

Y al mismo tiempo Nieves le presentó una niña, que era hermosa como un serafín y extendía los bracitos sonriéndose como si la hubieran enseñado el modo de conquistarse el corazón de su abuelo.

El músico no tuvo valor para rechazar aquel pequeño ángel que le miraba sonriéndose; le cogió en sus brazos y le besó llorando.

Don Antonio era una alma cándida, sencilla, exenta de rencor.

—Siéntate,—le dijo á su hija sin soltar á la niña que tenía entre sus brazos,—descansa, porque estás fatigada, y luego dí lo que quieras.

Don Antonio y su hija entraron en la modesta sala del sotabanco. Desde este momento, Nieves comprendió que había ganado la batalla.

—Padre,—repuso,—vivo con un hombre grosero que me maltrata, y lo que es peor, comienza á maltratar á esta pobre niña que no es su hija. Muchas veces he querido romper los lazos que me unen á ese hombre, no puedo; cuanto más me pega más le amo; es sin duda un castigo que Dios me impone. Pasado mañana salimos de Madrid en dirección á Londres, y vengo á suplicarle á usted que se quede con esta niña, que cuide de ella, porque temo que la mate el día menos pensado de un golpe.

Y Nieves, cayendo de rodillas á los piés de su padre, exclamó:

—Por el santo recuerdo de aquella mujer que me llevó en sus entrañas, no rechace usted el depósito que vengo á hacerle. Yo procuraré siempre que pueda mandarle á usted algún dinero; salve usted á su nieta, salve usted á la hija de mi alma, ya que su madre se ha perdido.

Don Antonio continuaba con la niña en brazos y mirando á Nieves con fijeza.

—Pero esta niña ¿de quién es hija?...

—De un noble ruso llamado el conde Tomkol, á quien abandoné en mal hora por seguir al hombre que hoy me llama su esposa, de quien acabo de hablar á usted. Nada pido para mí; sé que debe usted despreciarme, pero compadézcase usted de este pobre ángel, de esta inocente criatura, porque si permanece á mi lado temo por su vida; dislocará sus huesos, la maltratará cruelmente, hará de esta pobre niña un objeto de especulación. Yo sigo á ese hombre sin explicármelo á mí misma; tiene algo que me fascina, que me subyuga, que me atrae; aunque me maltrate, le seguiré al fin del mundo que vaya. No me compadezca usted; soy una miserable, una mujer perdida. Cuando el hombre con quien vivo se emborracha con aguardiente, me emborracho yo también, porque así siento menos los golpes que su brutalidad me prodiga. Conozco, padre mío, que esto que estoy diciéndole á usted es horrible, es espantoso, pero es la verdad. Salve usted á mi hija, salve usted á esta pobre niña, evite el que el día menos pensado la abandone en medio del arroyo por mandato del hombre que me domina.

Don Antonio se quedó aterrado ante la degradación de su hija. Le pareció imposible que Nieves hubiera descendido tanto en el abismo de la ignominia, en el lodo del vicio.

La niña se había dormido con su cabecita de querubín apoyada en el hombro de su abuelo.

Don Antonio, sin moverse para no despertar á la infeliz criaturilla, repuso:

—Dices bien... Este ángel no debe mancharse con tu contacto... vete... vete... Yo me quedo con la niña, será mi consuelo; Dios velará por nosotros, porque en Él pondremos nuestra confianza.

Nieves, impresionada por su relato y por las palabras de su padre, llevó á cabo un acto de humildad reñido con su vergonzosa conducta: besó los piés de aquel anciano, y luego, levantándose, dijo:

—Gracias, padre; procuraré no olvidarme de mi hija.

Nieves iba á dar un beso á la niña, y don Antonio le dijo con sequedad:

—No la toques... Vete... Tus besos manchan, deshonran.

Aquella infeliz exhaló un suspiro y salió de la habitación.

Don Antonio se quedó solo con la niña en los brazos.

Estaba aturdido, no sabía lo que le pasaba. Él mismo se asombraba de la crueldad, impropia de su carácter, empleada con Nieves.

Colocó á la niña, que continuaba dormida,

en su pobre cama; luego cayó de rodillas, juntó las manos, elevó los ojos al cielo, y lloró.

Poco á poco se fué serenando; se levantó y se puso á pensar en su situación.

Una niña de dos años de edad era un engorro para el pobre músico, que pasaba fuera de su casa desde las siete hasta las doce de la noche ó una de la madrugada.

Era preciso buscar alguien que cuidara de la niña durante esas horas.

Se acordó de una vecina del sotabanco inmediato, esposa de un modesto empleado, que tenía tres hijas pequeñas.

Mientras la niña dormía pasó á ver á la vecina, y le contó, con los ojos llenos de lágrimas, lo que le acontecía.

Los pobres se protegen siempre que pueden, porque comprenden, por experiencia propia, las penalidades de la vida, y se dejan llevar por los impulsos de su corazón.

La nietecita de don Antonio halló una madre en la vecina de su abuelo.

Nieves se había marchado sin decir el nombre de la niña, y don Antonio la bautizó desde aquel día con el nombre de Soledad.

—Tenga el nombre que tenga,—se dijo el músico,—yo seguiré llamándola Solita, porque siendo, como ha dicho Nieves, hija de un conde

ruso, de seguro que tendrá un nombre difícil de pronunciarse en español.

Al día siguiente recibió una carta don Antonio y una poca ropa que le enviaba su hija.

La carta decía así:

«Padre mío: Parto esta noche; le envío á usted la ropa de mi hija, y una cartera en donde encontrará unos papeles que pertenecen al padre de mi desgraciada Olga (éste es el nombre de la niña).

»Como esas cartas están escritas en ruso, no las entenderá usted , pero tal vez puedan serle útiles.

»Ame usted mucho á su nieta; no me guarde rencor, pues bastante castigada estoy por mis liviandades.

»Adiós, padre mío; tal vez ya no volverá usted á ver más á su infortunada hija,—*Nieves.*»

De día en día iba creciendo el cariño que el pobre don Antonio profesaba á su nietecilla; pero desgraciadamente, también de día en día iban aminorando los recursos, porque el honrado músico se hallaba en esa escala descendente, herencia perpetua de los profesores de su clase, que después de cincuenta años de trabajos y de rascar un violín ó soplar un clarinete, suelen concluir en un hospital.

Cuando Solita cumplió los cuatro años, cuan-

do era una niña parlanchina y encantadora, cuando su abuelo no la hubiera trocado por el celeste imperio de la China, los pocos recursos de don Antonio le obligaron á trasladarse á un cuarto de la calle del Salitre, en el patio de una casa de vecindad.

Pero esta pobreza, que amenazaba llegar á los antros de la miseria, no aminoraba el amor que la nietecilla tenía á su abuelo, y era poetizado muchas veces por las zalamerías de aquella niña encantadora.

Pero ¿á qué detenernos en detalles dolorosos y en describir la *víacrucis* de un pobre de levita, que corre siempre hacia abajo por la penosa senda de la vida?

Sólo diremos que don Antonio llegó hasta el extremo de pedir limosna por las noches, arrimado á una esquina, tocando el violín, muerto de frío y con su querida nietecilla al lado, que inspiraba compasión á los transeuntes.

Una de estas noches don Antonio, que estaba algo atrasado en la alimentación de su cuerpo, sintió de pronto un desvanecimiento, una vaguedad desconsoladora en la cabeza; giraron los objetos en derredor suyo, le zumbaron los oídos, se apagó la luz de sus ojos y cayó al suelo desvanecido.

Como era natural, el violín se escapó de sus

manos; Solita comenzó á dar gritos al ver á su abuelito en el suelo, y un pillete que oportunamente pasaba por allí se apoderó del violín del pobre músico, único auxiliar en su infortunio para pedir limosna.

Nuestros lectores ya saben que, por consejo del médico que llamó un vecino, fué trasladado al Hospital General, pues no había elemento ninguno en la casa para combatir la debilidad extrema del infeliz músico.

Explicados todos estos antecedentes, diremos que Aurelio, al ver á su pobre maestro en tan aflictiva situación, y pasmado de que la Providencia le hubiera puesto en el caso de recoger y salvar de la muerte á la hija de Nieves, resolvió llevarse también al abuelito á su casa.

Don Antonio, al oir las generosas proposiciones de su bondadoso discípulo, lloró mucho y aceptó, porque Aurelio podía serle muy útil á su querida nietecita.

¿Qué podía él hacer por aquella niña que amaba sobre todas las cosas del mundo? Nada, absolutamente nada, porque su porvenir estaba visto, morir en un hospital, y entonces quedaba Solita abandonada en medio de la calle.

Aceptó, pues, agradecido todo lo que le proponía Aurelio, cuyo hermoso corazón había olvidado antiguos resentimientos, y una prueba

plena de ello, era prohijar á la hija de la mujer que tanto daño le había hecho.

Aquella misma tarde, en un coche, el profesor don Antonio Escudero fué trasladado á la calle de Isabel la Católica.

Grande alegría demostraron Solita y Jacoba viendo entrar al bueno de don Antonio apoyado en el brazo de Aurelio; hubo muchos besos y muchas lágrimas, y el viejo profesor de violín bendijo á Dios, que nunca desampara á los que en Él ponen su confianza.

Jacoba dispuso inmediatamente la habitación que en otro tiempo había ocupado el padre de Nieves, y tres días después don Antonio estaba completamente restablecido, pues como había dicho el médico del hospital, lo que padecía el pobre viejo era una gran debilidad, producida por la miseria y la falta de alimentación.

CAPITULO IX.

Exito completo.

Trascurrieron catorce años.

Durante este tiempo Solita había recibido una gran educación musical. Era una muchacha de diez y nueve abriles, extremadamente hermosa y angelicalmente buena.

El pobre don Antonio Escudero era en esta época un viejecillo amojamado y risueño, de setenta años de edad, que decía siempre mirando á su nieta embobado:

—Yo me moriría de buena gana, pero confieso que siento separarme de mi nieta, porque estoy seguro que en el cielo no hay ningún ángel más hermoso que ella.

Esta blasfemia sólo era tolerable á un abuelo que estaba enamorado de su nieta, y para él, aun-

que buen cristiano, no existía otra ortodoxia que adorar á Solita.

Aurelio, por su parte, se sentía orgulloso de aquella discípula que le llamaba padre.

En las grandes reuniones de la aristocracia, donde llevaba con frecuencia á Soledad, siempre era recibida con un grito de entusiasmo.

Sus admiradores decíanse que Solita cantaba tan bien ó mejor que la Patti, y que si se dedicaba al teatro obtendría un éxito brillante y un gran porvenir.

Así las cosas, se dispuso un concierto en el teatro Real, á beneficio de una de esas muchas calamidades que de algún tiempo á esta parte afligen á la pobre España.

Aurelio se comprometió á que su discípula, á quien había dado su apellido y llamaba hija, cantara dos piezas, un aria de *La Africana* y un dúo de tenor y tiple de *Los Hugonotes*.

Llegó la noche del concierto: el teatro Real se hallaba resplandeciente, como acontece siempre que se dan cita en él la aristocracia de la sangre, de la banca y del talento.

Aurelio dirigía la orquesta; el pobre don Antonio, á pesar de sus muchos años, quiso oir á su nieta, porque estaba seguro de su éxito; por complacerle, se le permitió ocupar una silla en la orquesta.

Soledad salió á la escena con la desenvoltura, las elegantes maneras y la serenidad de una artista consumada.

Al verla tan hermosa, el público formuló una de esas exclamaciones que envían á la escena una oleada de felicidad y de gloria, tan grata siempre al corazón de los artistas que la reciben.

Cantó primero el dúo de tiple y tenor de *Los Hugonotes;* su admirable escuela, su voz simpática, sus modales, se apoderaron del público, que le tributó una ovación estrepitosa.

Tuvo que repetir el dúo, y la llamaron á escena diez veces.

Don Antonio, desde su silla de la orquesta, aplaudía, lloraba y reía, empleando todos los tonos propios del entusiasmo, del cariño, del amor y de la ternura.

—¡Sublime!... ¡Divina!... ¡Inimitable!... ¡Oh! ¡Es un ángel!... Nunca se ha oído nada mejor en este teatro.

Esto decía el pobre viejo, verdaderamente conmovido, á los profesores que se hallaban á su lado.

En cuanto á Aurelio, sentado en el sillón de director, pálido por la emoción y con la batuta en la mano, sentía circular por todo su sér una de esas satisfacciones que sólo experimentan los artistas á quienes aplaude el público con frenesí.

Un millonario, por muchos millones que tenga, no comprende estas emociones; pero un cantante, un músico, un poeta, un actor, las aprecian en lo que valen, aunque su destino sea vivir sobre la tierra careciendo de lo que le sobra al millonario.

Solita, en el aria, tuvo tanto ó más éxito que en el dúo. El público, de pié, no se contentaba con aplaudir; la vitoreaba también con arrebatador frenesí.

Soledad, desde la escena, con los ojos llenos de lágrimas y la boca llena de sonrisas, manifestaba su agradecimiento de un modo distinguido y elegante, y sin ninguna de esas exageraciones rutinarias que desgraciadamente suelen verse en el teatro con frecuencia.

La escena se cubrió de flores, de coronas; y entonces Solita, cogiendo dos coronas, las que le parecieron mejores, y acercándose á la orquesta, le entregó una al maestro Valflorido y otra al viejecillo profesor de violín don Antonio Escudero.

Este rasgo de cariño filial, dedicado á sus maestros, electrizó al público, que pidió á grandes voces que se presentaran en escena.

Aurelio se levantó, trémulo de felicidad, y saludó á los espectadores desde su sillón; el pobre viejecillo se levantó también, pero tan

conmovido estaba, que tuvieron que sostenerle de los brazos dos de sus compañeros.

—Ahora, ahora debería morirme,—murmuró el viejecillo, apretando la corona que le había dado Soledad sobre su pecho.

Al día siguiente, todos los periódicos de Madrid colocaron á Soledad Valflorido al lado de las primeras tiples de Europa, augurándole un brillante porvenir si se dedicaba al teatro.

En el comedor de la casa de la calle de Isabel la Católica se hallaban almorzando Aurelio, don Antonio y Solita.

Habían leído muchos periódicos, y hablaban, como era natural, del triunfo alcanzado la noche pasada.

—Hija mía,—le dijo el maestro Valflorido,—los aplausos, los bravos, las coronas y las flores de anoche y los periódicos de hoy acreditan que eres una esperanza artística. Si te gusta la gloria, el teatro es tu templo.

—¡Ah! Padre mío, á usted y á mi abuelito lo debo todo, porque ustedes con tanta paciencia, con tanta perseverancia como amor, me han enseñado lo poco que sé. Si he de decir lo que siento, si he de confesar la verdad, confesaré que anoche fuí verdaderamente feliz sobre la escena, y no me disgustaría seguir la carrera.

—Pues bien, serás cantante; pero para eso es

preciso que vayamos á Italia y que hagas tu *debut* como tiple en el teatro de la Scala, y que te perfecciones en la hermosa lengua del Dante.

—¡Oh! Gracias, padre mío, gracias; es usted el mejor de los hombres,—exclamó Solita, dando expansión á su entusiasmo.

Pero en aquel instante observó que su abuelo había dejado de sonreirse y se ponía triste.

—Tengo una exigencia,—añadió.

—¿Cuál, hija mía?

—Que mi abuelito nos acompañe á Italia, porque yo sé que para que su corazón esté alegre necesita verme á su lado.

—Pues bien, vendrá con nosotros.

—No, hijos míos, no; tengo setenta y seis años; mi vida se acaba; dejadme que espere en esta casa hospitalaria la muerte, y prometedme escribirme todos los meses, dándome cuenta de los triunfos, de los adelantos de mi querida Solita, porque yo sé que serán rápidos y frecuentes.

Don Antonio sentía con toda el alma separarse de su nieta, pero el egoismo de abuelo no le cegaba hasta el punto de convertirse en estorbo de la carrera artística de Soledad.

La vió partir con los ojos llenos de lágrimas y el corazón repleto de penas, y al darle á su nieta el abrazo y el beso de despedida, se dijo, hablando consigo mismo:

—Este es el último, ya no volveré á verla más.

El pobre músico se engañaba: Dios había dispuesto otra cosa.

Cada quince días, el anciano profesor de violín recibía una carta de Aurelio con una larga posdata de Soledad.

Le iban dando cuenta de todo, con tal cariño, que el pobre anciano se pasaba leyendo las cartas de sus hijos y hablando de ellos con Jacoba muchas horas.

Un día recibió una carta, y dentro de ella un talón del ferrocarril, fechado en Milán, para recoger un cajón que desde Italia le mandaba Solita.

Inmensa, indescriptible fué la alegría del anciano al abrir el cajón y encontrarlo lleno de coronas y de flores, y sobre ellas una gran tarjeta que decía: «Para que mi querido abuelito adorne su habitación con parte de las coronas y de las flores que el público milanés le ha arrojado á su nieta Soledad».

La cantante española, desde el teatro de la Scala, se contrató para Florencia; luego fué á Roma, á Londres, á Berlín y á París.

Don Antonio recibía con frecuencia cajas llenas de coronas, y con ellas iba cubriendo las paredes de su habitación.

Sentado en una butaca, con las cartas de So-

ledad y Aurelio en la mano, pasaba muchas horas hablando con aquellas coronas, que él no hubiera cambiado por nada del mundo.

Así trascurrieron tres años: don Antonio había cumplido setenta y nueve, pero continuaba siendo un viejecillo sano y sin achaques, que se permitía dar largos paseos por el Retiro en los días serenos y apacibles.

Así las cosas, recibió una carta de París, en que Aurelio le anunciaba que iban á regresar á Madrid, pues Soledad se había contratado para la temporada de invierno en el teatro Real.

Al leer la carta, don Antonio llamó á Jacoba para darle cuenta de la agradable noticia, y su alegría fué tan grande que sólo pudo decir:

—Ahora es cuando me alegro de que se hayan marchado, porque el dolor, la profunda pena que me causaron al separarse de mí están recompensados con la alegría que me causa su vuelta.

CAPITULO X.

Fin trágico.

Solita Valflorido tuvo en el teatro Real de Madrid el mismo éxito que había tenido en todas partes; su pobre abuelo y Aurelio gozaron lo que no es decible la noche de su *debut.*

Pero ¿á qué prolongar esta historia día por día? Es preciso ponerle fin, como á todas las cosas de este pícaro mundo; y diremos en pocas palabras que el viejo músico don Antonio Escudero murió á los ochenta y dos años de edad, rodeado de sus hijos y recibiendo sus besos y sus caricias.

La muerte del honrado profesor de violín fué dulce como un sueño, porque no tenía otra enfermedad que vejez; era una máquina gastada, una luz que se apagaba, un reloj humano á quien se le había acabado la cuerda.

Murió, pues, hablando con sus hijos, sin sufrir las ansias de la agonía, y sus últimas palabras fueron las siguientes:

—Se abre el techo de mi alcoba... Baja del cielo un ángel... ¡Ah! ¡Viene por mi alma!...

Cerró los ojos, se sonrió, y dejó de existir.

—Esa es la muerte del justo,—dijo Aurelio, derramando dos lágrimas.

Soledad cayó á los piés de la cama, y lloró también.

Luego besó á su abuelito en los ojos, diciendo:

—Ha concluído como un hombre á quien no le remuerde la conciencia. Dios le reciba en su seno.

Los triunfos teatrales de Soledad continuaron; su fama se extendió por todo el mundo civilizado.

Algunas veces su padre adoptivo solía preguntarle:

—Pero ¿tú no piensas casarte nunca? Pues veo que rechazas los brillantes partidos que se te presentan.

—Padre mío,—contestaba Soledad, sonriéndose como un ángel,—hace tiempo que me casé con el arte, y no quiero otro esposo, porque yo sólo amo á la música y á usted.

Y ahora, lector querido, nos permitirás que

demos fin á la presente narración con un cuadro trágico que puede servirte de ejemplo moral.

Era una tarde del mes de Mayo; en la populosa ciudad de Barcelona se había anunciado, con gran regocijo de los amantes de las emociones fuertes, que en la plaza de toros había por la tarde una función de mojiganga, con carreras romanas, fuegos de pólvora y la ascensión de un globo montgolfier, en el cual se elevarían el célebre gimnasta y aeronauta Kenebel y su esposa.

El globo no llevaba cesta, y Kenebel había ofrecido subir cogido al trapecio, llevando á su mujer sujeta con un cinturón y cogido éste con los dientes.

El espectáculo no dejaba de ser una barbaridad, pero á nadie le gustan más las barbaridades que á los hombres y á las mujeres; y tanto es así, que las cometen siempre que pueden, olvidándose que tarde ó temprano se pagan.

Llegó la hora del espectáculo: la plaza estaba llena de gente; en la playa de la Barceloneta y en la muralla de mar se apiñaba la muchedumbre, ansiosa de ver de balde la ascensión del montgolfier.

Se había dispuesto que media docena de lanchas, con cuatro remeros cada una, estuvieran á punto, por si el aire soplaba de tierra, empujando el globo hacia el mar.

Pero entremos nosotros en el cuarto que en la plaza de toros servía de tocador á los esposos Kenebel.

El marido estaba vestido de Mefistófeles y la mujer de Ninfa, con las robustas y bien formadas piernas al aire, los hombros al descubierto, como asimismo sus redondos y hermosos brazos.

Aquella mujer llevaba lo menos posible cubierto su cuerpo.

El gimnasta era un mocetón fornido, con una cabeza enorme, facciones brutales y un tanto adormecidas por el abuso del alcohol.

Sus maneras eran las de un hombre ordinario; su voz, bronca y cascada, hacía daño á los tímpanos.

Se comprendía, viendo las enormes manos y los fornidos brazos de aquel hombre, que un puñetazo suyo era un pasaporte para la eternidad.

Madame Kenebel tendría unos cuarenta años de edad, pero se conservaba aún muy hermosa, y sus formas, aunque un poco abultadas, eran verdaderamente esculturales.

En el cuarto de vestir de los gimnastas, formado con unas cortinas de percal, no había otros muebles que un tocador desvencijado, un espejo roto y dos sillas.

En una de estas sillas se hallaba madame Kenebel sentada y llorando.

Su esposo, el aeronauta, estaba de pié, mirándola con ojos sombríos.

Sobre la mesa del tocador se veía una botella de aguardiente.

De vez en cuándo el gimnasta bebía un trago en la misma botella, sin servirse del vaso, que estaba al lado.

—Tengo mucho miedo,—dijo madame Kenebel después de una pausa.

—¡Bah!—contestó su esposo, produciendo un chasquido con la lengua y el paladar.

—Estás borracho,—repuso la mujer temblando,—y me vas á soltar; permíteme al menos que me ate una cuerda á la cintura y me enganche al trapecio.

—Eso sería faltar al programa; además, tú sabes por experiencia que nunca trabajo mejor que cuando tengo una botella de aguardiente en el estómago.

—Pues á pesar de eso, no subo esta tarde; ya lo he dicho: tengo miedo.

Kenebel dejó caer una de sus anchas y callosas manos sobre las desnudas espaldas de su hembra, y le dijo:

—Tú sabes que me bastaría un puñetazo para aplastarte los sesos; pues bien, si cuando me llamen para subir en el globo te niegas á seguirme, te ofrezco suministrarte un puñetazo, para poder

decir al respetable público que si no subes es porque has muerto.

Y soltando una ruidosa carcajada, añadió:

—A no ser que el público me permita subir tu cadáver colgado de los dientes, que para el golpe de vista es igual: pues el mismo efecto hace subir á un vivo que á un muerto.

Madame Kenebel se puso á temblar: conocía á su marido, le daba miedo.

—Subiré,—dijo estremeciéndose.—Dame la botella del aguardiente.

—Así me gusta; toma: bebe un buen trago, y confía en mis puños y en mis dientes, porque en este oficio todo lo que uno vive se lo encuentra.

Un hombre entró bruscamente en el cuarto de los aeronautas á darles la noticia de que el globo estaba dispuesto.

Kenebel bebió un trago de aguardiente, é hizo que su mujer bebiera también. Luego salieron á la plaza cogidos de la mano.

El público les aplaudió al verles.

Kenebel lo dispuso todo con la serenidad del hombre avezado á aquellos peligros. Su esposa le ayudaba sonriéndose, pero de vez en cuándo su cuerpo se estremecía.

Cuando todo estuvo dispuesto, se agarró con la mano izquierda al trapecio, cogió con los dientes la argolla de goma que sujetaba el cinturón

de su esposa, é hizo con la mano derecha la señal para que soltaran el montgolfier los hombres que le tenían sujeto al hornillo.

El globo se elevó con vertiginosa y extraordinaria rapidez.

El aeronauta hizo alarde de sus colosales fuerzas; el público daba gritos de entusiasmo, aplaudía con frenesí.

La infeliz víctima cerró los ojos por no ver el inmenso abismo que se abría debajo de ella.

El viento soplaba de tierra con alguna fuerza, y pronto el globo se dirigió hacia el mar.

Las lanchas bogaron en la misma dirección, pero el viento empujaba con bastante fuerza al globo, y pronto los marineros comprendieron que les sería difícil llegar á tiempo para recoger á los aeronautas.

El descenso de un montgolfier es rápido y peligroso; se cae al azar, sin que el aeronauta pueda darle otra dirección que la que le marca la casualidad. El viento empuja al globo, que sigue elevándose mientras el humo, de que va henchido, conserva calor; cuando se enfría desciende, y siempre con gran velocidad.

Kenebel, así que observó que el globo descendía, cogió á su mujer por el cinturón, y quedándose los dos suspendidos del trapecio, dijo:

—Antes de cinco minutos estaremos en el mar;

las lanchas no llegarán á tiempo para recogernos. El aire nos ha llevado muy lejos.

La esposa del gimnasta miraba con espanto las encrespadas olas y á lo lejos las playas de Barcelona y la muchedumbre que les contemplaba.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—dijo aquella infeliz.—¡Kenebel, no me abandones, yo no sé nadar!

—Haré todo lo posible por salvarte,—repuso el gimnasta.—Cuando lleguemos allá abajo, cuando toques con los piés las aguas, procura agarrarte con fuerza al trapecio. El globo es posible que flote algunos minutos sobre las olas; no te sueltes; tal vez lleguen á tiempo para prestarnos auxilio.

—Pero ¿piensas abandonarme?—preguntó aterrada.

—Si hubiera querido abandonarte cuando estábamos por allá arriba, con sólo abrir la boca y dejarte caer, lo hubiera conseguido,—contestó Kenebel con calma.

Mientras tanto, el globo descendía con rapidez.

—Agárrate al trapecio,—gritó Kenebel.

La mujer obedeció precipitadamente, y al mismo tiempo sintió el frío del agua en las piernas.

En aquel momento Kenebel dió un salto desde el trapecio, y fué á caer al mar, á algunas brazas distante del sitio donde se hallaba su mujer.

Esta rápida evolución le evitó el caer debajo del globo, que se inclinó de parte del viento, arrollando con su mole á la infeliz esposa del aeronauta.

Entonces se oyó un grito desgarrador, y una voz que dijo:

—¡Aquí... aquí!... ¡Socorro!... ¡Kenebel... me ahogo!...

El gimnasta nadaba admirablemente: dirigió una mirada en derredor, buscó á su mujer, y no la vió; allí sólo estaba el globo, sacudido por las olas; aquel globo, que le había costado algunos miles de francos y con el que se ganaba la vida; lanzó una maldición, olvidando en aquel momento á la infeliz que se ahogaba.

Mientras tanto, las lanchas hacían heróicos esfuerzos por llegar á tiempo, y Kenebel, reconociendo con una mirada el sitio de la catástrofe y no viendo á su esposa, sintió desarrollarse en él el egoismo natural del hombre á quien amenaza un peligro de muerte, y comenzó á nadar con vigor en dirección á las lanchas.

Durante media hora el gimnasta demostró que era un buen nadador. De vez en cuándo se

erguía sobre las olas, como si se sentara sobre ellas, lanzando un grito de ¡socorro! y agitando un brazo en el aire para que le vieran.

Los de las lanchas no le habían perdido de vista, y continuaron remando en dirección del aeronauta y de los pedazos del globo que flotaban sobre la superficie del mar.

Por fin llegaron, y Kenebel, agarrándose á la mura de la lancha, subió con rapidez.

Estaba en salvo: lo primero que hizo fué sonreirse, después respirar con fuerza, y por último decir:

—Gracias, señores; pero esta ascensión me ha dejado viudo y arruinado. ¡Mi pobre esposa!... ¡Mi pobre globo!... ¡Todo lo he perdido!...

. . . .

. . . .

Al día siguiente las olas arrojaron sobre la playa de la Barceloneta el cadáver de la infeliz madame Kenebel, con las manos agarradas al trapecio, del que colgaban algunos pedazos de cuerda.

Cuando el juez preguntó al gimnasta el nombre y la naturaleza de su esposa, para consignar su defunción en el Registro Civil, Kenebel le contestó sonriéndose:

—Señor juez, esa desgraciada no era mi esposa; se unió conmigo en Moscow, y desde en-

tonces le dí mi nombre; ejecutaba conmigo algunos ejercicios en los circos ecuestres.

— Pero entonces, ¿qué nombre es el de esa desgraciada?

—Según me dijo,—añadió Kenebel,—se llamaba Nieves Escudero, y era natural de Madrid.

FIN DE SOLITA

LA

CÓMICA DE LA LEGUA.

LA CÓMICA DE LA LEGUA.

Del actor al cómico hay una gran distancia: el cómico hace comedias en todas partes; el actor sólo en el teatro.

I

La cómica de la legua es una artista reñida con el arte, una planta perenne, inodora y sin flor, uno de esos arbustos que viven en todos los tiempos y en todas las estaciones, presentando á nuestros ojos la eterna monotonía de su color verde oscuro, lo mismo en invierno que en verano, y sin gozar nunca de los dones de la poética primavera.

El kilómetro ha reemplazado á la legua, pero la cómica existe hoy como existió ayer, como existirá mañana. Ni el ferrocarril, ni el telégrafo eléctrico causarán la menor alteración en el

tipo, porque la cómica de la legua no es otra cosa que una verruga del arte, una escrescencia de bastidores, producto de la desgracia y las pretensiones mal fundadas que desde Lope de Rueda hasta nosotros va sucediéndose periódicamente, y es probable que no desaparezca de la faz de la tierra hasta la conclusión del mundo.

El teatro tiene su *caló,* como los gitanos y los presidiarios. Agustín de Rojas, el célebre *Caballero del Milagro,* dice que hay ocho maneras de representantes ó compañías de la legua, y en todas ellas abundan los mártires, y las nombra del modo siguiente: *Bululú, Ñaque, Gangarilla, Cambaleo, Garnacha, Bojiganga, Jarándula* y *Compañía.*

Procuraremos hacer la definición de los nombres citados, según el célebre comediante. *Bululú* es una *compañía* formada por un hombre solo; viaja á pié, llega á un pueblo, habla con el alcalde, con el cura ó con alguna persona pudiente, y subido sobre una mesa representa una farsa, haciendo él solo el papel de todos; esto le produce algunos cuartos ó algunas provisiones, y continúa su camino. *Ñaque* es una sociedad de actores que forman dos individuos, que representan piezas de dos personajes, soliloquios ó monólogos, etcétera, etcétera. *Gangarilla* es compañía más formal,

y el número de sus individuos suele regularmente elevarse á cuatro ó cinco, entre los cuales va siempre uno que hace el papel de bobo (1) y otro que toca alguna locura (2) con la guitarra; por lo regular un muchacho joven hace el papel de dama. *Cambaleo,* aprovechándonos de una frase feliz de Agustín Rojas, se compone de una mujer que canta y cuatro hombres que lloran, sin más equipaje que un lío de ropa que podría arrastrar una araña. *Garnacha* ya es una compañía que se permite llevar dos mujeres, cinco hombres y un muchacho que representa *particulares* (3). La *Bojiganga,* la *Jarándula* y *Compañía,* por tener muchos puntos de similitud las unas con las otras, y ser ya una reunión formal de cómicos *con más mudanzas que la luna y más peligros que en frontera,* las describiremos juntas, diciendo lacónicamente que éstas ya buscan para sus espectáculos teatros iluminados por la luz artificial y presididos por la autoridad del pueblo, permitiéndose viajar en galera, carro ó cualquier vehículo de trasporte cuando el moderno ferrocarril no les proporciona billete de tercera á mitad de precio.

En otra época, éstas compañías, que no ca-

(1) Cómico bufonero.
(2) Especie de baile musical.
(3) Escenas sueltas.

recían de un vestuario decente, representaban en los pueblos las fiestas del Corpus, codiciadas por cómicos y poetas, porque además de ser muy lucrativas, alcanzaban cierta popularidad, siempre grata á los artistas.

II

Pero algunos dirán: el autor de este artículo nos está hablando del tiempo de Mari-Castaña, á lo que contestará el que esto escribe que hace tres años en un pueblo del Maestrazgo ha visto representar sobre la mesa de un café por dos cómicos, varón y hembra, nada menos que *El Trovador* de don Antonio García Gutiérrez. Bien es verdad que el público ingrato no premió los heróicos é increibles esfuerzos del ingenioso matrimonio dándoles al final la *copa,* (1) tan deseada de todos los émulos de Talía.

Pero ahora se me ocurre que hablando del *caló* de bastidores me olvido de la protagonista de este artículo.

III

Figúrate, querido lector, que la cómica de la

(1) *Copa.* Cuando el público llama á los actores al final de la obra.

legua que voy á presentar á los ojos de tu inteligencia lleva por nombre de pila uno de los innumerables que ha inmortalizado el martirologio romano, por ejemplo: Ederlinda, ú otro si éste no te gusta, porque para el caso es completamente igual.

Ederlinda se llama la actriz, que está reñida con el arte, que vive de *ejecutar* comedias y se encuentra á trescientas mil leguas de Matilde Díez y Teodora Lamadrid.

Su madre, viendo en la chica un seguro contra la miseria, la dedica á la honrada profesión de modista; pero la muchacha, que tiene un genio emprendedor, un corazón caliente y una imaginación soñadora, cansada de la eterna monotonía de los dobladillos y todos los prosaicos y rutinarios ejercicios de la aguja, un día, como si obedeciera á la sublime inspiración que existe dentro de su sér, colocándose una mano sobre el pecho y dirigiendo una mirada al cielo llena de dulce y poética vaguedad, exclama con dramático acento:

—Quiero ser cómica; quiero sobre mi frente sentir el laurel de Apolo; quiero oir los aplausos del público, aspirar el perfume de la gloria y verme rodeada de adoradores.

Y dicho y hecho: un teatro casero le abre sus puertas, se lanza al mundo del arte con *La es-*

cuela de las coquetas, y Ederlinda comienza á familiarizarse con el colorete, los polvos de arroz y la tinta china.

IV

Un día, ó por mejor decir, una noche, cierto empresario amigo de la *juventud* la ve representar una comedia, y prendado, si no de su talento de su talante, le propone un ajuste.

El incienso tiene un no sé qué que aturde, que fascina. Ederlinda oye pronunciar al oído por unos labios lisonjeros palabras de color de rosa, proposiciones dulces, halagadoras, y las acepta por amor... al arte. ¡Qué menos podía hacer la pobre muchacha!

Desde este venturoso instante la joven actriz cambia la mantilla por un sombrerito con velo, y su madre (mártir resignada) trueca el mantón de tartán por un abrigo de merino negro, que le da cierta respetabilidad y carácter de persona decente.

Por lo general, el primer ajuste de la cómica de la legua, página bella de su historia de artista, se firma en la hermosa primavera de su vida, y nunca le recuerda sin dedicarle una lágrima y un suspiro.

En los diez años primeros de *teatro* la cómica ambulante, la ave viajera de bastidores, suele conocer muchos empresarios; pero el recuerdo del primero no se borra tan fácilmente de su corazón.

V

El tiempo, ese judío errante que no se detiene nunca ni aun en verano para enjugarse el sudor, no pasa impunemente para la cómica de la legua. Su rostro va perdiendo poco á poco las delicadas y suaves tintas de la juventud; su talle, la esbeltez y flexibilidad de los veinte años.

El tropel de adoradores que otros tiempos felices se arrastraban á sus piés prodigándole mil caricias á su hermosura, que vivían suspensos de sus sonrisas, al sorprender en la frente la primera arruga mensajera de la vejez, huye de ella lanzando una carcajada de desprecio.

Y entonces exclama en son de amargo reproche:

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

La ingratitud de las individualidades que quemaron incienso á la frescura de sus mejillas, á la morbidez de sus formas, no es lo que más entristece ni más pena causa á la cómica de la legua. El público, ese público ingrato, para quien los cómicos no son otra cosa que una misa de cuerpo presente, le hace apurar el amargo cáliz del dolor con sus groseras silbas, con sus salvajes desprecios, y en vano la infeliz se esfuerza por arrancarle, ya que no un aplauso, al menos una sonrisa de cariño; pero todos sus recursos, todos sus desvelos, todas sus *gracias* se estrellan contra la fría indiferencia del espectador, cuya ingratitud llega hasta el desagradable extremo de silbarla.

VI

Por fin llega un día, día de luto, día de amargura, de dolor infinito, y Ederlinda se encuentra sola, sin más patrimonio que los recursos de ayer y los amargos desengaños del presente. Para ella el porvenir es una palabra que está de sobra en el diccionario.

Muchas veces suele acontecer, que aburrida de la eterna soledad que la rodea, se coloca de-

lante de un espejo, y exclama en un arranque de amarga desesperación:

—¡Público ingrato! Yo he sido tu delicia, tu encanto, y la indiferencia es el pago que me das. ¡Maldito seas!

Pero estos momentos trágicos duran poco. Se calma de repente, y soltando una carcajada estrepitosa, empieza á cantar con toda la fuerza de sus pulmones:

Ayer maravilla fuí,
y hoy sombra mía no soy.

VII

Todo edificio que amenaza ruína necesita un apoyo que le sostenga. Ederlinda lo comprende así, y desde el instante que tan salvador pensamiento comienza á germinar en su cerebro, invoca con todo fervor á la diosa del arte para que le preste su ayuda, y se atavía con lo más seductor, lo más vistoso de su equipaje. Se pinta con más esmero, procura darle á su voz una entonación dulce y apasionada, estudia el modo de mirar y la manera de sonreirse, hasta que por fin encuentra otro desecho de la escena que pueda servirle de media naranja.

Cuando esto sucede, ó por mejor decir, cuando encuentra el hombre que le hace falta, una nueva estrella alumbra para los dos, y entonces exclaman:

—Habíamos nacido el uno para el otro. Él es mi media naranja.

VIII

Pero ¡ay! esta es una ilusión que adormece por un momento su amargo presente; ilusión que el infortunio se complace en que no se desvanezca nunca, que la acompañe hasta el borde de la tumba, porque el teatro es el campo de los ingratos. ¡Desgraciados de aquellos que sin los dones necesarios para la escena se atreven á buscar en ella un sueldo mezquino con que matar el hambre que les atormenta! ¡Desgraciados de aquellos que sin más dones que su impotencia y su audacia se lanzan á ser sultanes de una compañía, cuando sólo son esclavos de su insensatez, porque si pisan la escena, si llegan á ataviarse con una corona de cartón y un cetro de madera, si el público en un instante de galantería les hace la limosna de un aplauso, ni todas las amarguras de una larga y penosa existencia de bastidores, ni las frecuentes y prolongadas

vacaciones que les proporcionen la escasez de contratas, ni el desprecio de los espectadores, ni la voz aterradora de sus conciencias serán bastante á arrancarles del teatro! Una fuerza misteriosa les sujetará á los bastidores á pesar suyo; de día en día verán morir sus esperanzas, convertirse su vida en una agonía sin fin, y su muerte, ¡oh, su muerte!... Pero hagamos punto final á este párrafo.

IX

Los cómicos llaman á Madrid el *hoyo grande,* sin duda porque Madrid es el inmenso hospital donde se refugian durante algunas temporadas del año, y desde donde salen contratados para todos los puntos de España.

La cómica de la legua, soltera ó casada, procura tener un nido en esta villa del oso y el madroño, porque no todas las patronas de huéspedes toleran las *artísticas* necesidades de su vida privada.

Figúrate por un momento, querido lector, una salita monísima por lo pequeña, casta por lo blanca de sus paredes, humilde por la poca elevación de su techo, y recatada porque sólo una

ventana microscópica deja entrar en su seno un rayo de moribunda luz.

Esta sala tiene una alcoba, y esta alcoba, que carece de puertas vidrieras, se halla adornada con unas cortinas de tela de algodón de color dudoso y de hechura tan extravagante, que la pobre está diciendo á voz en grito: «Me han improvisado». Algunas sillas de Vitoria, con reminiscencias de otras provincias en los asientos, un sofá respetable por su vejez, una consola cuyo espejo tiene una luna llena de lunares, y una pequeña mesa de caoba, orgullosa de sus servicios, son los muebles que adornan la habitación de la émula de Talía.

Sobre uno de los lienzos de la pared se ve un cuadro, que según aseguran lenguas maldicientes, representa á Ederlinda en traje de mora; retrato debido al pincel de un admirador de su belleza artística.

Alrededor de esta efigie, y como prestándole su sombra bienhechora, suelen verse algunas coronas de laurel, mudos testigos de su pasada gloria, que la cómica conserva para dar un mentís á la maledicencia, aun á despecho de la sabrosa salsa del estofado para quien las crió la sabia naturaleza.

Y después de todo, ¿qué daño hace á nadie nuestra Ederlinda con poseer coronas que siem-

pre son una sólida garantía para el *caballo blanco* que piensa contratarla?

X

Pero ¡ay! aquellas hojas verdes, hijas de Apolo, de que tan amantes y avaros se mostraban los antiguos, van poco á poco tomando un color de chocolate trasnochado, al mismo tiempo que las arrugas, extendiéndose en toda su longitud por la frente de la cómica, le anuncian la fatal vejez, período funesto para las hijas del arte; pendiente resbaladiza que la conduce protestando al respetable estado de dama matrona ó característica.

Desde aquel momento ya no basta soñar en la gloria, es preciso hacer calceta y mitones durante los ensayos, adquirir un rico caudal de conocimientos médicos, útiles siempre para curar todos los *alifafes* á los demás compañeros mártires; ser la crónica viva de bastidores y la *correvedile* de los compañeras jóvenes.

XI

A una característica de la legua no le basta

ser característica, necesita ser la madre cariñosa de toda la compañía; tener ojos y no ver, oídos y no oir; una gran imaginación para trasformar en pocos minutos unas enaguas en un alquicel moro, una toalla en un turbante, una levita en un traje de abate, un sombrero viejo de copa alta en un sombrero de Felipe II; en una palabra, es preciso que sea la sibila, el paño de lágrimas de sus compañeros; que tenga pendiente de los labios una gran multitud de exclamaciones para enaltecer el mérito de sus compañeros, que celebre la frescura de la dama, la entonación del galán, la dulce voz de la dama joven, las gracias del actor cómico, etc., etc., y aun con todas estas condiciones, se ve muchas veces obligada á hacerse una cruz en la boca y á quedarse sin ajuste.

Una cómica en el último tercio de su vida, necesita un protector ó una protectora que la imponga á las empresas; por ejemplo, una dama ó un galán; de lo contrario, está perdida; y le basta un año sin contrata para que todo el mundo se olvide y se convierta su existencia en un bostezo eterno.

Pero como en este mundo todo está compensado, aunque algunas compensaciones parecen un escarnio de la suerte, la cómica de la legua, durante *las noches que pasa de claro en claro* y *los*

días de turbio en turbio, se entretiene en recordar lo que ella llama sus buenos tiempos, cuando le arrojaban versos en sus beneficios, palomas y coronas.

Tal vez nada de esto fué verdad, pero ella se consuela con la vida de los recuerdos, porque sabido es que en este mundo, como ha dicho Calderón,

gustos y disgustos son
no más que imaginación.

XII

Pero este artículo va haciéndose largo, y como dice muy bien mi antiguo y querido amigo Roberto Robert, *de las cosas de telón adentro falta hacer un libro que no dejaría de ser entretenido.*

Terminemos, pues, diciendo que si bien el kilómetro ha matado á la legua, la cómica de ésta ha existido, existe y existirá mientras ese padre del día á quien llamamos sol preste su vivificante calor al universo.

FIN.





